





LAS TARDES
DE LA GRANJA.

NUEVAMENTE TRADUCIDAS Y REFUNDIDAS

por

D. JOSÉ LOSAÑEZ,

Regente de segunda clase, profesor de lenguas vi-
vas y catedrático cesante del Instituto de Se-
govia.

TOMO III.

MADRID: 1855.

SE HALLARÁ EN EL IRIS DE LA ILUSTRACION,
plazuela del Anjel, núm. 12.

ESTA NUEVA TRADUCCION ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

Imprenta de D. Ramon Campuzano,
calle del Ave Maria, núm. 17.

LAS TARDES
DE LA GRANJA.

TARDE XXXI.

LA JUSTICIA.

Todo en el mundo es falible;
Todo está sujeto á error;
Solo el Supremo Hacedor
En la ciencia es infalible.
Su poder indefinible,
Equitativo desquicia
Lo que ignorancia ó malicia
Del hombre quiso fallar,
Porque siempre ha de brillar
Pura y recta su justicia.

LA historia de Mr. Ledoux había interesado á Armando mas que á sus hermanos. Ya suponía que el talento allana las distancias de la riqueza ó de la

cuna; pero se admiraba que se hallasen hombres tan poco esclavos de la preocupacion, que sin oposicion entregasen sus hijas al hijo de un labrador. Él tambien estudiaba, dibujaba, sabia música y otras habilidades, que, aunque escaso en bienes de fortuna, le permitian aspirar á un brillante partido, y esto le sirvió de un poderoso estímulo para aplicarse mas en adelante.

Embebido se hallaba en estas reflexiones cuando Palemon le envió á llamar: subió al cuarto de su padre, y este le dijo: Hijo mio: como tú eres el mayor de mi familia, debes sustituirme en mi ausencia; y así, por dos ó tres dias te encargarás del cuidado de la casa. Miguel, el labrador vecino, no vá á París, como pensaba; y he resuelto hacer este viaje, para entregar yo mismo á Mr. Bertier el dinero que necesita mi bienhechor Delacour: está muy infeliz y no debo perder un instante en su alivio; pues el necesitado que espera un pago ó un socorro, cuenta los dias, las horas y aun los minutos, y es obligacion muy sagrada socorrerle con prontitud. Voy, pues, á ponerme en camino; tú como mayor, y que ya no te se puede llamar muchacho, debes tener grande vigilancia, y cuando vuelva me participarás todo lo ocurrido en mi ausencia; pero delante de tus

hermanos, pues no me gustan delaciones secretas, que suelen rebajar ó exagerar las cosas. Esta es la llave de mi papelera, donde hallarás el dinero necesario para mantener la casa en mi ausencia, que, á lo mas, será de cuatro dias; y llevarás una razon exacta de todo el gasto.—Padre, mucho agradezco vuestra confianza; y espero que á la vuelta os convencereis de que no la he desmerecido.—Así lo creo hijo mio. Inmediatamente se difundió por la casa la noticia del viaje del anciano, que consternó á los muchachos: parecía que estos se veían amenazados de la mayor desolacion, y que perdían para siempre todas sus satisfacciones, sus placeres y felicidad. Palemon los reunió, y les dijo: Sabed que trasfiero todos mis derechos á vuestro hermano Armando; obedecedle como á mí mismo; seguid sus consejos, que yo desde ahora apruebo cuanto él hiciere.

Los muchachos abrazaron á su padre, derramando lágrimas, mientras que la buena Marcela, en un rincon de la sala, murmuraba entre dientes porque no se la confiaba el manejo de la casa. Palemon montó á caballo, se despidió de sus hijos, y partió.

Parecía que la casa se había convertido en un

melancólico desierto al faltar la presencia del anciano. Todos los muchachos se miraban con el corazón oprimido y los ojos llenos de lágrimas; y Armando, con cierto aire de autoridad, les encargó que fuesen á entregarse á sus respectivas ocupaciones; pero todos se negaron, y fué el primer movimiento de insubordinacion, y acaso de envidia, especialmente de parte de Benito y Adela: en aquel era efecto de un sentimiento vil que no sabía vencer, y en esta un esceso de vanidad que la inspiraba la reflexion de que era mas natural fiar el cuidado de la casa á una persona de su sexo. Armando se enfadó y le contradijeron; replicó y le contestaron; véase pues la guerra declarada. Armando, colérico como un tigre, se retiró á su cuarto, diciendo que él apuntaría dia por dia, y hora por hora, todos los actos de desobediencia de sus hermanos; pero estos le dejaron decir, se le rieron en su cara y se fueron todos á jugar al patio, á cuya puerta se presentó un hombre que traía un bulto bastante grande, y dirigiéndose á Benito, le dijo: ¿Vive aquí el labrador Palemon?—Sí señor.—Siendo así, entregadle este regalo. —¿De parte de quién?—El que le envia no quiere ni aun que se sospeche quién es: á Dios.

El hombre se retiró; y Benito, confuso, levantó

un blanquísimo lienzo que cubría una soberbia empanada, cuyo delicioso olor escitaba el apetito. Al momento le rodearon los demás, y le preguntaron: ¿Qué te ha dado ese hombre?—Una empanada.—¿Para quién?—Para papá.—¿Quién la envía?—No ha querido decirlo, ni el que la envía quiere que se sepa.—Veámosla: ¡caramba! ¡que grande! que buena pasta! ¡qué olor!—Atended, dijo Benito, me ocurre una idea; papá está ausente, y tardará en volver; no sabrá quién le ha hecho este regalo, y tampoco necesitamos decírselo á Armando. Guardémosle, y le comeremos á las horas de merendar.—¡Oh! no, dijo Adela; eso sería mal hecho.—Pues bien, si eres tan escrupulosa, no probarás ni un bocado.—Si padre lo sabe...—¿Pero quién se lo ha de decir? ¿nosotros?—Pero....—Vaya, vaya, ¡tantas ceremonias para comer una empanada! Yo sabré decírtelo, dijo Benito; y al instante arrancó un pedazo de la sabrosa pasta, se la engulló á vista de sus atónitos hermanos, y luego exclamó: ¡Qué buena! ¡qué rica! ¡no he probado casa mejor en mi vida!

¿Qué partido debían tomar sus hermanos? ¿se lo dirían á Armando? ¿Permitirían que Benito solo se regalase? La empanada ya había sufrido una embestida; una de sus murallas estaba con brecha

abierta, y esta no se podía cubrir; el asalto era fácil: por tanto, se resolvieron á darle, y cada cual como valiente campeon, se armó de un resplandeciente cuchillo para arruinar los indefensos flancos de aquella plaza. Pero sería imprudencia hacerlo en el patio: un cenador de la huerta era sitio mas á propósito para consumir el sacrificio; atropelladamente cogió cada cual un pedazo que se iba comiendo por no perder tiempo, y Benito se llevó el resto al cenador: allí no podían ser descubiertos, ni temían que se declarase su arrojo por parte del que había enviado el regalo: podían, á su parecer, ser golosos impunemente. Mas ¡ay! pronto se verá que nuestros héroes no lo habian previsto todo.

Cada cual de los muchachos se apoderó nuevamente de una porcion de la atractiva empanada; se deleitaban y saboreaban al mismo tiempo que comían. Adela miraba con tiernos ojos á Leon, quien, como tenía la boca llena, nada la decía, asi como tampoco Julio; y en tanto, Benito comía con tal ánsia, que amenazaba no dejar migaja. Se regalaban, y ninguno hablaba. Nada les distraía, nada les divertía tanto como esta sabrosa ocupacion.

Cuando menos lo esperaban se presentan Armando y Marcela: esta traía en la mano un pedazo de

la misma pasta que devoraban con tanta complacencia. ¿Quién se lo habría dado no habiéndola llamado á comunidad? Vamos á saberlo. ¿Qué es esto? ¿qué haceis aquí? preguntó Armando con una voz de trueno.—Hombre, yo no sé nada, respondió Benito metiendo en la faldriquera los restos de su ración.—¿Nada sabes? replicó Armando; pues yo veo que todos estais comiendo. Vamos, hablad. Todos permanecieron silenciosos.—No es difícil saberlo, aunque se obstinen en callar, dice Marcela; ya os he referido que me hallaba junto á la puerta de la leñera que cae al patio, donde está encerrado de día nuestro perro *Galaor*, el cual gruñía sin cesar; y por saber lo que quería, le abrí; salió, y al instante ví que cogió un pedazo de empanada: dile un grito terrible, y comó es tan dócil, lo dejó; yo lo recogí y os dí parte, Armando, pues como en casa no había la menor cosa de masa, al instante conocí que sería alguna picardigüela de estos señoritos; y ya estais presenciando que se engullen sin duda algun regalo que hayan traído á vuestro padre, y del que no tendríamos noticia á no ser por el maravilloso olfato de *Galaor*.

Los muchachos quedaron aturdidos. No advirtieron que se les había caído en el patio un pedazo de

la empanada, cuando tanta prisa se dieron á tomar cada uno su porcion para no dejar de comer hasta llegar al cenador de la huerta. El pícaro perro, goloso como ellos, y escitado tambien su apetito por el olor, quería salir de la leñera para participar del banquete, y todo lo descubrió. No se atrevian á hablar ni una palabra. Armando volvió á preguntarles, y Leon fué el único que tuvo valor para decir la verdad. Hizo Armando que le entregasen el resto de la empanada, y sin detenerse fué á apuntar esta escena en su diario.

No pintaré la tristeza en que toda la mañana estuvieron sumergidos los golosos. Al declinar el dia se reunieron en el terrazo, no para jugar, no para divertirse, sino para suplicar á su hermano que borrara del libro verde una falta de que ya estaban muy arrepentidos. Armando se resistió, porque si su padre llegaba por casualidad á saberlo, le haría cargo de este injusto disimulo. Los muchachos duplicaron sus ruegos, y Marcela, que tenía muy buen corazon, se puso de su parte, hasta que Armando consintió en borrar la nota, bajo la condicion de que sus hermanos, hasta el regreso de su padre, no volverían á ponerle en la precision de delatarlos. Todos se lo prometieron; la alegría renació en la asamblea, y

aun escitó su risa el petardo que había dado *Galaor* á los delincuentes. ¡Es de maravillar, exclamó Benito, cómo se descubre todo!—Y por unos medios que no se pueden precaver, añadió Leon.—Dios lo dispone, dijo Adela.—Sí, concluyó Julio; el delincuente siempre comete alguna imprudencia que lo descubre.

—¡Si bien lo supiérais! exclamó la buena Marcela. Yo sé una historia terrible, que tiene mucha connexion con lo que habeis dicho.—¿Una historia? dijo Leon; ¿quereis hacernos el favor de contarla?—¿Y por qué no?—Pues bien, Marcela, referidnos esa historia si no es demasiado larga.—No por cierto, no es larga, y es muy interesante: mi madre conoció al pobre Aubri, que era un droguero, á quien le sucedió.—¡Hola! ¿con que es una historia verdadera?—¿Verdadera? lo mas que puede ser una historia: ahora la oireis; estad con atencion. Los muchachos se acercaron á Armando, el cual temía que Marcela iba á fastidiarlos; pero por no desagradar á su buena ama de gobierno, se resolvió á escucharla. Marcela se quitó los anteojos, dejó la labor, y á su modo dió principio á la historia en estos términos:

HISTORIA DEL DROGUERO AUBRÍ.

En una ciudad de provincia, que se llama... se llama... no me acuerdo... y es mucho, porque mi memoria es tan..... pero al cabo, el nombre de la ciudad no hace al caso; tal vez me acordaré conforme vaya hablando. Digo, pues, que vivía en una ciudad de provincia un droguero llamado Aubrí, el cual entendía muy bien su oficio, y sabía hacer su negocio: tenía una infinidad de parroquianos, al paso que dos drogueros, que acababan de abrir tienda en una callejuela poco frecuentada, no despachaban sino muy pocos de sus géneros. Estos que eran jóvenes, y se llamaban los hermanos Martín, concibieron tal ódio contra Mr. Aubrí, que resolvieron perderle: para esto se valieron de muchos medios que no les aprovecharon; y Mr. Aubrí, conociendo su mala voluntad, recurrió varias veces á la justicia, para que contuviese sus insultos y calumnias. Pero ellos no se desanimaron; y viendo que les era imposible vengarse abiertamente, se valieron de la traicion para deshacerse de aquel hombre á quien aborrecian.

Mr. Aubrí no tenía hijos, y le ayudaba en el co-

mercio su muger, que era de bastante capacidad. Para descansar de las tareas de la semana, había comprado Mr. Aubrí una casita de campo, poco distante de los arrabales de la ciudad, y pasaba en ella todos los domingos. Su muger salía el sábado por la mañana á fin de prepararlo todo para servir á su marido, el cual iba á su casa de campo el mismo dia, despues de haber cerrado la tienda, que era siempre muy de noche. Nunca atravesaba la ciudad; y tenía la costumbre de pasar por una calle de árboles, lindera á un bosque que estaba justamente detras de la ciudad, al pie de las casas del arrabal. Los hermanos Martin, que sabian todo esto, resolvieron apróvecharse de la soledad de la noche, y del tiempo en que pasára por allí Mr. Aubrí, para cometer la mayor iniquidad. ¿Creeis que le esperaron para asesinarle? nada de eso; mas astutos en su venganza, se manejaron de distinto modo.

Había en la calle de Mr. Aubrí un mozo muy tonto y pesado, á quien él varias veces había echado de la tienda porque le molestaba. A este buscaron los Martin, y le dijeron: Nicolás ¿quieres ganar diez luisas? —¿Pues no he de querer? vaya, vaya, ¿quién pregunta eso?—Pues bien; mañana que es sábado, á las nueve de la noche estarás en la

calle de los Castaños, que allí nos encontrarás. Esta era precisamente la calle de árboles por donde pasaba Mr. Aubrí para ir á su casa de campo. Los malvados fueron á las ocho á aquel sitio; se ocultaron en el bosque, y vieron que Mr. Aubrí pasaba á la hora acostumbrada, sin recelar la menor cosa del horrible lazo que le disponian. A muy breve rato se presentó Nicolás, reconociéronle, y salieron del bosque. Entonces el tonto les preguntó: ¿Y los diez luisas? ¿qué tengo de hacer para ganarlos?—¡Poca cosa, respondió el mayor de ellos; aquí están, y serán tuyos con tal que grites tres veces de modo que te oigan: *Mr. Aubrí ¿qué os he hecho? ¿por qué me quereis asesinar?*—¿No es mas que eso? repuso Nicolás riéndose: ¡valiente empeño! pero supongo que no le vendrá mal á Mr. Aubrí.—¿Qué mal? vaya comienza: dilo tres veces, y el dinero es tuyo.

El infeliz gritó á todo gritar, por dos veces: *Mr. Aubrí ¿qué os he hecho? ¿por qué me quereis asesinar?*—Mas fuerte y con mas dolor, le dijo el mayor al oido; y Nicolás volvió á repetir con voz dolorosa las mismas palabras. Apenas acabó, reclamó la suma prometida; pero ¡oh maldad! el hermano mayor le tiró un pistoletazo, y cayó muerto á sus pies. ¿Os estremeceis, hijos míos, y os compadeceis acaso

del pobre Nicolás, víctima de una astucia á que se había prestado sin saber cuáles serían las consecuencias? Esperad, y oireis cosas que os maravillen.

Los dos hermanos tomaron su dinero, y dejando en aquel sitio el cadáver de Nicolás, se retiraron por sendas estraviadas, y volvieron á la ciudad. Entre tanto, á las voces de Nicolás y al tiro se abrieron las ventanas de las casas que caían hácia aquella parte, y desde ellas clamaron las gentes: *Favor.... justicia.... al asesino....* Los criminales esparcieron la voz de que pasando casualmente por junto á aquella calle de árboles habian visto el modo horrible con que trataba Mr. Aubri á un tal Nicolás: que tambien los habian visto luchar; y que al fin Mr. Aubri habia tirado un pistoletazo; pero que ignoraban el resultado.

Los vecinos acudieron y rodearon el cadáver; llegó la justicia, se informó, los Martin declararon lo que llevo referido, y los vecinos dijeron que habian oido las exclamaciones de Nicolás. Fué la justicia á la casa de campo de Mr. Aubri, y le encontraron cenando tranquilamente con su muger, sin el menor recelo de la desgracia que le esperaba. Le prendieron, le encadenaron, y le llevaron á la cárcel. Preguntó el motivo de su prision, y solo le di-

ieron que bien lo sabía. Al infeliz le presentaron al día siguiente el cadáver, y se estremeció al verse acusado de asesino. En vano negó, en vano representó el ningún interés que le resultaba de cometer semejante homicidio, pues los dos hermanos sostenían haberle visto Matar á Nicolás, y otros testigos insistían en las exclamaciones de este antes de oír el pistoletazo. El desgraciado Aubri, nada sabía de estas declaraciones; pero sí presumía que su desgracia era obra de sus enemigos, los únicos que se presentaban como testigos de vista, y los mas encarnizados en su pérdida. El juez, hombre íntegro y delicado, daba como dicen, largas al asunto, porque no podía persuadirse de que fuese delincuente un hombre de su reputacion, y cuya buena vida y costumbres eran generalmente conocidas. Pero en fin el asunto aparecía claro: había dos testigos de vista y mil de oídas; la prueba rayaba en evidencia: el crimen de Aubri por este medio estaba probado. Ya se había valido de cuantos medios le sugirió su inocencia, pero eran débiles contra pruebas tan concluyentes. El desgraciado Aubri fué condenado á horea, y sufrió la pena en la misma ciudad donde había sido estimado por su buena conducta y probidad.

¿Llorais, hijos míos? eso prueba vuestro buen

corazon. Pero voy á lo mas admirable de este suceso, que parece increíble, aunque se verificó ni mas ni menos como yo lo cuento. Por casualidad, uno de los cirujanos del pueblo estaba de concierto con el verdugo para que le entregase el cuerpo del primer delincuente que fuese ajusticiado, á fin de hacer la diseccion del cadáver. Cabalmente el cirujano era amigo de Mr. Aubri: juzgad cuál sería su dolor viendo entrar en su casa el cadáver de un hombre á quien había estimado, y á quien nunca había creído culpado. Pero ¡oh juicios de Dios! cuando el sensible cirujano estaba tristemente contemplando el cuerpo, un ligero suspiro que exhaló le hizo ver que no estaba inanimado. Llamó á su muger y la dijo: Amiga mia, he aquí á Mr. Aubri; aun puedo salvarle; solo quiero que me ayudes á ponerle en esta cama, y que el secreto quede sepultado entre nosotros.

Estos dos compasivos esposos aplicaron el mayor esmero en socorrer á Mr. Aubri, el cual, despues de algunos dias recobró sus sentidos, y al cabo de un mes el uso de la voz. Todo lo que había pasado le parecía como un sueño; miraba dónde se hallaba, y se maravillaba; pero el cirujano y su esposa le estrecharon en sus brazos; él los reconoció y cayó en un delirio, convencido de la triste realidad

de su suplicio. Poco á poco se fué recobrando; y cuando ya pudo hablar, agradeció á sus amigos tantos favores, y les juró que se hallaba inocente. Madama Aubri recibió la noticia del estado de su esposo con la mayor alegría; pero supo contenerla y portarse con discrecion. En fin, su marido se restableció del todo, quedándole solo una especie de ronquera que hacía su voz desagradable, y la cabeza inclinada hácia la espalda; pero, aunque estropeado para toda su vida, vivió á lo menos para acreditar su inocencia. Este era su designio, del que no se apartó á pesar de los prudentes consejos de sus amigos, y de las lágrimas y ruegos de su esposa, á quienes dijo: Pues unos malvados me han perdido, yo tambien quiero perderlos, para lo cual se me proporciona un medio escelente. Ya han pasado ocho meses desde que sufrí mi castigo, y estoy tan otro, que casi es imposible conocerme. Me presentaré al juez, en quien reconozco mucha integridad, y le diré: La franqueza con que me presento os descubre mi inocencia; y no podrá menos de creerme. Además de esto, os vuelvo á decir que tengo un medio escelente para confundir á mis asesinos.

A pesar, pues, de las reflexiones de sus ami-

gos, Mr. Aubri esperó á una noche en que se halló mas fuerte para atravesar la ciudad, y se presentó en casa del juez de su causa. Pidió audiencia, y le introdujeron en el gabinete del magistrado, á quien dijo: Señor, ¿me conoceis?— A la verdad... tengo alguna idea... muy confusa... antes de ahora os he visto. — Así es: tenéis en vuestra presencia, señor, al desventurado Aubri.—¿Vos?... ¡Cielos! — Sí, señor: yo soy el infeliz Aubri; vivo por una dichosa casualidad, y vengo á juraros mi inocencia.—¿Vuestra inocencia? pues yo os he sentenciado sobre pruebas bien claras y convincentes.—Yo no sé como se ha conducido este asunto; ignoro los manejos de mis calumniadores; pero me hallo inocente. Os lo juro; ¿á ser criminal, me presentaría á vuestros ojos?— Es cierto... (el juez quedó un rato pensativo, y luego añadió) es muy cierto; y aun os confieso que me ha costado mucha repugnancia creer os culpable de tan atroz delito. Sosegaos, buen hombre, y hablemos. Decidme: ¿no sospechais quién ha podido perderos? — Los dos hermanos Martin eran mis enemigos declarados.—¡Ciertamente que sus declaraciones han sido terribles! ¿pero los vecinos que oyeron las voces de Nicolás...—Eso me

confunde, no sé á qué atribuirlo; pero mis enemigos, sin duda darán la esplicacion de este enigma. Haced que vengan á esta casa; yo concurriré á la hora que me señaleis, y oculto detrás de estos tapices...—Ya os entiendo... Venid mañana á las siete de la noche; los citaré, y veremos si se puede descubrir algo.

Despidiose Aubri del juez, el cual mandó al instante que los dos Martin se presentasen á las siete y media de la noche del siguiente dia. Estos miserables gozaban tranquilamente el fruto de su perfidia. Desde la ruina del inocente Aubri, prosperaba su comercio, y cada dia se aplaudian entre sí del partido que habian tomado. Cuando les intimaron la orden del magistrado, no concibieron la mas leve sospecha del objeto para que eran citados; y creyendo que sería para alguna cosa relativa á su comercio, se presentaron á la hora señalada. El juez, afectando mucho misterio, les hizo entrar en su gabinete, y cerró la puertá con toda seguridad; pero quedaron atónitos al oír las razones del magistrado, que fueron estas: Amigos míos, yo os he llamado para ver si puedo conseguir el sosiego de mi alma y de mi cuerpo. Hace ocho meses que me siento interiormente atormentado, y el sueño huye de mis ojos. ¿El

droguero Aubri, á quien condené por vuestras deposiciones, era efectivamente criminal?—¿Pues, señor, ahora teneis esa duda?—La tengo, sí, y muy fundada. ¿Con que vosotros le visteis en el momento?...—Sí señor, le vimos lo mismo que ahora os vemos.—Mucha es mi inquietud.—Perdonad si no os entendemos; ¿al cabo de ocho meses teneis escrúpulos, y volveis á examinarnos sobre los delitos de aquel malvado? Nosotros fuimos testigos como los demás, y á esto se reduce todo.—Voy á hablaros con franqueza. Acaso me tendreis por ignorante y aun iluso; pero lo cierto es que se me aparece el difunto Aubri... le veo... me jura su inocencia, y os acusa á los dos.—Pero perdonad si nos atrevemos á decir que eso es una estravagancia: ¿es posible que creais semejantes ridiculeces? ¡un magistrado! —Sí señores, las creo porque las veo.—Sin duda os quereis chancear.—No por cierto: veo á aquel infeliz por las noches; se me presenta como un horroroso espectro.—Pero si eso fuese así, mas regular sería que se nos apareciese á nosotros, nos degollá-ra, ó... ¡qué sé yo!... vaya, vaya: señor, esas son ilusiones y cuentos de viejas; los muertos no vuelven por acá.—Sin embargo, algunas veces... ¿pero qué diriais si le viérais como yo le veo?—Eso es imposi-

ble.—Me ocurre una idea, y es que nos pongamos á orar; pudiera ser que se apareciese en este mismo cuarto.—¡Ya teníamos que esperar!—Para Dios no hay imposibles: hagamos lo que he dicho.—Pero señor...—Amigos, hacedme este favor: ¿qué os cuesta satisfacerme? ¿tal miedo teneis de ver á Aubrí, que no podríais soportar, como yo, su presencia?—No es eso, señor; sino que no somos tan simples que creamos....—Pues bien, si nuestra oracion no produce efecto, yo os permito que os riais cuanto quisiéreis de mi credulidad. Pongámonos de rodillas, y procuremos juntos aplacar el alma de aquel desdichado.

Los dos hermanos se miraban atónitos sin que pudieran concebir cómo cabía tan ridículo pensamiento en un magistrado; pero al cabo se resolvieron á complacerle, y todos se arrodillaron delante de una santa imágen del Salvador. Entonces el juez exclamó: Alma del desgraciado Aubrí: si no cometiste el crimen que te imputaron, y si te es permitido dejar la region de los muertos para confundir á los vivos, te ruego que te presentes... Los hermanos se echaron á reir; pero el magistrado, sin hacer caso, prosiguió: Alma del desdichado Aubrí: ven á confundir á tus calumniadores.

A estas palabras, Aubrí, vestido de blanco, salió de donde estaba escondido, y señalando á los hermanos, dijo: Vedlos aquí: estos mónstruos son los que me calumniaron. Los delincuentes, aterrados con tan inesperada aparicion, cayeron en tierra, y solo pudieron decir: Sí... sí, tiene razon; nosotros dimos muerte á Nicolás: retirate, horrible fantasma y déjanos lugar para el arrepentimiento.

Aubrí se retiró. Unos testigos prevenidos para el efecto, oyeron la declaracion de los dos miserables, que al instante fueron encerrados en la cárcel, donde espusieron todas las circunstancias del caso, y recibieron luego el correspondiente castigo. El pobre Aubrí vindicó su honor; se le dieron todas las posibles satisfacciones públicas y pasó dias felices acompañado de su querida esposa, del cirujano y su muger, á quienes había debido tanta dicha.

Esta es la historia, hijos míos. Por ella veis que Dios nada deja sin castigo, y que tarde ó temprano se llegan á descubrir los delitos. Mucho hablaron los muchachos sobre este suceso, y mucho rieron pensando en el terror que causaría á los malvados la repentina aparicion de Aubrí. Armando se sonrió viendo la satisfaccion que experimentaba la buena Marcela por la impresion que había hecho el suceso

en sus hermanos; pero se propuso no dar lugar al insaciable deseo que ella tenía de hablar, y todos se retiraron muy complacidos del entretenimiento de aquella tarde.

TARDE XXXII.

LA INSUBORDINACION.

Quien la senda del deber
Por su capricho abandona,
De independiente blasona
Y se niega á obedecer
A quien debiera temer,
Sepa en su estulta demencia,
Que tan funesta insolencia
(Y el tiempo doy por testigo)
No quedará sin castigo,
Que Dios ama la obediencia.

EL siguiente día se pasó sin orden ni concierto: los muchachos paseaban, jugaban y á todo se dedicaban excepto á sus acostumbradas tareas; la autoridad de Armando en nada les contenía, y tuvo al fin que abandonarlos y retirarse á su cuarto á apuntar en su diario los disgustos que le causaban sus hermanos: llegó la insubordinacion de estos á tal extremo, que

sin contar con él y á propuesta de Benito , resolvieron hacer una expedicion al dia siguiente á la quinta de Emiliano , saliendo despues de almorzar y volviendo á la hora de comer.

Resueltos ya nuestros cuatro amotinados , no pensaron mas que en la ejecucion de su proyecto. ¡ Qué placer para ellos verse libres y hacer cuanto se les antojase , sin tener nadie que los fiscalizase! Brilló por fin la aurora del deseado dia ; almorzaron sin decir nada al severo Armando , que se volvió á su cuarto , y los demas fueron á componerse para la visita. Julio presidió al tocador de Adela , la cual , como ya era mas que niña , cuidaba mucho de su compostura. Contemplábala Julio embelesado , y ella le dijo: Nada tengo que ponerme en el cabello: llevarle liso y llano , que sé yo... ¿estará bien? — Para mí , la respondió Julio con mucha galantería , de cualquier modo estas perfectamente. — Ya sé yo que tú me favoreces ; pero ese bárbaro Benito... siempre me trata brutalmente. — Benito , Armando y Leon son tus hermanos , y yo... — Tambien tú lo eres por adopcion. — Yo no sé lo que siento en mí , que me gusta mas ser amigo que hermano tuyo ; cada vez que pienso en esto... pon , pon la mano sobre mi pecho ; ¿no oyes ? tic , tac , tic , tac , tic , tac : ¿qué

es esto?—Yo no lo sé; á mí me sucede lo mismo. — ¡Ah! ¡si quisiera algun dia Palemon casarnos! yo sería dulce y tierno, y me sujetaría en todo á tus deseos, así como el año pasado decias que querias se sujetase tu marido: ¿no te acuerdas del dia que reñiste con Benito por las cerezas?—Ya me acuerdo; pero aquello era hablar por hablar; fuera de que el ejemplo de la pobre Madama Dumont, á quien su marido redujo á una humilde cabaña para corregirla, me ha hecho mudar de opinion; y estoy seguramente convencida de que la muger debe someterse á la voluntad de su esposo, y que la sencillez de sus inclinaciones, tan necesaria como la pureza de costumbres, contribuye mucho á la paz y bienestar de las familias. — ¡Oh! ¡eso sí que es pensar como se debe! mas yo quisiera....—Calla, que viene Leon: baja á ver si Benito está dispuesto.

La repentina llegada de Leon interrumpió la ingénuo y dulce conversacion de estos jóvenes amantes, y Julio bajó al patio, donde se admiró de ver á Benito ocupado en ajustar varias frioleras que traía en un cajon un buhonero. ¿Qué haces ahí? le dijo con bastante aspereza: ¿por qué no te vas á vestir? ya todos estamos dispuestos, y tú solo nos haces esperar. Benito aunque algo resentido del modo con que Julio

le hablaba, conoció que la diversion preparada valia mas que todas las bujerías del buhonero, y medio gruñendo subió á su cuarto. Julio tambien se puso á examinar las mercaderías; y en tanto que registraba un lazo de cintas con algunas lentejuelas, el hombre le pidió un vaso de agua. Id á la cocina, le respondió Julio: el buhonero dejó su ambulante tienda, y fué en busca de Marcela. Julio se acordó de que su amiga no tenía que ponerse en el cabello, y dijo para sí: ¡Dios mio! ¡que bien la sentaría este lazo! ¡si no fuese caro!... pero Leon añadirá sus ahorros á los míos... ¡quiere tanto á su hermana!... Si, pero antes es preciso saber si este adorno es del gusto de Adela. Dijo, y sin reflexionar mas, ni esperar á que volviese el buhonero, tomó el lazo y subió precipitadamente al cuarto de Adela, que le vió entrar, y al instante fijó sus miradas en el lazo que Julio traía en su mano; y este le dijo: ¿Qué te parece? ¿es bonito? — ¡Bellísimo! — Pues tuyo es. — ¿Quién me hace este regalo? — Sea quien quiera, tuyo es.

Insistió Adela en sus preguntas; Julio sin responderla, la puso el lazo en los cabellos del modo que mejor le pareció; y como nos complacemos en mirar adornado el objeto de nuestra inclinacion, Julio se detuvo un breve rato en esta agradable ocupa-

cion; pero acordándose de que no había pagado al buhonero, bajó apresuradamente á ejecutarlo: mas ¿cuál fué su sorpresa no hallando ya al dueño verdadero del lazo! Preguntó por él á Marcela, y esta le respondió que hacía gran rato que se había ido. Julio, desesperado, salió de casa, registró las cercanías, y á nadie encontró. Segun todas las apariencias, el hombre se había marchado sin detenerse ni echar de menos el lazo que le faltaba; pero al cabo, era preciso que lo conociese; y entonces ¿qué diría? ¿qué pensaría? que le habían robado: esto era muy natural: ¡santo Dios! si vuelve este hombre, como es regular, reclamará su lazo, se quejará amargamente, y de cualquiera modo Julio será el acusado sin que baste el pagar lo que pida, porque de todos modos quedará indiciado de ladron. Véase como las intenciones mas puras é inocentes toman á veces un aspecto criminal. ¿Qué dirán sus hermanos? la misma Adela ¿qué pensará? ¿se descubrirá Julio con ella? ¿la pedirá el gracioso lazo que tanto la gusta, y que tan bien la sienta?... No, no podía resolverse á esto... pero era una alhaja que no pertenecía á Julio ni á Adela... ¡qué atolondramiento! ¡qué ligereza!

Consternado Julio, volvió á subir al cuarto de

Adela, y no se atrevía á mirarla. Benito y Leon vinieron á avisarlos que ya estaban prevenidos, y que aquella era la hora mas oportuna para salir sin ser vistos; pues Armando estaba estudiando, y Marcela ocupada en la cocina. Vamos, vamos; esta era la expresion general.

Julio dió la mano á Adela, Benito y Leon les siguieron; y todos, aprovechándose de la libertad que tenian para escaparse, salieron, dejaron la puerta cerrada, y corrieron hasta el bosque de los Castaños, donde en otra ocasion habian jugado á las cuatro esquinas con su padre. Allí no temieron ser perseguidos por Armando, pues no podía adivinar el camino que seguian, como que ignoraba que iban á ver al jóven Emiliano. Se sentaron y descansaron un rato: Benito, que todavia no habia mirado á Adela, la dijo: ¡Qué hermosa estás! ¿quién te ha dado ese lazo? (*Julio se puso colorado.*) ¡No es nada! me le ha dado mi amante.—¿Julio?—El mismo.—¡Oh! es hombre galante: pero dime, Julio, ¿te ha costado mucho?—No... no mucho.—Nada se hace caro para obsequiar á la que se ama.—¿A la que se ama? ¿pues quién te ha dicho que yo amo á Adela?—¡Ah! ¿no la amas?—Eso es muy diferente; la amo, sí... pero lo mismo que vosotros, como un

hermano ama á su hermana.—Ya, ya, ¡para el pícaro que lo creyera! pero al cabo ella es una jóven muy propia para conmover... el corazon... de un hombre tan sensible...—Lo soy; y mucho mas á tus injurias: tú siempre serás un descortés.

Adela, como tan interesada en esta discusion, procuró terminarla; lo consiguió, y volvieron todos alegres á continuar su camino. Pasaron por delante de la quinta de los Nogales, y allí no se acordaban qué camino era el mas corto para llegar á casa de Brígida. Debemos tomar á la izquierda, dijo Leon.—No, sino á la derecha, contestó Benito.—No, sino por la senda de en medio, repuso Adela. Preguntaron por la buena Brígida á algunos labradores, pero nadie la conocía: ¿y á Emiliano?—¿Emiliano? Eso es otra cosa: ese muchacho es muy conocido y amado de toda la comarca; tomad esta senda, que os llevará á su pueblo. En la primera calle la segunda puerta es de la casa de Emiliano.

Muy contentos con estas señas tomaron el camino indicado, y por fin llegaron á casa de Emiliano: llamaron, pero nadie les respondió: volvieron á llamar, y una vecina se asomó á la ventana, diciendo: ¿Quién llama? ¿por quién preguntais?—Por Brígida y Emiliano.—¡A buen tiempo! ¿pues qué no sabeis

que están en París hace ya dos meses? Emiliano ha encontrado á su padre, su madre y toda su familia. —¿Con que Emiliano está ya con su familia? ¡qué felicidad! contadnos cómo ha sido.—¿Que os cuente como ha sido? ¡No es nada el empeño!—Subiremos á vuestra casa.—¿A mi casa, sin conoceros? no es mala la franqueza de los trastuelos.

La vecina cerró su ventana, é hizo muy bien, porque nuestros muchachos, indignados del epíteto con que los habia favorecido, estaban resueltos á decirle mil necedades. Era preciso, pues, que se contentasen con saber que Emiliano y Brígida estaban en París, y determinarse á volver á casa..... ¡Volver á casa!... ¡tan pronto!... ¡sin haber disfrutado la libertad de solazarse en el campo!... ¡es cosa dura! lo mismo nos ha de reprender Armando por una, que por dos ó tres horas de ausencia. Benito lo conocía, y como él era siempre el incitador de los otros, les propuso comer juntos sobre la fresca yerba, pagando cada cual su ración: todos, les dijo, tenemos algun dinerillo ahorrado, á escepcion de Julio, que tal vez se habrá arruinado por regalar á su amada: compremos un pastel ú otra cualquier cosa, le comeremos en el bosque, y luego jugaremos.

Todos aplaudieron el pensamiento, y aprontaron su escote. Se entregó la cantidad á Benito, que compró un pan y dos pollas asadas. Luego se encaminaron al bosque de los Castaños, que ofrecía mil sitios á cual mas agradables; y en el que estaba mas inmediato á una fuente, se determinaron á tomar la refaccion. Esta comida les recordó la merienda que en otro tiempo les ofreció Benito en el bosque, cuando era compañero del carbonero Lagrange; cuya memoria hizo á Adela estremecerse, temiendo que les acometiesen algunos ladrones, como les sucedió en aquel funesto bosque. No quiso comunicar sus temores á sus hermanos, porque se hubieran burlado ella; pero observaba que el bosque donde estaban era muy estraviado y desierto, y que desde que se habian sentado á comer, nadie había pasado por allí, sin embargo de ser casi mediodia, y hacer un tiempo tan apacible. Por esto no dejaba de hallarse inquieta, y comía con menos apetito que sus hermanos, mirando siempre á todas partes. ¡Cuál sería su espanto al ver correr hácia ella un hombre desconocido, en cuyo semblante y ademanes se pintaban el furor! Dió un grito y cayó sobre Julio, que no podía concebir la causa del accidente, porque no veía al hombre, que ya estaba detrás de él. Este es, exclamó el furioso, el

pícaro que esta mañana me ha quitado mi hacienda. Leon, Julio y Benito fijaron la vista en aquel bárbaro, y los dos últimos al instante reconocieron al buhonero, el cual, mirando á Adela, prosiguió: Justamente es mi lazo el que esta picaruela tiene en su pelo: ¿no es una maldad engañar así á un pobre que pasa mil trabajos para ganar su vida honradamente?

Diciendo esto, se arrojó á desprender el lazo de la cabeza de Adela, que temblaba como las hojas en los árboles. Leon y Benito, que nada entendían de todo esto, quedaron como petrificados, mientras que Julio se esforzaba para manifestar la verdad del hecho. Todo había pasado como lo decía, pero el buhonero no le daba crédito. ¡No está malo el embuste! esclamaba; ¡decir que ha vuelto á pagarme, cuando yo me detuve mas de un cuarto de hora hablando con el ama de gobierno! A la verdad que si entonces hubiera advertido el robo del lazo, no me salgo sin él; pero no lo he reparado hasta que me hallaba junto á la quinta de los Nogales; y volvía á vuestra casa, cuando la casualidad me ha hecho encontraros aquí.

Hasta entonces Benito y Leon nada habían dicho; pero convencidos de la verdad por las lágri-

mas y juramentos de Julio ; viendo por otra parte que el buhonero sospechaba de la probidad de su hermano adoptivo , dijeron cuatro claridades á aquel hombre , el cual descortés y grosero replicó que á todos tres los haría pedazos. Entonces la rabia se apoderó de los corazones de nuestros jóvenes , y comenzó una horrible batalla. El buhonero dió un puntapié á Julio ; Benito le correspondió con otro ; Leon se le tiró al cuello , y le daba fuertes puñadas , mientras que Julio le agarró de una pierna y procuró hacerle caer al suelo ; el hombre sacudía por todas partes ; y en fin , Benito , sacando su cortaplumas , le hizo tal herida junto á una rodilla , que el insolente buhonero cayó dando descompasados gritos. Adela , que casi espiraba de dolor durante la accion , aconsejó á sus hermanos la fuga ; y ellos tomaron este partido , dejando en el suelo , al lado del herido , los restos de una comida que habian empezado bajo mas felices auspicios.

El buhonero , aunque con trabajo , se levantó ; y pidiendo en alta voz auxilio , caminó tras de nuestros fugitivos , que mas ligeros que el viento á nada se detenian ; pero al revolver de una senda se les presentaron tres guardas de campo que atravesándose en el camino , los detuvieron. Su enemigo los

alcanzó; refirió el suceso con los más feos colores, y mostró la herida que había recibido. Las lágrimas y gemidos de los desgraciados muchachos no enternecieron á los guardas; estos los llevaron á casa del juez del pueblo más cercano, que estaba muy poco de la casa de su padre. Allí curaron al herido, y le llevaron al hospital, entablando en seguida una querrela criminal. ¡Qué pesarosos, qué arrepentidos estaban los muchachos de haber hecho este fatal viaje, en que tanto pensaban haberse divertido!

El juez, que conocía y estimaba al virtuoso Palemon, al instante pasó el correspondiente aviso á su casa, y retuvo á los muchachos. Como Palemon todavía estaba ausente, Armando, pálido y afligido acudió á casa del juez, donde halló á sus hermanos aterrados. El magistrado contó el suceso al tímido Armando, manifestándole que no podía menos de poner á los delincuentes en la cárcel hasta la llegada de su padre. Armando intercedió, y á fuerza de instancias consiguió que el juez le entregase á su hermana y Leon, quedando presos Julio y Benito, el primero como causa principal de la pendencia, y el segundo por haber herido al buhonero. ¡Qué dolorosa separación para Julio y Adela! pero más lo era para esta, porque veía que todo el albo-

roto dimanaba del rasgo de galantería con que su amigo había querido manifestarla su ternura ; pero, sin remedio, era preciso separarse de los brazos de los pobres presos, que ya se daban por perdidos.

Armando volvió á la casa paterna con Adela y Leon. Estaba desesperado, pues en dos dias que había faltado su padre, todo se hallaba trastornado. ¿Cómo se atrevería á presentarse á Palemon? ¿cómo se había de excusar de su poca vigilancia? en una palabra, ¿cómo haría para disminuir los crímenes de sus hermanos? pues Armando tenía muy buen corazón, y á ser posible, querría desarmar la cólera de su padre, ó que recayese en él tan solamente. ¡ Oh Dios mio ! ¡ qué difícil es, decía, gobernar á estos muchachos ! ¡ qué desórdenes resultan en una casa por la ausencia de su principal cabeza!

Mientras que Adela y Leon contaban llorando á su hermano lo que sabían del principio de la escena, en que Julio y Benito habían sido víctimas, estos por orden del juez fueron encerrados en una sala baja de su casa, y no se les dió mas alimento que pan y agua : ¡ qué penitencia ! ¡ cuánto se culpaba Julio por su ligereza y atolondramiento, que tanto perturbaba á su familia ! Pero lo que mas temía era

la vuelta de su padre. Sin embargo, Julio decía entre sí: Mi padre es bueno y justo; sabe que yo nunca he disfrazado la verdad: se lo confesaré todo, verá que la culpa está de parte del buhonero, y vengará á sus hijos. Pero entre tanto era preciso sufrir, padecer y continuar preso como un delincuente. Benito estaba mas sosegado; su genio y la dureza de su carácter le ofrecian mil motivos de consuelo. Además, se acostumbraba fácilmente á todo; estaba determinado á cuanto pudiera suceder y tenía por muy justa la venganza que había tomado de un bárbaro que, á tener mas fuerza, hubiera estropeado á él y á sus hermanos. Así es que permanecía tranquilo, y procuraba templar los amargos sentimientos de Julio.

La noche fué cruel para todos estos muchachos; pero se pasó, y á la mañana siguiente Armando, Leon y Adela se juntaron á deliberar, cuando oyeron que paraba á su puerta un coche. Marcela abrió: ¡oh Dios! ¡qué vista tan agradable, y al mismo tiempo tan penosa para los tres! Era su padre, el cual venia acompañado de una jóven y un venerable anciano, á quienes dijo: Entrad, este es mi campestre asilo; ahora vereis á mis hijos, y conoceréis que soy el padre mas venturoso.

¡El padre mas venturoso ! ¡ qué palabras tan terribles para Armando , Leon y Adela ! sin embargo , volaron á recibir á su padre , y le abrazaron con la mayor ternura. Palemon se admiró de no ver á Julio y Benito , acusaba su frialdad , y se quejaba de tan poco cariño. Adela y Leon lloraban ; Armando fijaba sus ojos en la tierra ; Palemon se inquietó , hizo varias preguntas á su hijo mayor , y este pidió contestarle á solas. Habla libremente , le dijo su padre , este caballero es muy amigo mio , y ninguna de mis cosas puede serle indiferente.

Entonces Armando refirió á su padre la desgracia ocurrida , y añadió que hasta este accidente sus hermanos habian manifestado la mayor docilidad y sumision. Armando no quería agravar con sus quejas la pena que esperimentaban ; le parecia que estaban bien castigados con lo que les había sucedido , y así procuraba no debilitar el cariño de su padre para que acudiese cuanto antes al remedio , y no trascendiese mas el castigo de los culpados. Palemon , luego que oyó la narracion , se cruzó de brazos , y permaneció pensativo durante algunos minutos ; despues recobró su serenidad , y dijo á Armando : Vete , hijo mio , vete á hacer preparar cuarto y camas para mi amigo y su hija.

— Pero señor...—Anda : pronto sabrás mi intención.

Adela y Leon siguieron á Armando, evitando así la presencia de su padre , cuyas miradas severas no podian tolerar. Palemon hizo entrar en casa á sus huéspedes, y se les sirvió el desayuno ; habló de asuntos indiferentes, puso en su lugar las cosas que traía en la maleta , y salió despues de haber hablado en secreto con su amigo. ¿A dónde irá ? Cualquiera padre de familia conocerá fácilmente que volaba al socorro de sus hijos.

En efecto, fué á casa del juez el afligido Palemon, le habló largo rato á solas, y luego fueron los dos al hospital para examinar al buhonero, que estaba casi restablecido. Su herida no era considerable; pero este bribon había exagerado el mal para sacar mayores ventajas. Ambos salieron muy descontentos de tal sujeto; volvieron á casa del juez, y entraron donde se hallaban los pobres muchachos presos: ¡qué golpe para estos! La cabeza de Medusa no les hubiera petrificado tan pronto. Benito miró á otro lado, y Julio derramaba un torrente de lágrimas. Su padre enternecido, se las enjugó; y sentándose junto á él, le mandó que le refiriese cómo había sido la pendencia que había tenido con el buhonero.

Padre mio, dijo Julio sollozando; perdonadme... ¡Oh! perdonadme si me atrevo á haceros una confesion que manifestará mi aturdimiento, y aunque me disculpará en cierto modo, tambien agravará mis defectos. Me reconozco un pobre huérfano, á quien vuestra bondad recogió en el seno de su familia; siempre he mirado á Adela como la cosa mas bella....—No tratamos de eso, le dijo Palemon; vamos al caso, Julio, vamos.—Ayer por la mañana para hacer un regalo á Adela, llevé á su cuarto un lazo de cinta para preguntarla si la gustaba, con la firme intencion de bajar al instante á pagar al buhonero, que había quedado hablando con Marcela. Yo no sé cómo fué: me entretuve tal vez demasiado; el bribon se marchó, y ahora tiene el atrevimiento de acusarme.. ¡de ladron!.. ¡de ladron!... ¡Dios mio! Bien sabeis, padre mio, que yo nunca he manifestado inclinacion á semejante infamia; esta es la verdad. El hombre quiso maltratarnos; nosotros nos defendimos, y el señor juez que está presente nos ha puesto presos: ¿por qué han de encarcelar á uno cuando no lo merece?

Palemon no pudo menos de sonreirse al oír esta sencilla esclamacion de su hijo adoptivo; abrazó á Julio, lanzó una mirada severa á Benito, que calló mientras Julio hablaba, y salió con el juez, sin profe-

rir una palabra que pudiese dar esperanzas á los presos de su pronta libertad. Al cabo de una hora, el mismo juez se presentó á buscarlos para entregarlos á su padre, que los llevó á su casa, sin hacer caso de las gracias que le daban, ni reprimir los estremos de alegría que les causaba su libertad.

Palemon conocía perfectamente los diferentes caracteres de sus hijos, para no dudar que Julio le había dicho la verdad. Veía en todo el caso mucho atolondramiento sin duda; pero tambien mucha delicadeza en Julio, y valor en todos sus hijos, que habian sido maltratados por un hombre gresero y sin educacion. Tenía bastante crédito con el juez para que no pasase adelante este asunto, que, bien mirado, solo era una travesurilla que no podía concitar la severidad de las leyes. El herido se dió por satisfecho con una corta cantidad; se cortó la querella, y la casa de Palemon volvió á su antigua tranquilidad y acostumbrado método. Los muchachos no eran felices en sus voluntarias escursiones, y esto podía servirles de leccion. Tambien conocía Palemon que Armando disimulaba las quejas que podía tener de sus hermanos; pero no queria indisponerle con ellos, y admiraba su buen corazon. Se propuso corregir fuertemente á Benito que era el que echaba á perder

á los otros, siendo el motor de todas las picardigüelas y disensiones, y parecia ciertamente incorregible. En cuanto á la inclinacion que Julio manifestaba á Adela, no podía Palemon darse por sentido, porque hacia mucho tiempo que premeditaba unirlos; pero esperaba á que estuviesen bien formados y se fortificase su mútuo afecto. Sin embargo, para contener la violencia de una pasion que podía conducirlos á escesos perjudiciales á las costumbres, se propuso no perderlos de vista, y evitar que tuviesen con frecuencia ocasiones de estar solos. Este era un justo medio, y Palemon se hallaba en estado de dar un colorido suave á su severidad. Dejémosle proceder á su arbitrio; él sabe lo que hace, y tal vez nos enseñará á conducirnos en situacion igual á la suya.

Benito y Julio fueron abrazados y acariciados con la mayor ternura por Armando, Adela y Leon, que los amaban con cariño fraternal. Palemon se retiró al instante á su cuarto, adonde hizo que se presentase Armando, y le dijo sin manifestar enojo ni amabilidad: Hijo mio, yo te habia confiado esta casa, y depositado en ti todos mis derechos sobre tus hermanos: me lisonjeaba de que me habrias sustituido dignamente: creía que en tu edad, y con tu carácter grave y reservado, tendrías bastante fondo, bastante

solidez y bastante órden é inteligencia para cuidar, mantener y arreglar la conducta de cuatro muchachos que son mas jóvenes que tú, y por consiguiente tienen mas veleidad y ligereza. En esta confianza me puse en camino; ha durado solo tres dias mi ausencia, y en tan corto tiempo todo se ha trastornado, y todo ha sido aquí desórden y confusion. Entro, y hallo algunos de mis hijos llorando; otros presos y acusados de un crimen que no puedo imaginar quepa en ellos: ¿qué debo pensar, hijo mio? ¿podré todavía suponer en tí el juicio, el discernimiento y precoz madurez que yo creía tuvieses? ¿podré oírte hablar decisivamente de establecimiento y aun de matrimonio, sin imponerte silencio, como en igual caso lo haria con Leon, tu menor hermano? El que no sabe ayudar en las tareas á su anciano padre, y tomar parte en los trabajos domésticos, no puede tener casa ni manejarse por sí. En la casa paterna, es donde se ensayan aquellas virtudes laboriosas que nos hacen llegar algun dia á ser dignos padres de familia. El que no sabe gobernar muchachos, todavía lo es él. He aquí la opinion que mi corta ausencia me ha hecho formar de tí; y creo que no tengas tanto amor propio que dejes de conocer la justicia de mi concepto.—Padre mio....—

No procures disculparte: repito que mi opinion acerca de tí es justa; y solo me puede hacer pensar de otra manera una larga série de pruebas en órden á la solidez de tu carácter. Vete, hijo mio: no te impondré penitencia ó castigo como á un muchacho: la vergüenza que debes experimentar por haber perdido la confianza de tu padre, es castigo suficiente para empuñarte á merecerla de nuevo. Vete, hijo mio, y participa á tu hermano Benito que se prepare para marchar mañana á una casa de correccion, adonde tú mismo le llevarás. — Cómo.... Señor.... — No gusto de preguntas: haz lo que te mando.

Armando, desconcertado de pesar y confusion, fué á buscar á Benito, á quien delante de los demás hermanos intimó la órden que habia recibido de su padre para llevarle á una casa de correccion. Todos se asustaron, menos Benito, que mordiéndose los lábios, dijo: A la verdad, mi padre no hace justicia: siempre me culpa de los defectos de los demás: ¡ Dios mio, yo soy el que hace todo el daño, yo soy el mas malo de toda la familia! véase lo que son las preferencias de los padres, que detestan á un hijo por solo mimar á los otros: ¿ quiere que vaya á una casa de correccion? pues bien, iré, iré; y que se regale con su querido Leon. ¡ Oh! para eso

hace versos, tiene divino ingenio, y yo soy un salvaje; pero algun dia verá que tengo tan buen corazon como cualquiera de sus hijos.

Leon, que se oyó apostrofar sin razon, lejos de enfadarse, se acercó á consolar á su hermano, porque este escelente muchacho conocía que algun desahogo se le había de permitir á un desdichado; y sin examinar si su hermano era ó no envidioso, bueno ó malo, le dijo: Pero Benito, ¿por qué te irritas conmigo? nadie te ama con mas ternura que yo; nadie te compadece con mayor sinceridad; y si de mí dependiese el cambiar tu suerte, si supiera que postrándome á los pies de papá podía mitigar su rigor, al instante correría á ejecutarlo; pero ya conoces su carácter severo é inflexible; y pues ha resuelto separarte de sí y arrancarte de nuestros brazos, nada podriamos adelantar. ¡Pobre Benito! es preciso que te resignes y obedezcas.—¿Resignarme? ¿obedecer? fácilmente lo dice cualquiera que, como tú, es el Benjamin de la casa; pero no creais, hermanos, que esto me causa tanta pena como imaginais, no por cierto; yo seré mas feliz, pues no me verá continuamente reprendido, y como dicen, hecho el estropajo de todos. Y dime, Armando ¿no te ha dicho dónde está esa casa?—No, ni yo me he

atrevido á preguntárselo.—No importa: sea donde quiera, con tal que esté muy lejos: de este modo participaré menos de la felicidad de los demás.

Benito se mostraba muy consolado, pero interiormente padecía mucho. En esta ocasion era cuando manifestaba mas su carácter duro y envidioso. Se negaba á las caricias de sus hermanos, y les decía desvergüenzas en los mismos momentos que ellos le daban las mayores pruebas de su amor. Tambien el despecho agriaba sus quejas. Se veía excluido de una familia, en la cual se creía él el muchacho mas amable; se miraba como una víctima sacrificada á la predileccion de su padre respecto de sus hermanos; afectaba resignacion, pero estaba muy lejos de tenerla.

Cuanto antes pudo, se arrancó de los brazos de sus consoladores, subió á su cuarto, dispuso su maletilla, y bajó á comer. Palemon estaba sentado entre su amigo y la hija de este. Nada habló con Benito sobre lo pasado, y aun le manifestó mas cariño que á los otros hermanos. Quedó con esto Benito tan sorprendido, que casi creyó que Armando le había engañado, suponiendo la órden de su padre; pero pronto recibió el mas completo y cruel desengaño, porque Palemon, concluida la comida, dijo, leván-

tándose de la mesa : Hijos míos , á la hora regular, al terrazo. Mi amigo nos contará un caso muy particular que le ha sucedido. Gustaré de que le oiga Benito , y que por última vez disfrute el placer de nuestras tardes.

Benito perdió el color ; su corazón latía con terrible agitación y casi se desmayó ; Adela , que conocía su estado , le acompañó hasta su cuarto. La mañana concluyó tan triste como había empezado.

TARDE XXXIII.

LA DUREZA.

Si genio duro, iracundo,
 Por desgracia te domina,
 Caminarás á tu ruina
 Si con esmero profundo
 No purifican lo inmundo
 De tu feroz condicion;
 Que la cruel inclinacion
 En perversa degenera,
 Si á tiempo no la modera
 La esmerada educacion.

LLEGADA la tarde y reunidos todos, quiso Palemon distraer el sentimiento general que el castigo de Benito había causado. Aquí teneis, hijos míos, les dijo, este venerable anciano que es mi bienhechor Mr. De-lacour, de quien antes de ahora os he hablado, y esta señorita es su amable hija Enriqueta. Los muchachos abrazaron con entusiasmo al primero y salu-

daron con respeto á la segunda, á quien Adela prodigó las mayores atenciones haciéndola sentar á su lado. Armando miró á la jóven con tal atencion que la hizo bajar los ojos; antes apenas había reparado en ella, pero ahora que sabía quién era, hizo en su alma una impresion harto profunda.

Palemon continuó diciendo: Sí, hijos míos, ved aquí un hombre á quien debo toda mi fortuna, y la felicidad de haber sido esposo y padre. Sin duda deseareis saber cómo he logrado déterminarle á que viniera á nuestra casa; y voy á decíroslo en pocas palabras.

Tres dias ha que, como sabeis, salí de aquí para París, con las veinte mil libras que, en mi opinion, debia yo restituir á la beneficencia indigente. Al momento que llegué á la gran ciudad, acudí á la calle del arrabal de San Dionisio, número 32, donde vive Mr. Bertier, á quien dije: ¿Sois vos el sujeto que me ha remitido esta carta?—Si señor; pero.... vos.... ¿sois el labrador Palemon, que debe todo cuanto tiene á Mr. Delacour?—El mismo soy.—Sin duda venis....—A restituirle lo que tuvo la bondad de darme.—¡Cómo!.... ¿las veinte mil libras? ¡Hombre sensible y delicado! eso es ya escederse en la fineza: tal vez no podais desprenderos de esta suma sin un

gran sacrificio muy perjudicial á vuestros intereses: no obliga á tanto la probidad, pues nunca debe convertirse en daño nuestro. Lo que yo os pedía era algun socorro, y nada mas.—Sosegaos: la fineza que hago, ó por mejor decir, la obligacion que cumplo, no me puede arruinar.—Sería una crueldad el permitir que os deshiciéseis de tan crecida suma; y mucho mas teniendo hijos, pues sé que los teneis: esta es su herencia, y no debeis despojarles de ella. Vamos á otra cosa: supuesto que habeis hecho el favor de venir á mi casa, espero que no buscareis otra posada: sentaos á la mesa conmigo, sin el menor cumplimiento; y mañana trataremos del modo de socorrer á nuestro amigo, sin que se ofenda su deliradeza, porque la tiene muy grande.

Seguí á Mr. Bertier á otra sala, donde hallé una muger de edad madura con cuatro niños. ¿Es esta vuestra familia?—Si señor, esta es mi familia; aunque mi esposa, que es la que veis, nunca ha tenido hijos.—¿Pues y estos?...—¿No lo adivináis? estos son hijos del pobre Delacour. Vive en esta misma casa, en el piso mas alto; allí le he proporcionado un estrecho albergue; todos los dias le envío la comida, y tengo sus hijos á mi mesa.— ¡Hombre generoso! ¿y esta señorita es la mayor?—

No por cierto; pronto bajará, y vereis en Enriqueta la jóven mas amable del universo; y si puedo decirlo así, el angel tutelar de su padre. No tiene mas que diez y seis años, y reúne cuantas virtudes y gracias... pero ya llega.

En efecto, se presentó Enriqueta, que es la que veis junto á su respetable padre, y sola su vista escitó en mí la misma admiracion que sin duda habrá escitado en vosotros. Los muchachos miraron á un tiempo á Enriqueta; ella se avergonzó, y Armando, sin poder contenerse, exclamó: ¡Qué hermosa es!... Palemon miró á su hijo con cierta satisfaccion interior, y continuó de esta manera:

Sorprendióse un poco Enriqueta de hallar allí á un desconocido. Mr. Bertier la dijo á media voz: ¿Cena?—Ya ha cenado, respondió ella; ahora está durmiendo. Entonces dije yo á Mr. Bertier: ¿Por qué no le haceis bajar á hacernos compañía?—Hace algunos dias que está postrado, porque padece muchos achaques.

Mientras nosotros cenábamos, tuve ocasion de admirar el juicio y gracias de Enriqueta, como tambien la cariñosa atencion de Mr. Bertier respecto de los cinco hijos de su amigo, de los cuales el mas jóven tendrá como unos diez años. Nada hablamos por

entonces del asunto principal; así que se retiraron los muchachos, y quedamos solos mi huésped, su esposa y yo, despues de un largo exámen, determinamos que á la mañana subiríamos juntos al cuarto de Mr. Delacour, y yo me daría á conocer. Así lo hicimos apenas vino Enriqueta á avisarnos que su padre había dormido bien, y ya estaba despierto. Subimos Mr. Bertier y yo, y quedé penetrado de dolor al entrar en su pobre habitacion, y ver á mi generoso bienhechor rodeado de sus cinco hijos, que le hacian las caricias mas tiernas. Amado Delacour, le dijo Bertier alargándole la mano, vengo á presentaros uno de vuestros antiguos amigos.—¿Quién? ¿el que está á vuestro lado? no tengo el honor de conocerle.—¿No reconocéis sus facciones?—Me son enteramente desconocidas.—No podeis menos de acordaros de un jóven labrador..... bien que ya han pasado treinta años..... sin embargo, no habreis olvidado que en el bosque de los seis caminos, á veinte leguas de aquí, hicisteis dichoso á un tal Palemon, dándole una suma de dinero..... ¿qué, no haceis memoria?—¡ Ah! sí; ya me había olvidado de eso... ¡Cómo! ¿sois vos aquel jóven Palemon que tanto me interesó?—El mismo soy, hombre benéfico; y vengo á consolaros, y ofreceros

todos los débiles socorros que debeis esperar de mi gratitud.—Señor, yo os doy mil gracias... nada necesito para mí.—¿Para vos? yo lo creo, porque teneis un tierno amigo en Mr. Bertier; ¿pero y vuestros hijos?...—¡ Ah! ¡ me traspasais el corazon!... ¡ mis pobres hijos!—Les buscaremos un segundo padre; haremos que reciban la correspondiente educacion, y...—¿Qué quereis decirme con eso? ¿imaginais que porque tuve en otro tiempo la dicha de favoreceros, tendría ahora la baja de pedir la restitucion de una suma que era vuestra, pues yo os la habia dado?—No es eso, señor; sino que así como vos me socorristeis con aquella cantidad cuando podiais hacerlo, yo os suplico que ahora me permitais el prestaros otro tanto dinero, puesto que tambien me hallo en disposicion de poder hacerlo.— ¡ Ah, señor... no me avergüenzo de vuestro generoso ofrecimiento; pero ¡ cuán penosa me hace mi situacion esa generosidad! ¡ cuánto mas aviva el sentimiento de mi miseria!

Mr. Delacour prorumpió en amargo llanto, y por no agravar su dolor tomó el partido de retirarme, prometiéndole que en la misma mañana volvería á verle. Cuando nos vimos solos, me dijo Mr. Bertier: Ya veis cuánta es su altivez y delicadeza en medio de

sus adversidades. — ¿Han sido muchas sus desgracias? — Muchas y muy particulares; yo creo que os hará relacion de ellas. — Y si se niega á recibir auxilios ¿qué hemos de hacer? — No lo sé... yo no tengo muchas facultades: podría encargarme de uno ó dos de sus hijos; pero de toda la familia, me es imposible. — Atended, Mr. Bertier, y examinad una idea que me han sugerido vuestras palabras... sí; no es posible que pueda negarse á esta proposicion. — ¿Y cuál es? — Yo tengo una granja ó casa de campo bastante cómoda y espaciosa, y puede venir á ella, donde acabará sus dias en medio de mi familia. Me llevaré tambien á la amable Eriqueta, á fin de que este anciano reciba siempre las caricias de su amor filial; y vos en vuestra misma casa cuidareis de los demas hijos, pagándoos yo una pension anual para este efecto. — Nada de pension: no quiero sino que me deis cualquiera cantidad para establecerlos á su debido tiempo, y yo me encargo de enseñarles mi comercio.

Convenidos en este punto, supliqué á Mr. Bertier que subiese á ver á Delacour, y le diese parte de lo que habíamos tratado, con toda la dulzura y respeto posibles, á fin de no exasperarle. Bajó despues de una hora, y desde lejos me gritó: ¡ Bravo, ami-

go mio! mucho trabajo me ha costado; pero al fin le he reducido.—¿De veras?—Mi pobre amigo no queria dejarme: llorábamos juntos, y me he visto obligado á decirle que la estrechez de mi situacion no me permite favorecerle por mas tiempo. Así es que ha creido que me era gravoso, y se ha determinado. Este era el único resorte de que podia valerme, de modo que me ha sido forzoso herir su misma delicadeza para vencerle. Cuando querais podeis partir con Delacour y Enriqueta, que está contentísima de esta mutacion, porque vuestro aspecto, vuestros modales y franqueza la han inspirado el respeto mas profundo y la mas tierna confianza.

Despues arreglamos nuestros negocios de interés: Mr. Bertier no quiso recibir mas que ocho mil libras, esto es, dos mil por cada uno de los cuatro hijos que quedaban en su casa para dirigirlos y procurar su establecimiento. El cumplirá su palabra: estoy muy seguro de que la cumplirá, porque es el hombre mas honrado que conozco. Hallábase Delacour en estado de soportar el movimiento de un coche, y partimos con la amable Enriqueta, aunque les ha sido muy dolorosa tan inesperada separacion, pues dejamos anegados en lágrimas al buen Bertier y á sus cuatro pupilos. Ya teneis, hijos mios, en

vuestra presencia á mi respetable bienhechor y á su preciosa hija. Los dos vivirán con nosotros, aumentando con sus bellas cualidades las delicias de nuestra pacífica mansion. En este supuesto, me parece que no necesito recomendaros la veneracion, el respeto, las atenciones y la ternura cariñosa que exigen sus virtudes, sus desgracias y sus beneficios.

Todos los muchachos prometieron á su padre hacer cuanto estuviese de su parte para servir, obsequiar y complacer á dos personas tan dignas de su atencion; y estrecharon nuevamente en sus brazos á Delacour, que no se cansaba de dar gracias al cielo por haberle proporcionado en sus últimos dias tan agradable retiro. Entonces Palemon, á quien había enternecido esta escena, dijo: Ahora suplico á mi amigo Delacour que os refiera las desgracias que le han conducido al doloroso estado de que he tenido la satisfaccion de sacarle. Hacedme este gusto, amigo mio, y quiera Dios que la relacion de vuestras desventuras sea útil á estos jóvenes, que os escucharán con la mayor atencion.

Todos se acercaron á Mr. Delacour, que tenía la voz débil. Armando vió un claro entre la silla de Enriqueta y Adela, y colocó allí la suya, con lo que se halló junto á la que daba principio á la interior

revolucion de su alma. En fin callaron profundamente todos, y el anciano empezó su historia en estos términos.

HISTORIA DE LA ERMITA DE SAN LEONARDO.

En mi juventud he cometido muchas faltas que, aunque despues me arrepentí de ellas, me atraieron el castigo de la divina Providencia que hasta el dia pesa sobre mí. Nací en una aldea del Languedoc en que mi padre era uno de los mas ricos hacendados; quedó viudo bastante jóven, y aunque de carácter duro, era bueno é indulgente para con sus hijos, hospitalario y generoso para con los estraños; y como exento de preocupaciones no se oponía á que mis hermanos y yo alternásemos en nuestros juegos con los hijos de los pastores de las inmediaciones, cuyo frecuente trato me hizo colérico, arrebatado y violento.

Un dia que jugaba yo con mis hermanos Saturnino y Leonardo, nos enfadamos no sé por qué friolera; llevados de nuestra agreste inclinacion vinimos á vias de hecho, y empujando yo á mi hermano Leonardo hácia unas piedras, cayó tan fuerte golpe que se rompió una pierna. Le cogimos entre los dos y

del mejor modo que pudimos le llevamos á la casa paterna. ¡Cuál sería el dolor de mi padre que le amaba entrañablemente! Conocía muy bien mi carácter, y aunque mis hermanos y yo de acuerdo achacamos á la casualidad este funesto accidente, desde luego me culpó como autor de esta desgracia, y arrojándome del hogar paterno me condujo él mismo á algunas leguas de distancia al albergue de un pastor, á quien segun la órden que me intimó, debía ayudar en sus faenas pastoriles. En vano clamé, lloré, protesté; mi padre fué inflexible y yo quedé en poder de Pedro.

Pues me tratan como á un bárbaro, dije para mí, procuraré serlo; y verán que me aprovecho de la educacion que quieren darme. Tenía Pedro una hija de diez y seis años; yo contaba catorce, y por vengarme de mi padre, resolví fingir el amor mas ardiente por esta muchacha, y el deseo mas vivo de casarme con ella; mi padre, decia yo entre mí, tiene bastante vanidad; este amor y este deseo le humillarán, y entonces conocerá que ha hecho mal en confundirme con estos rústicos, por lo cual es regular que me saque de entre ellos.

¿Habeis oido igual proyecto? ¿no era muy digno de una cabeza loca, maligna é inconsecuente,

que se atraía un terrible castigo, queriendo castigar al padre mas tierno y delicado con sus hijos? Desde aquel momento prodigué toda especie de atenciones á Margarita, la cual, necia y coqueta, incurrió en la locura de corresponder al fingido amor de un muchacho. No dejó de advertirlo su padre y quiso enojarse; mas yo entonces le manifesté el deseo que tenía de casarme con su hija. Pedro, discurriendo que de este enlace le resultaría mucho honor y una grande utilidad, me animó; y desde entonces empezó á hablarme con la gorra en la mano. Eso era lo que yo quería, pues así me respetaban, y no me encargaban trabajos duros; en fin, no hacía nada, y me complacía interiormente de la sorpresa y cólera de mi padre cuando supiese mi inclinacion y mis deseos, lo que se verificó puntualmente. Hacía seis meses que estaba en compañía de Pedro; no había visto á mi padre en todo este tiempo, ni recibido noticia de mi casa. Un dia se presentó mi padre con mi hermano mayor Saturnino, y ambos estaban abatidos, y sus ojos cargados de lágrimas. Muy bien, caballero, me dijo mi padre; me habeis privado de un hijo; Leonardo... ¡ya no existe!—¿Leonardo?...—Se le ha gangrenado la pierna, y murió antes de ayer entre mis brazos. ¡Oh mónstruo! ¡qué crimen has

cometido! ¡eres un fratricida!—Pero yo, señor, no soy culpable.—¡Cómo! ¿este es el sentimiento que manifiestas? Quitate de mi presencia: no te vuelva yo á ver, que tu vista aumentaria mi tormento... ¡Dios mio!...—Señor, yo no pido volver á casa, porque me he enamorado de Margarita, y me voy á casar con ella.—¿Qué fábula es esa?—No es fábula, señor: digo que estoy perdido de amor por Margarita, y no deseo sino ser su marido.—¡En verdad que vienen á tiempo semejantes locuras!—Sean en buen hora locuras; pero quiero ser rústico y esposo de Margarita.—Puedes ser lo que quieras, malvado; ya no cuento contigo para nada: y así, haz lo que mejor te parezca.

Dicho esto, mi padre y Saturnino se fueron, y me dejaron atónito. De nada me servia el artificio que había meditado. En vez de reprenderme y separarme de Pedro para que no me arrojase á una acción tan perjudicial á mi familia, se me concedía cuanto yo había fingido que deseaba, y no querian volver á oír ni aun mi nombre. ¿Qué había de hacer entonces? ¿debía continuar suspirando al lado de Margarita? ¿podía yo pensar seriamente en casarme con ella? esto era imposible: lo primero, porque yo era demasiado jóven todavía; y lo segundo, porque

lejos de querer á aquella necia, la aborrecía.

Pasé algunos dias triste y desconsolado. La memoria de la muerte del pobre Leonardo me horrorizaba; y en las melancólicas horas de la noche, en las sombras del sueño veía á mi infeliz hermano estender sus brazos hácia mí y culparme por su muerte. No pensaba ya sino en mis errores, y me propuse espíarlos con la mas rigurosa penitencia, entrándome en el primer convento que encontrára apenas huyese, como lo tenía determinado. Huí en efecto de la habitacion de Pedro y Margarita, quienes sin duda quedarian bien desengañados de mi fingida pasion. Salí pues una noche, sin dinero, y aun casi sin vestidos. La miseria de mi situacion me ofreció la idea de ir á arrojarme á los pies de mi padre, implorar su perdon, y solicitar que no me negase su antigua ternura; pero reconocía que, aunque no obré con intencion, le había privado de un hijo: me figuraba que este desdichado padre me aborrecía, y que, aun suponiendo que me admitiese en su casa, siempre sería tratado con dureza, lo cual yo no podría sufrir, ni menos su predileccion respecto del hijo mayor. No, dije; es preciso huir para siempre de la casa paterna, y encerrarme en un convento... ¿pero en cuál? ¿dónde le hallaré, si aun ignoro los

caminos por donde debo dirigirme? No importa; caminaré á la ventura, y podrá ser que el cielo me prepare un saludable retiro en recompensa de mis remordimientos, y del deseo que tengo de espiar mis pecados.

Caminé, pues, sin saber por dónde, é iba entrando la noche sin que yo pensase en los peligros á que me esponía. Seguí las orillas del rio Loira sin cesar de caminar, y agobiado ya del cansancio, creo que al fin me hubiera resuelto á echarme en el suelo y pasar así la noche, si no hubiese visto brillar una luz á lo lejos, que me pareció salía de alguna cabaña inmediata al rio. Pasó junto á mí un pescador, que fué la única persona que hallé en mi precipitada fuga, y le pregunté de dónde salía aquella luz que se distinguía.—De la ermita de San Leonardo, me contestó.—¡De la ermita de San Leonardo! ¿cómo se halla abierta á estas horas?—Siempre lo está dia y noche, á fin de que los viajeros extraviados encuentren adonde refugiarse y descansar.—¿Con que solo sirve para los viajeros?—No señor, para todo el mundo está abierta.—¿Habrá alguno que asista y cuide de la ermita?—Sí señor, hay un santo ermitaño, hombre muy penitente y religioso segun la voz general; pero hijo

mio ¿no sois de este pais? ¿cómo es que no teneis noticia de la ermita de San Leonardo, siendo tan célebre por las muchas romerías que allí se hacen?— Algo he oido hablar de eso, pero poco: os agradezco las noticias, y Dios os guarde.—Si acaso os habeis perdido, y no sabeis el camino de vuestra casa...—No por cierto, mil gracias, lo agradezco infinito.

Me aparté apresuradamente de aquel hombre, por no hacerme sospechoso; y luego que me hallé bien distante de él, me detuve á reflexionar sobre lo que me había dicho. ¡La ermita de San Leonardo! ¡cuánto me horrorizaba este nombre, recordándome la trágica muerte de mi infeliz hermano! Voy, dije, á este religioso sitio, á pesar del espanto que me inspira; allí pasaré mis tristes dias con el santo varon que cuida de la ermita, y rogaré sin cesar por el descanso de mi hermano. ¡Oh padre mio! yo me purificaré, y me haré digno de tí; y si algun dia tengo la dicha de encontrarte, no me negarás tu gracia, y me admitirás en tu seno paternal.

—Entregado á estas ideas de consuelo, mis fuerzas se reanimaron, y llegué á la ermita, que efectivamente estaba abierta, segun me lo había dicho el pescador. Una lámpara pendiente de la bóveda ilu-

minaba este respetable sitio. Me arrodillé, y sin examinar si me hallaba solo en este asilo de recogimiento, empecé á hacer oracion, cuando repentinamente llegó á mis oídos una voz, que me hizo estremecer, diciéndome: Joven, ¿qué buscas aquí? por ventura ¿te has extraviado?

Volví la vista hácia donde salía la voz, y ví á un ermitaño en un rincon de la ermita, sentado en una silla, con un libro en la mano: Señor, le dije, soy un infeliz reo de un crimen atroz.—Acércate, y desahoga en mi seno tus fatigas: pues no hay crimen que Dios no perdone al que se arrepiente con sinceridad. Me acerqué temblando, le conté mi vida, y al llegar á la muerte de mi hermano, exclamó: ¡Oh inhumanidad! ¡qué horror! ¿cómo te sustenta la tierra?—Pero si fué por una casualidad.—No importa: ¿cómo?.... tan joven.... ¿y ya manchado con la sangre!..—Pero, por Dios, que os hagais cargo...—¿De qué?—De que todo fué pura casualidad, pura casualidad; ¿lo entendeis? ¡bastantes sentimientos me ha ocasionado! además de que continuamente lloro por mi amado Leonardo...—¿Leonardo?—Así se llamaba mi infeliz hermano.

El padre Lucas (con este nombre era conocido por toda la comarca el ermitaño) se había aturdido,

creyendo que yo había cometido un fratricidio meditado: pero al fin, reflexionando bien el lance, me consoló, me abrazó y me dijo: Y ahora ¿qué piensas hacer?—Me siento con grande inclinacion al retiro y soledad: si quisiéseis que me quedára en vuestra compañía, os ayudaría en todo cuanto se os pudiese ofrecer.—Pero tu padre...—Mi padre no me quiere consigo: puede ser que sabiendo el partido que abrazo, al cabo de algun tiempo se digne perdonarme y restituirme su amor.—Dices bien, hijo mio: quédate aquí, y sustituirás al hermano Julianito, que murió hace dos meses, y me ayudaba con el mayor esmero; pero no te metas en nada de lo que veas y oigas; exijo de tí docilidad, sumision, confianza ciega, y sobre todo que no seas curioso.—Está muy bien, padre mio.—¿Te has hecho cargo? docilidad, sumision, ciega confianza, y sobre todo ninguna curiosidad.—Sobre todo ninguna curiosidad: ¿no es esto, padre mio?—Eso es.—Pues yo os daré gusto.

El ermitaño se puso á leer: yo, admirando su gravedad, me senté en un banco, donde dormí tan profundamente, que cuando desperté ya era muy entrado el dia. Estaba ya el ermitaño haciendo oracion, y así que acabó me llevó á la sacristía, donde almorzamos.

Tuve despues todo el tiempo necesario para examinar la ermita, que tenía unos treinta pies de largo y quince de ancho; era muy baja de techo, y todo su ornato se reducía á un altar muy sencillo con un gran cuadro del santo; á un lado un confesonario y unas sillas de forma muy antigua; al otro algunos bancos arrimados á lo largo de la pared, y al fin una pila de agua bendita. Sobre el tejado había una campana cuya cuerda bajaba á la capilla, y mi ocupación principal era el tocarla repetidas veces, particularmente de noche, para llamar á los caminantes extraviados. Detrás de la ermita estaba la sacristia, y en un rincon de ella la cama donde el venerable varon descansaba algunas horas del dia. Cuando se despertaba ocupaba mi lugar en la ermita y yo el suyo en la cama, compuesta de un mal colchon y un cobertor. Desde que el ermitaño perdió á mi predecesor, se veía precisado á cerrar la ermita en tanto que descansaba; pero luego que yo me quedé allí, siempre la tenía abierta. No estaba muy distante del camino real; y como el ermitaño tenía tanto crédito de santidad por todos aquellos contornos, ninguno pasaba que no entrase á hacer oracion y dejase alguna limosna. Por la noche dormía yo sobre un banco, y me levantaba de cuando en cuando á tocar

la campana; á la mañana almorzábamos perfectamente; despues barría yo la ermita, disponía la lámpara para encenderla por la noche, y leía alguno de los libros devotos que tenía el ermitaño.

Lo que siempre me admiraba era que el buen hombre iba por sí mismo á hacer las provisiones, y volvía con las alforjas llenas de todo género de viandas, no pudiendo yo averiguar cómo se consumían, pues siendo dos nosotros, venía comida para veinte.

Pero mucho mas me sorprendía y aun me asustaba algunas veces, el ver que despues de mediodía me quedaba solo en la ermita, porque el hermano Lucas con una llave, que nunca dejaba, abría delante de mí una puertecilla muy disimulada con las mismas molduras del altar; desaparecía, y no volvía hasta la noche. Muchas veces, examinando la situación exterior de la ermita, que daba sobre el Loira, procuré inquirir adónde podría conducir aquella misteriosa puerta; pero fueron inútiles todas mis investigaciones. Algunas veces me parecía oír gemidos que me aterraban, sin poder acertar el parage de donde salían. Aunque en diversas ocasiones estuve para pedir al ermitaño que me esplicase este misterio, siempre me contuvo la promesa que le había hecho de reprimir la curiosidad de mis deseos. Si al

volver cargado con la alforja llena, ó cuando desaparecia por aquella puertecilla, le parecia que le observaba con alguna atencion, me lanzaba una mirada severa, me hacia señas con la mano para que me retirase, ó bien me repetia lo que mil veces me habia dicho: *docilidad, sumision, ciega confianza y ninguna curiosidad*. Yo no me atrevia á mirarle, me volvia hácia otro lado, y le dejaba hacer cuanto queria; pero padecia interiormente, y me abrasaban los deseos de saber lo que me ocultaba con tanto misterio y cuidado.

Poco mas de tres años pasé en esta inquietud, sin que en tan largo tiempo me atreviese á pensar en volver á casa de mi padre. Mucho lo deseaba, porque ya era un hombre formado, y no me faltaba discernimiento. Tenia diez y ocho años, y conocia que perdía el tiempo en un estado que cada dia se me hacia mas intolerable. Vefa que para nada era de provecho siguiendo así, y experimentaba aquel noble orgullo, aquella ambicion racional que inflama á todos los que piensan con seriedad sobre sí mismos; pero me dominaba cierto temor supersticioso. El ermitaño, que temia me escapase, y me amaba cordialmente, me ponía continuamente á la vista la confusion del mundo, la inconstancia de las cosas, la ingratitud de

los amigos, la falsedad de los parientes, y finalmente, cuando me veía vacilante, me pintaba la muerte de mi hermano con los colores mas horrorosos, y la legitimidad del odio que mi padre debía profesarme toda su vida. En una palabra, abusaba de la flaqueza de mi espíritu, reduciéndome á cuanto quería con argumentos sofisticos y capciosos, y ponderándome las ventajas de la tranquilidad que disfrutábamos en aquel silencioso retiro. Yo cedía, aunque sin abandonar la idea de escaparme cuanto antes; pero lo que mas me detenía era el melancólico ruido de los gemidos que oía algunas veces, y por consiguiente el deseo de averiguar este y todos los misterios que el ermitaño me ocultaba con tanta reserva. Por fin, un dia...

Aquí Palemon previno á Mr. Delacour que era ya tarde. Vos y yo, le dijo, necesitamos descansar; dejemos para mañana la continuacion de vuestros sucesos. Benito no podrá oiros, porque ya estará ausente; pero lo que habeis dicho es bastante para hacer impresion sobre su espíritu rebelde, si es capaz de arrepentirse, como vos de haber causado tantos sentimientos á vuestro anciano padre.

Conoció Benito la justicia de estas reflexiones, y casi lloró, pero el despecho le sirvió de firmeza; re-

primió sus lágrimas, y pareció muy resignado, lo cual afligió á Palemon, que temía se hiciera incorregible, segun las repetidas y anticipadas muestras que iba dando de su carácter duro y obstinado; y ciertamente debía este temor entristecer su paternal corazón, porque la obstinacion nace de un principio tan perjudicial como es un grande exceso de amor propio, contra el cual no valen los consejos de la razon, y que degenerando en desobediencia, rompe los vínculos de la subordinacion, sin la cual es imposible conducir á los jóvenes por la senda de la virtud, que exige un absoluto sacrificio de la voluntad propia.

Separáronse todos despues de cenar; y Palemon, llamando á su hijo mayor, le dió secretamente las órdenes para llevar por la mañana á Benito al lugar de su destino.

TARDE XXXIV.

LA SEVERIDAD.

Cuando á besarte la mano
Llegue un hijo arrepentido,
Admítele condolido,
No le arrojes inhumano;
Que tu proceder tirano
Y tu bárbara inclemencia,
Puede escitar la insolencia
Del que aspira á tu perdon;
Y es grande en toda ocasion
El poder de la indulgencia.

SERIAN las siete de la mañana, cuando Armando entró tristemente en el cuarto de Benito á anunciarle que era llegada la hora de partir.—¿Me llevas muy lejos?—No: ¿ves aquel molino que está allá abajo en la pendiente de la colina?—Sí.—Pues allí es.—¿Conque es decir que de carbonero paso á molinero? ¿De negro á blanco?—No creas que vas á

elaborar harina; el dueño del molino parece que es hombre muy instruido.—Pues si así es ¿cómo no se ha dedicado á otra carrera? Ello es que mi padre quiere hacer lo que el de Mr. Delacour; me separa de todo el mundo para que sea un salvaje, un montaraz.—No sé cuales son las intenciones de padre: á nosotros solo nos toca obedecer.

Benito suspiró, tomó el lio de su ropa, y siguió á su hermano, que estaba tan afligido como el mismo Benito. Este ni siquiera solicitó ver á su padre para despedirse de él. Le graduaba de injusto y duro, y no queria mostrarle su pesar y arrepentimiento. Siguió pues á Armando; y sin haber hablado en todo el camino, despues de una hora de viaje llegaron al molino de Mr. Roland, el cual ya estaba prevenido, y adelantándose á recibirlos, dijo á Armando: ¿Este es el jóven que me envía el labrador Palemon?—Sí señor, este es mi hermano Benito.—Su figura dice mucho en su favor: yo espero que aquí se hallará bien, y no tardaremos en ser muy amigos. No encontrará aquellas dulzuras y placeres que se experimentan en la casa paterna; pero si quiere corresponder al cuidado que pondré en perfeccionar su educacion, bien pronto será digno de volver á casa de su padre. Soy viudo, no tengo hi-

jos : una muchacha rústica que desempeña las ocupaciones mugeriles, y un mozo de molino, componen toda mi familia : Benito solamente se ocupará en estudiar y trabajar en esta sala baja : me sirve de mucha satisfaccion la confianza que debo á su padre, y procuraré merecerla.

Benito bajó los ojos y nada contestó. Armando examinaba todo cuanto podía á Mr. Roland, y se complacía de que su hermano viniese á su poder, porque le parecía que era un hombre bueno, sensible, y muy digno de respeto ; sus modales manifestaban un distinguido nacimiento, y en sus facciones se veían señales de largos padecimientos. Armando se despidió de Mr. Roland, y abrazó á Benito, despues de haber entregado anticipadamente á su nuevo maestro el importe de los tres primeros meses de su pension, lo cual asustó mucho á aquel, porque conoció que el asunto iba largo. Esta consideracion le mortificó tanto, que por la vez primera trastornó su entereza. Perdió el color, temblaba ; y viendo que su hermano se retiraba, corrió hácia él, le abrazó tiernamente, y le suplicó que le volviese á casa. Bien quisiera el enternecido Armando poder complacerle ; pero era imposible, porque las órdenes de su padre habian sido demasiado terminantes.

Suplicó, pues, á Benito que se persuadiese de que le dejaba contra toda su voluntad y se despidió, quedando el desconsolado muchacho en poder de Mr. Roland, que le trató con la mayor dulzura.

Ya tenemos á Benito enteramente desterrado de casa de su padre. Se veía solo, entregado á un extraño, y llenaba el aire de agudos y dolorosos clamores; ¡pobre muchacho! si alguna vez ha merecido la aversion de nuestros lectores, ya es acreedor á su compasion. Dejémosle por ahora en compañía de Mr. Roland, y volvamos con Armando á casa de nuestro virtuoso anciano, donde Julio, Adela y Leon, que no habian presenciado la salida de Benito, esperaban á su hermano mayor con gran impaciencia. Entró Armando, y al momento le rodearon los muchachos abrumándole á preguntas: ¿dónde está? ¿ha ido lejos? ¿estará mucho tiempo? ¿queda muy triste? Todo esto lo preguntaban á un tiempo.

Armando tenía orden de su padre para no descubrir el sitio donde había dejado á Benito, por cuya razon solo pudo decirles que estaba muy bien, y que en adelante estaría mejor. Los muchachos, que no se satisfacian con esta fria generalidad, le atacaron de nuevo; y como él resistió, le dijeron que no tenía amor ni confianza en sus hermanos. Armando toleró

esta descarga, guardando exactamente el secreto que le había encargado su padre. El severo, pero justo Palemon, bajó al zaguan, donde tenía lugar este altercado, y su aspecto cerró los labios de los tres. Armando participó secretamente á su padre todo lo acaecido en su viaje, sin ocultar las lágrimas de Benito, las súplicas que le había hecho para que no le dejara en el molino, y las promesas de su verdadera enmienda. Palemon clavó sus ojos en los de Armando, y arrugó la frente para advertirle que callára. El muchacho bajó los suyos, hizo á su padre una profunda reverencia, y se retiró inmediatamente á su cuarto.

Quando se pusieron á comer, Palemon, que con poca pena advertía la profunda tristeza de sus cuatro hijos, quiso distraerlos de ella, diciéndoles: Hoy es dia de descanso: hay baile en el bosque de las encinas, y nos pasaremos en él; ¿no es así, Mr. Delacour? la bella Enriqueta creo que tendrá la complacencia de acompañar á su padre y á mis hijos.

Enriqueta manifestó la satisfaccion que la causaría el paseo; y luego que acabaron de comer se fueron todos á disponer para aquella diversion. Adela no se atrevía á adornar su cabello, y aun había quemado el fatal lazo que causó tantos pesares á toda

su familia, y que era el origen del castigo impuesto á su hermano Benito. Fué á buscar á Enriqueta, y ambas de acuerdo se pusieron algunas flores naturales en sus cabellos, desechando todo artificio; despues bajaron á abrazar á Delacour y Palemon, quienes aprobaron la elegante simplicidad de aquel natural ornato. Armando, y particularmente Julio, quedaron absortos, el uno describiendo las gracias de Enriqueta, y el otro admirando las perfecciones de Adela. El jóven Leon, cuyo corazon se hallaba libre, solo pensaba en las Musas, que eran el objeto de su atencion.

Partieron nuestros amigos, y en breve rato llegaron al bosque, donde estaba ya reunida toda la juventud de la comarca. Allí los mozos y doncellas, ostentando una salud que debian al trabajo y á la frugalidad, formaban el baile en presencia de sus madres, mientras que los padres, un poco separados, se entretenian en varios juegos propios de su avanzada edad. Una dulzaina y un tamboril componian la orquesta del rústico baile, en que presidian el placer, la decencia y la franca alegría. Adela y Enriqueta fueron invitadas á bailar, y aceptaron el ofrecimiento, lo cual no causó mucho gusto á Julio y Armando. Pero su padre, que se divertía interior-

mente conociendo aquel pequeño sentimiento, les aconsejó que bailasen ellos tambien como los demas. No se hicieron de rogar: á la siguiente contradanza se apoderaron de sus damas, y todos cuatro se mezclaron en la cuadrilla, con la que bailaron hasta la noche sin dejar sus parejas. Leon era demasiado filósofo para entregarse á esta diversion. En vano le incitó su padre á que siguiera el ejemplo de los demás; antes bien prefirió hacer compañía á los dos ancianos, terciando en su conversacion, y manifestando en ella brillantes rasgos de ingenio y juicio. Palemon estaba embelesado de oírle, y desde luego formó los proyectos que despues se verificaron, como veremos mas adelante.

Entre tanto se acercaba la noche, que principió á dispersar á los bailarines, porque en las aldeas rara vez ocupan los placeres las horas destinadas para el descanso, pues el sueño fortifica el cuerpo para volver con mas ánimo al trabajo; y el verdadero labrador se avergonzaría de que el sol apareciese sin hallarle preparado ya en el campo para dar principio á sus tareas, así como tambien de retirarse á su hogar sin saludarle al tiempo de terminar su carrera.

Palemon hizo presente á sus hijos que se prepa-

rasen para marchar; pero se trataba de la última contradanza, y no quiso quitarles que la bailáran.

Concluido el rústico baile, nuestros cuatro amigos, nadando en sudor, se reunieron á Leon y á sus padres, que se habian sentado en un banco de piedra junto á los músicos. El que tocaba el tamboril era muy anciano, y sin embargo de su quebrantada vista, no dejó de reparar en las amables facciones de Adela y Enriqueta, y las bellas figuras de Armando y Julio; por lo que dirigiéndose á Palemon, le dijo: Hé aquí unos jóvenes que sin duda estarán contentísimos; si no me engaño, no han cesado de bailar. ¡Ah! esto me recuerda el tiempo de mi juventud; pues en su edad yo hacía lo mismo, y hubiera disfrutado este placer mas largo tiempo, á no haberme sucedido una terrible desgracia.—¿Con que habeis experimentado desgracias, buen hombre?—¡Ah señor! ¡una sola, una sola, pero muy cruel! ella me ha reducido al infeliz estado en que me hallo.—Contádmela si no os es molesto, porque habeis escitado mi curiosidad.—¿Hacia qué parte os encaminais?—Hacia el camino de los tres laureles.—Justamente debo yo seguir el mismo rumbo; y mientras caminamos juntos os contaré mi historia, que no es larga, y puede

servir de lección á estas preciosas criaturas.—En mi granja podeis descansar un rato, que está cerca, y allí tendremos el gusto de oiros.

El tamborilero se levantó, su compañero el de la dulzaina le dió el brazo, y toda esta caravana tomó poco á poco el camino de la granja; pero antes de entrar en ella, el tamborilero, que se resistía á las instancias de Palemon para que pasase á descansar, propuso que todos se sentasen al pie de unos álamos que estaban muy próximos, y que allí contaría su historia. Hiciéronlo así, y él, en medio de todos, empezó su narración en estos términos:

HISTORIA DEL TAMBORILERO.

Me llamo Lucas Romano y soy hijo del antiguo jardinero del castillo que desde aquí, aunque confusamente, se descubre, y que ahora pertenece á Mr. de Versevil, y antes era propio de Mr. de Serville, antiguo militar, muy amante de mi padre, que le había visto nacer y traído mil veces en sus brazos. Mr. de Serville se casó con una señora que contaba algunos años de edad mas que su marido: no tenía hijos, y mi padre tenía un niño y una niña. Vivía Serville muy retirado, y para distraerse de una vida

demasiado sedentaria, se dedicó á mi crianza, dándome una educacion que me había negado la oscuridad de mi clase y nacimiento. En vano le decía mil veces mi padre: Señor, vos mirais á Lucas con demasiada bondad, pero hareis de él un señorito, que para nada me podrá servir, y mas quisiera que fuese un honrado jardinero como yo.

Mr. de Serville le respondía que nunca me abandonaríá, ni se descuidaría en asegurarme una fortuna independiente que me pusiese á cubierto de toda necesidad. Yo me lisongeaba con estas esperanzas; pero mi padre temía que al mejor tiempo me faltase mi bienhechor, cuya salud era muy débil, y esto es lo que sucedió cabalmente. Tenía yo diez y ocho años, y me hallaba algo instruido, aunque no tanto como debiera, porque me trataban con demasiada condescendencia, y no era mucha mi inclinacion á las letras. Vivía afianzado en la ternura de Mr. de Serville, y creía mi fortuna hecha sin necesidad de adquirir conocimientos que pudiesen serme útiles para en adelante; pero llegó un dia en que me hallé cruelmente desengañado de mi error. Madama Serville cayó desde lo alto de una escalera, y murió del golpe. Su esposo sintió tanto esta desgracia, que enfermó, y á los ocho dias fué á reunirse con su que-

rida consorte. Al instante se presentaron unos sobrinos codiciosos, que jamás se habían visto en el castillo, y se apoderaron de todos los bienes. Vendióse el castillo; mi padre fué inhumanamente despedido, y no tuvo más recurso que estrecharse en una miserable cabaña y comprar dos vacas, cuya leche iba mi hermana á vender en la ciudad todos los días. ¿Qué había de hacer yo en este caso? renunciar á la opulencia y fausto de que me había visto rodeado desde mi infancia; pero no pensé de este modo. Sin considerar que no era más que un pobre aldeano, sin oficio, sin medios y sin protección, me dejé vencer del orgullo y del despecho; me asustaba la inminente miseria, y todo trastornó mi cabeza y confundió mi entendimiento, en tales términos, que abandoné á mi padre sin decirle palabra y fuí á París, donde esperaba que la fortuna me sería más favorable. Me presentaba en las calles de esta ciudad como si fuera un hombre capaz de atraerme la atención universal; pensaba que todos me mirarian, y que no podía menos de hallar un segundo Mr. de Serville. ¡Vana esperanza! Gasté allí el poco dinero que había llevado, y me fué forzoso vender todos mis efectos, y casi todos mis vestidos: entonces pensé en volver á mi país, que ya sentía haber dejado. Sí,

dije: no hay en el mundo quien pueda interesarse en mi suerte sino mi padre: vamos á buscarle, le ayudaré en su cansada vejez, y haré... cuanto sea necesario para auxiliarle en sus rústicas ocupaciones: seré un hombre del campo como él, pues la necesidad me obliga á ello, y la abundancia en que hasta ahora he vivido solo ha servido para hacerme necio y presumido.

Lleno de resignacion, arrepentimiento y ternura para con mi padre, volví al mismo lugar que había abandonado con tanta ingratitud. Ya era casi de noche cuando llamé á la puerta de su cabaña: ¿Quién es? me dijeron de la parte de adentro. Reconcí la voz de mi hermana, y muy confiado, respondí: Yo soy, abre.—¿Quién? ¿tú? repuso mi anciano padre.—Sí señor, vuestro hijo Lucas.—¿Mi hijo Lucas? Yo no tengo hijo; te has equivocado; yo no tengo sino una hija amorosa, á la cual debo todas las atenciones y cuidados del amor filial.—¿Cómo?... padre mio ¿no reconocéis mi voz?—Esa voz es muy semejante á la de un hijo perverso que yo tenía; pero no puede ser él, porque huyó de mi, dejándome abandonado á la desgracia; y sin duda se hallará ahora muy distante de aquí, y muy contento.—No, padre mio; yo soy vuestro hijo Lucas, os lo juro; dignaos

abrirme, y vereis fácilmente...—Yo no abro mi puerta á los vagamundos con quienes no hay seguridad, y que hoy ó mañana me dejarán, cuando no hagan otra cosa peor.—¿Es posible, padre, que no queráis recibir á vuestro hijo arrepentido, que viene con firme resolucion de no volver á separarse de vos mientras dure vuestra vida?—Mi hijo me ha engañado una vez; no quiero que vuelva á engañarme. Además de eso ¿qué había de buscar en mi compañía? ¿la fortuna? jamás la he visto el rostro: ¿la ociosidad? nunca habitará en mi cabaña: ¿pues qué había de hacer en ella? ¿despojarme como lo ha hecho? ¿llevarse mis pobres efectos, despues de haberse comido los suyos? No, no; de ningun modo puedo ser útil á mi hijo, ni necesito de sus socorros y falsa amistad.—¡Padre mio!...—Cualquiera que seais, retiraos, y dejadme descansar.—¿Es posible?... ¡á tales horas! ¿qué tengo de hacer? ¿á dónde iré?—Adonde os diere la gana.—Hermana mia, procura alcanzarme el perdón de un padre irritado.—Vuestra hermana ama demasiado á su padre, para empeñarle á que se encargue de un hijo ingrato.—¡Dios mio! ¿nadie, nadie se compadecerá de mi?

Ya no me respondieron, y gemía en vano junto aquella puerta, que me separaba para siempre de un

padre tan severo. No importa, esclamé en mi dolor: pasaré la noche en el umbral de la puerta que no me quieren abrir. Mañana forzosamente saldrá mi padre: me hallará anegado en lágrimas: me encontrará lleno de miseria y aflicción: me verá echado junto á la puerta, y no tendrá valor para pasar por encima del cuerpo de su hijo humillado, sin alargarle una mano compasiva.

Abismado en mi dolor, me senté junto al umbral de la puerta. ¡Cuál es, decía para mí, la rareza de los destinos de los hombres! Dos somos hijos de un mismo padre: el uno está dentro, junto á su lecho, recibiendo caricias de este padre, que ha convertido todo su amor á su hija; y el otro... yo, que estoy en disposición de ayudarle mas con mis brazos y fuerzas, estoy echado junto á su puerta, sobre una piedra desnuda y careciendo de todo: ¡oh incomprensibles decretos de la Providencia!... ¿pero qué digo? yo tengo la culpa de no participar de la venturosa suerte de mi hermana; esta nunca fué ingrata: no abandonó á su anciano padre, despedido por unos codiciosos herederos; antes bien le consoló en sus cuitas, prodigándole todo género de atenciones; y yo... yo fui un hijo desconocido, y merezco tan justo castigo.

Empezaba á amanecer, y me lisongeaba de ver abrirse pronto aquella puerta, cuando la desgracia mas inesperada destruyó todas mis esperanzas. Una ronda de campo pasó por delante de la cabaña; repararon en mí, y creyendo que era algun vagamundo ó mal intencionado, me llevaron á la cárcel. En vano esclamaba que era hijo del virtuoso Romano que vivía en quella cabaña, pues me respondieron que este era un pretesto para librarme; y que si decía verdad, poco tardaría en averiguarse. Sin mas exámen me sepultaron en un calabozo, privado hasta de la esperanza de que nadie, ni aun mi mismo padre pidiese por mí.

Dos dias estuve sin ver mas persona que la del carcelero, que me traía un escaso y grosero alimento. Al tercero abrieron la puerta de mi prision, y ví entrar á mi hermana, que se arrojó á mis brazos derramando un torrente de lágrimas. Me dijo que desde mi partida á París, la salud de mi padre se había debilitado considerablemente; y que me acusaba de sus disgustos, y aun de su muerte, pues veía que tardaría muy poco en verificarse. El dia siguiente al de mi prision fueron á decirle que uno, que decía ser hijo suyo, había sido hallado á media noche echado junto á su puerta, y se le había pues-

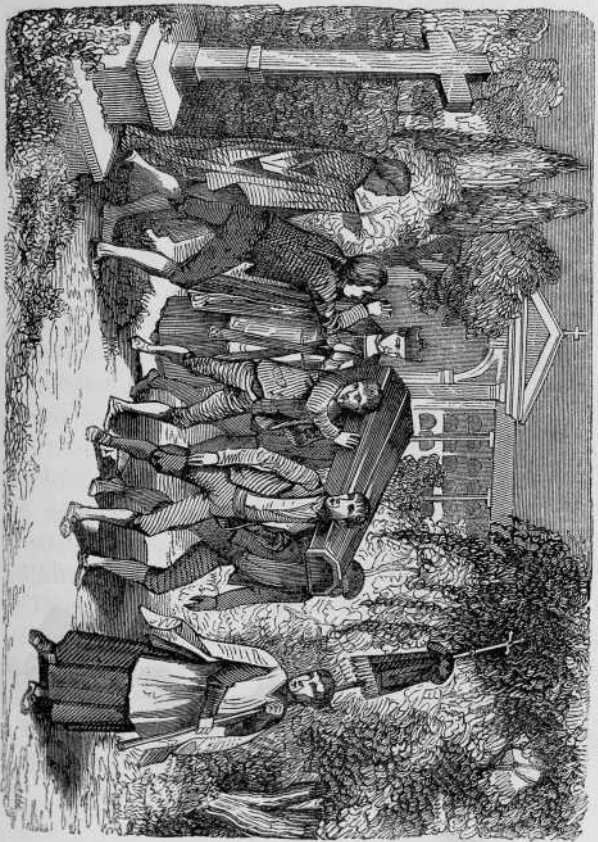
to preso por sospechoso. Al recibir esta noticia se desmayó mi padre, sin haber podido pronunciar ni una palabra hasta aquel instante; por lo que, añadió mi hermana, aunque me han prometido que luego te pondrán en libertad, te suplico que no te presentes á padre, porque solo el verte podría causarle una funesta alteracion. Mi hermana me abrazó llorando, y salió de la cárcel.

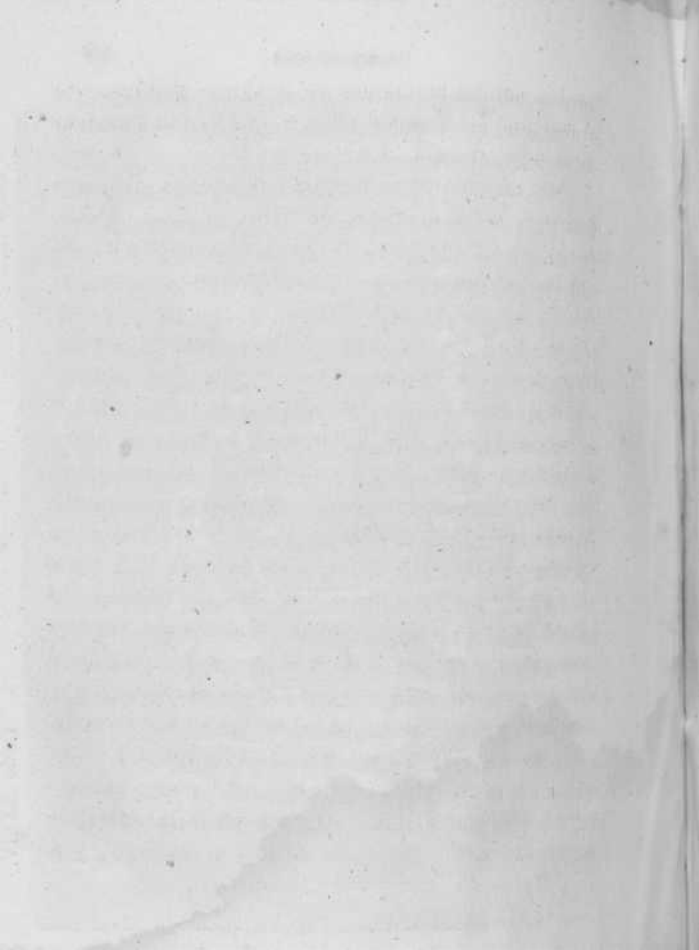
Considerad cuál sería mi dolor durante este eterno dia, en que no se verificó mi libertad, segun lo habian prometido á mi hermana. Pasóse tambien otro sin ver á nadie. La inquietud, el dolor, el remordimiento y la vergüenza me tenian á punto de perder el juicio; y lo hubiera efectivamente perdido, á no venir el carcelero á decirme con bastante aspereza: Vete de aquí; ya estás libre. La alegría me obligó á hacer estravagancias; quise abrazar á este bárbaro, pero me rechazó con demasiada fuerza. Salí, en fin, y como no me atrevía á presentar en mi casa, aunque tenía gran deseo de saber de mi padre, di la vuelta al lugar, pensando cómo podría participar á mi hermana que estaba en libertad. Al pasar por el cementerio, me detuve al pie de un Crucifijo á dar gracias á Dios por hallarme libre. Mientras me ocupaba en acto tan piado-

so, un canto funeral penetró mis oídos; las campanas de la parroquia daban la triste señal de alguna muerte, y todo anunciaba que conducian un hombre á su postrera habitacion.

Poco despues llegó el fúnebre cortejo: los jóvenes del pueblo iban delante; despues seguian los ancianos, y tras de ellos tres sacerdotes, que acompañaban un ataúd, cubierto de varios instrumentos de labranza. Me mezclé entre toda esta gente, y en tanto que depositaban el cadáver en las entrañas de la tierra, pregunté quién habia muerto; y uno que estaba á mi lado, me respondió: un padre demasiado sensible, á quien ha conducido al sepulcro la ingratitud de su hijo: ese cadáver es de Carlos Romano.

Corrí á la sepultura, me precipité en ella, y no consiguieron sacarme sino hiriéndome por todos lados. Yo no sé lo que hice en el delirio que entonces me sobrecogió; pero lo cierto es que cuando me sacaron de allí, estaba enteramente ciego. Todos los concurrentes lloraban; el digno párroco estaba á mi lado derramando sobre mi alma los consuelos de la religion; pero yo nada oía; llamaba á mi padre, y creía que mi repentina ceguera podía ser un justo castigo del cielo. Lo mismo que yo, creye-





ron los simples habitantes de la aldea, y al instante se estendió la fama del milagro que había sucedido en el sepulcro de Carlos Romano.

Me trasladaron al hospital, donde los cirujanos destruyeron la creencia del falso milagro, declarando que mi ceguera provenía de que luchando con los que querían sacarme de la sepultura, se me habían llenado los ojos de aquella inmunda tierra, y que para toda mi vida quedaria muy débil de la vista. Recibí este triste desengaño con mas firmeza que mi hermana, la cual, sin dejarme un instante ni de dia ni de noche, tenía que padecer este sentimiento mas sobre el de la muerte de mi padre. En fin, recobré algo de vista. Mi hermana me ayudó cuanto pudo; y yo, despues de haber empleado en algunas labores que permitía mi situacion los años de fuerza que me concedió el cielo, y despues de haber perdido á mi hermana; hallándome viejo y cansado, me apliqué á tocar el tamboril para ganar el sustento. Mi amigo, el que toca la dulzaina, y yo, concurrimos á toda los bailes de las aldeas vecinas, y, gracias á Dios, no nos falta ocupacion. Ved aquí, señores, la funesta historia del pobre tamborilero. Ved cómo una sola falta armó la inflexible severidad de un padre, le condujo al sepulcro, y á

mí me sumió para siempre en el abismo de la mas cruel indigencia. Hermosas criaturas que me escuchais : nunca dejéis á vuestros padres ; no os pongais en el caso de ser castigados y desconocidos por ellos mismos , y corresponded siempre á la ternura que continuamente os manifiestan. Si, queridos , la ingratitud es una de las faltas que no pueden perdonarse á los hijos.

Acabó el tamborilero su relacion , se levantó , tomó el brazo de su compañero y amigo , y despidiéndose de toda la compañía , prosiguieron su camino. El anciano Palemon , advirtiendo la profunda impresion que la historia del tamborilero había hecho en su jóven familia , no se detuvo á reflexionar sobre ella ; al contrario , hizo rodar la conversacion hácia otros objetos , particularmente al placer que habian experimentado sus hijos en el baile. De esta manera regeneró la alegría casi muerta en ellos , y entraron saltando y cantando en la granja , con lo que sosegaron á la buena Marcela , que ya estaba inquieta por su tardanza. En efecto , ya era hora de cenar y entregarse al descanso , que tanto necesitaban nuestros cuatro bailarines , dejando para el dia siguiente la continuacion de los sucesos de Mr. Delacour.

TARDE XXXV.

LA SIMPATÍA.

¿Qué misteriosa afición
 Es la que á otro nos inclina,
 Que rápida nos domina
 Con poderosa pasión?
 Fuerte, profunda adhesión,
 Sin saberlo, nos inspira,
 Que á remediar solo aspira
 Los males que al preferido,
 Y á veces desconocido,
 Le oprimen; tal es su mira.

QUE noble y agradable ocupacion es la de un padre que instruye á sus hijos y los ilustra con ejemplos que inspiran horror al vicio y amor á la virtud! Así como el diligente jardinero se complace en ver crecer los arbustos que ha plantado, del mismo modo el padre de familia encuentra su delicia en ver los progresos que en los tiernos corazones hace la edu-

cacion práctica que los proporciona. Así le sucedía al virtuoso Palemon, pues si bien Benito le causaba algun recelo, esperaba que las saludables correcciones llegarían á modificar su carácter un poco turbulento. Juntos el dia siguiente los hijos de Palemon y sus apreciables huéspedes bajo el emparrado, prosiguió su historia Mr. Delacour diciendo :

CONTINÚA LA HISTORIA DE LA ERMITA DE SAN LEONARDO.

Un dia que estaba pensando en mi padre, y me reprendía á mí mismo el haberle dejado, se me llenaron los ojos de lágrimas y se me oprimió el corazon, reflexionando que si me despedia del ermitaño, nunca llegaría á separarme de él: me determiné, pues, á huir sin decirle nada, y volver al seno de mi familia. Pero no sabía cómo conducirme, pues ni tenía dinero, ni sabía qué camino había de seguir para llegar á casa de mi padre; sin embargo, me prometía recibir la competente instruccion del primer pasajero que encontrase. Por fortuna se hallaba ausente el ermitaño, que había ido á hacer sus abundantes provisiones; mas no me atrevía á dejar la ermita sola, y esperaba que entrase algun devoto para suplicarle que tuviera cuidado del santuario

hasta la vuelta del hermano Lucas, que no podía tardar mucho. En esta disposición me hallaba cuando ví que dos mugeres, cubiertos sus rostros con delicados velos, se detenían á la puerta, diciendo la una á la otra : Este es, querida, el asilo que buscamos; entremos, y supliquemos á Dios que nos conceda la paz del alma.

Entraron aquellas dos mugeres, se arrodillaron ante el altar, y se pusieron á orar con tanto fervor, que yo quedé edificado. No sé qué secreto sentimiento me hacía desear ver los semblantes de aquellas señoras; aunque á pesar de sus respectivos velos, se conocía fácilmente que una de ellas era anciana, y la otra jóven y de un talle airoso. Deseoso de reconocerlas, me acerqué á ellas con pretexto de decirlas que el ermitaño estaba ausente, pero que vendría pronto. La vieja se descubrió al instante y me miró con ojos centellantes; pero era tan horrible, que volví la cabeza por no verla; y creo que hubiera huido al instante sin decir nada, si aquella vieja no dijese á la que la acompañaba: Levantad el velo, que el calor es insoportable, y no podeis menos de estar casi sofocada. La jóven levantó el velo, y descubrió un rostro encantador. Yo había dado un paso atrás para evitar el horrible as-

pecto de la vieja; pero la belleza de la jóven encadenó súbitamente todas mis facultades y quedé inmóvil, con los ojos clavados en aquella hermosísima muger, la cual, advirtiéndome mi enagenamiento, se ruborizó. Conocí que había perdido mi libertad á la fuerza de aquel encanto: desvaneciéronse mis proyectos de huir, é interiormente sentía una estraña revolucion que nunca había experimentado.

Se aumentó mi alteracion cuando, dirigiéndose á mí aquella hermosa jóven, entre tanto que la vieja oraba, me dijo: ¿Conque al parecer, no estais aquí solo, mi buen amigo?—No, señorita.—¿Quién cuida de esta ermita? quiero decir ¿quién manda en ella?—Vos solo.—¿Cómo?—¿Puede mandar alguno donde vos os hallais?—¡Pluguiese al cielo que fuese mi imperio tan estenso como vos decís! en ese caso no me hallaría ahora en este sitio; pero decidme, ¿son ciertas las maravillosas cosas que se cuentan de un santo varon?...—¿Del venerable hermano Lucas?—Ciertamente. ¿Y vos habeis renunciado tambien el comercio del mundo, y sois su compañero?—No, señora.—¿Pues y ese traje?—No es el que me pertenece, señorita: baste deciros que gozo entera independencia, que estoy dispuesto á serviros, que puedo ser esposo, y...

La vieja me interrumpió, preguntando á su compañera: ¿qué os dice ese jóven?—Mi señora tia, nada mas sino que esta ermita está al cuidado de un célebre hombre á quien llaman el hermano Lucas.—Si no me han engañado, es el hombre mas singular que se conoce: ¿tardará mucho? necesito hablarle, y tomar de él consejos sobre el proyecto que hemos formado de abandonar el mundo.—¿Abandonar el mundo? dije yo, ¿cómo? ¿esta señorita quiere retirarse de la sociedad?—Sí señor, respondió la vieja; ¿qué os admira? ¿no es libre para hacer lo que gustáre?—¿Yo libre? ¡ah! ¿qué habeis dicho, señora tia?—Que sois libre, repuse yo; pero bien se conoce que no es cierto, pues á obrar segun vuestra voluntad, no esclamariais con tanta energía.

La vieja me miró con enfurecidos ojos. Esta muger, que desde luego me pareció dura y malvada, clavando la vista en la jóven, la dijo: ¿Conoceis á ese hombre?—Señora tia, esta es la vez primera que le veo.—¿Pues cómo juzga tan pronto de vuestra situacion?—Yo interrumpí, pienso así por las pocas palabras que he oido; por el interés que me inspira esta señorita, y por un presentimiento que... —Retirémonos, dijo la vieja tomando la mano de su sobrina, y añadiendo: Entré en la ermita para con-

sultar con el santo varon que vive en ella, y no para buscar contradictores.

Iban á salir de la ermita; mas yo, conociendo mi imprudencia, me acerqué á la tia, y la dije: Perdonad, señora, mi indiscrecion; ya veis que mi edad no es la de la esperiencia: el hermano Lucas sentirá infinito que no le hayais esperado, y yo nunca me perdonaria el ser la causa de que no recibais sus saludables consejos.—¿Es tan indiscreto como vos?—No señora; todo lo contrario, es discretisimo, pero nada me aventaja en lo sensible; y mi educacion me ha enseñado á serlo mucho mas con las damas de la calidad que presumo ver en vos: por lo cual os vuelvo á pedir perdon de mi necedad, y que esperéis al ermitaño; pero ya llega, parece que el cielo favorece mis intenciones.

En efecto, llegó el hermano Lucas con la pesada alforja sobre el hombro; vió á las dos mugeres, al punto se desembarazó del enorme peso, y acercándose á ellas, las dijo: ¿Hay algo, señoras, en que pueda serviros mi inutilidad?—Sí señor, respondió la vieja; pero antes es necesario que me oigais aparte. El ermitaño la tomó de la mano y la condujo á las sillas que estaban inmediatas al confesonario: se sentaron y engolfaron en silenciosa conversacion. En-

tre tanto la sobrina se sentó en un banco, sacó un librito, y se puso á leer. Yo no hacía mas que mirarla, no atreviéndome á hablarla por no irritar nuevamente á la terrible tia. A breve rato observé que la jóven con mucho disimulo sacó un lapicero y se puso á escribir, mirando con sobresalto á su tia, como temiendo la sorprendiese en aquella ocupacion; pero tuvo la dicha de que ni la vieja ni el ermitaño moviesen siquiera la cabeza. Así que concluyó, dejó un papel doblado sobre el banco, me miró é indicó que le cogiera, y se puso en pie en medio de la ermita, sin duda para impedir que lo vieran. Sin detenerme tomé el papel dentro del cual hallé un lápiz: salí de la ermita, y lei lo que había escrito, que decía:

«En vuestros modales y fisonomía se conoce que sois bien nacido. Si podeis arrancarme del poder de una tia que intenta sacrificar mi juventud despues de haberme causado los mayores disgustos, dejareis eternamente obligada toda la gratitud de la muger mas desventurada, y que menos ha merecido serlo.»

Al pie de estas líneas, contesté inmediatamente:

«Decidme, indicadme los medios de seros útil: todos los pondrá en práctica el que, por primera vez, experimenta una revolucion, que sin duda no

»es efecto sino del violento amor que le inspiran
»vuestras gracias y vuestras desventuras.»

Este billete daba á conocer bastante el desórden de mis sentidos y mi poca esperiencia: le dejé caer junto á una de las paredes con mucho disimulo. La jóven, que observaba todos mis movimientos, venia ya á cogerle, cuando la llamó su tia, y viéndola indecisa se levantó, la cogió del brazo, y la dijo: No hagais esperar á ese santo varon, en cuya dulce conversacion y sábios consejos hallareis cuanto es posible para decidir á la persona mas irresoluta. Yo, viendo que no había podido recoger la contestacion, tomé el papel y lo guardé.

Rabioso de verla conversar secretamente con aquel hombre, me puse á barrer la ermita, empezando por la parte mas próxima adonde los dos estaban, y procurando oir algo, para proceder en consecuencia de lo que descubriera ó infriese; pero notando el ermitaño que me acercaba, penetró mi intencion, y levantándose furioso, despues de una descarga de injurias, me dijo: ¿Cómo se entiende? ¿es esta hora de barrer la ermita? ¿y precisamente empezar por esta parte? Váyase fuera en hora mala, desvíese; ¿no lo oye?—Haré lo que me dé la gana, respondi; añadiendo: ¿quién sois vos para mandarme

con tanto desafuero? ¿que derecho teneis para tratarme con tanto vilipendio?

Atónito quedó el buen ermitaño al oirme hablar de esta manera ; pero luego , volviendo sobre sí , me dijo : Pues lo tomais sobre ese tono , yo tambien me esplicaré en el de un hombre autorizado para el gobierno de esta ermita ; y bajo este respecto , os digo que no quiero que esteis mas en mi compañía. — Eso es otra cosa : no me parece que perderé mucho en ello. — Ni yo tampoco ; y diciendo esto tomó de la mano á la vieja , esta hizo lo mismo con su sobrina , y se encaminaron á la sacristia . Al entrar en ella , la hermosa jóven volvió á mirarme con los ojos llenos de lágrimas , manifestando de este modo el triste estado de su corazon .

Entraron , y cerraron la puerta ; quedé inmóvil en medio de la ermita , entregado á melancólicas reflexiones ; pero al fin esclamé : No importa que me despidas ; no saldré de aquí sino para seguir á esa desgraciada cuanto hermosa jóven , y atormentar lo posible á su perversa tia . Así hablaba , cuando sentí pasos , y ví á un peregrino que acercándose á mí , me dijo : Acabo de entrar , y vuestras exclamaciones me hacen creer que padeceis algun grave sentimiento. — ¡ Si fuera uno solo !... ¡ pero son tantos !...

— Yo para que de eso ; mas le...

soy muy infeliz.—Confíadme vuestras penas: tal vez podré dulcificarlas.—¡ Es imposible ! ¡ absolutamente imposible ! Os suplico que respeteis mi secreto.— No quiero importaros. El peregrino se fué á un rincón de la ermita , donde se arrodilló.

Estuve mucho tiempo paseando á lo largo de la ermita , revolviendo en mi imaginacion mil ideas, sin fijarme en ninguna de ellas , sin saber qué partido tomar ; pues aunque resuelto á seguir por todas partes á la desconocida jóven , no tenía medios para hacerlo , y tal vez podía mi resolucion causarla graves perjuicios. Pasaron algunas horas , durante las cuales me arrimaba frecuentemente á la puerta de la sacristía ; y á pesar del mucho silencio que reinaba en aquel lugar , nada oía ; lo que me inquietaba infinito , pues siendo como era muy reducida la sacristía , parecía imposible que no se advirtiese algun confuso rumor. No podía adivinar qué hacía el ermitaño con aquellas mugeres ; pero estaba determinado á esperar hasta que saliesen , y huir luego para siempre de aquel sitio. El peregrino permanecía arrodillado en el mismo sitio ; este hombre me molestaba , pero yo no tenía derecho alguno para despedirle ; además de que la ermita estaba abierta día y noche , y podía detenerse en ella cuanto qui-

siera. Para aumento de mi admiracion é inquietud, se pasó así el resto del dia, y se acercaba la noche sin que saliesen las mugeres ni el ermitaño.

Abrióse al fin la puerta de aquel misterioso sitio, y se presentó solo el hermano Lucas, el cual, estrañando el verme, y lanzándome una mirada de indignacion, me dijo: ¿Todavía estais aqui? ¿no os he despedido?—Me iré; pero antes quiero recoger lo poco que me pertenece, y está en la sacristia. Como el motivo era justo, no se opuso el ermitaño. Entré, y cuando presumí hallar á la tia y á la sobrina, me encontré solo. Considerad cuál sería mi sorpresa; lo registré todo por ver si encontraba alguna puerta; ¡inútil empeño! nada hallé, nada absolutamente.

El ermitaño me dijo: ¿Habeis acabado?—Esperad, que estoy buscando...—Lo que no encontrareis.—¿Pero las señoras?...—Ya no estan aqui.—Pues yo no las he visto salir, y no me he apartado de la ermita.—Os digo que han salido; y sobre todo, ¿qué interés teneis en saberlo?—El interés que inspiran la hermosura de aquella jóven, y la violencia que la hacen.—¿Y de dónde podeis inferir esa violencia que suponeis?—Tengo motivos que no necesito declarar.—Y yo para que no esteis mas tiem-

po en esta ermita : idos.—Es demasiado tarde.—No está muy lejos un convento de capuchinos donde reciben á todo caminante, sea quien fuere.

Cuando ví que no había otro remedio, salí de la ermita, y caminé sin saber adónde, pensando siempre en lo que me había sucedido, y en que aquellas mugeres no habían salido de la sacristía. En fin, sentía verme separado para siempre de la que amaba, sin poderla prestar ningun auxilio.

No sabía si haria mejor en irme á recoger en el convento de capuchinos, ó en caminar toda la noche en busca de la casa de mi padre: tan desconocidos me eran los caminos para una parte como para otra; por lo que caminé gran rato sin rumbo cierto, aumentando mi incertidumbre la oscuridad de la noche. Hallábame en la misma posicion y en la misma indigencia en que me hallé cuando dejé la cabaña de Pedro para retirarme á la ermita de San Leonardo; pero ahora era mas digno de compasion, pues había malogrado mas de tres años de mi mejor edad, y perdido enteramente mi corazon y mi entendimiento. ¡Ay! me había detenido en la ermita un dia mas, y este bastó para hacerme desdichado.

Caminaba sumergido en tan tristes reflexiones,

muy descuidado de atender á mi seguridad en noche tan oscura, cuando sentí un golpecito en mi hombro. Sobrecogióme un gran terror, volvi la cabeza, y ví... Pero ya es tarde, hijos míos. Mi amigo Palemon querrá retirarse, y yo me canso de hablar: en mi edad, cualquiera cosa incomoda: dejemos lo que falta para mañana, y oireis sucesos tan particulares, que apenas podreis darles crédito á pesar de ser verdaderos.

Calló el anciano, los muchachos se levantaron, y todos volvieron á entrar en la casa.

TARDE XXXVI.

LA HIPOCRESIA.

Mirar sumiso, humillado,
 Rostro enjuto y penitente,
 Apariencias de obediente
 Realidad de solapado;
 De envidia y soberbia hinchado,
 Y avaricia y vanidad,
 Con capa de santidad
 Oculta la vil falsía:
 De la ruin hipocresia,
 El bosquejo examinad.

AL siguiente dia por la tarde, Mr. Delacour prosiguió su relacion en estos términos:

CONTINUA LA HISTORIA DE LA ERMITA DE SAN LEONARDO.

Sobrecogido volví la cabeza, y no obstante la oscuridad de la noche, pude reconocer al mismo pere-

grino que me había hablado en la ermita. «Amigo mio, me dijo, sois desgraciado, y debo hacer lo que pueda por consolaros; referidme vuestras desgracias, en seguida os diré quien soy; pero ante todas cosas, decid, ¿á dónde os dirigis?—¿Y vos?—No llevo rumbo determinado; pero escuchad.... ¿ois una campana?... Seis.... siete.... ocho.... nueve.... las nueve ya.... Este es el reloj de un convento de capuchinos; pãsemos en él la noche y mañana veremos lo que hemos de hacer.

El peregrino, que era anciano, y me pareció bueno y sensible, apoyó su izquierda en mi brazo, y con la derecha se valió del auxilio de su bordon. Mientras caminãbamos, me hizo tantas instancias para que le manifestãra mis desgracias, que me vi precisado á complacerle. Apenas le dije que mi padre se llamaba Mr. Delacour, dió un paso atrás, me miró atentamente, y luego, volviendo á tomar mi brazo, me dijo con dulzura: Proseguid. Nada le oculté, ni aun la muerte de mi hermano, mis remordimientos, y el primer pensamiento que tuve de consagrar mis dias al estado monástico. Le referí las circunstancias de mi morada en la ermita, las frecuentes ausencias del hermano Lucas, la misteriosa puerta por donde desaparecía sin yo poder saber

adónde iba, mi amor á la hermosa jóven, su repentina desaparicion y la de su tia, y en fin, el motivo de mi altercado con el ermitaño.

Quando el peregrino hubo oido mi relacion, se detuvo algunos instantes, apoyándose en el bordon, como reflexionando; y despues me dijo: Hijo mio, lo que me acabas de referir merece mi atencion mas de lo que crees. Si conocieras la trascendencia que pueden tener estas cosas, no hubieras omitido diligencia para penetrar el secreto de la oculta puerta; y en tanto tiempo como has estado en la ermita, tal vez hubieras conseguido fácilmente lo que ahora será difícil averiguar. Eso me confirma lo que muchas veces he oido hablar acerca de la ermita de san Leonardo, porque se dice que el ermitaño que la habita no es tan penitente y religioso como se supone. Aseguran que ha sembrado en el seno de algunas familias una doctrina muy perniciosa, procurando inclinar á muchas jóvenes á un retiro muy diferente y muy opuesto al servicio de Dios. Lo cierto es que han desaparecido algunas demasiado crédulas, y se sospecha que todo es por instigacion del hermano Lucas, pues no han vuelto á presentarse á sus desconsolados padres aquellas infelices; pero todo esto no es mas que hablar de las gentes, sin datos se-

guros. Lástima es que ahora falteis de la ermita, la cual sin duda tendrá algunos escondrijos ó lugares subterráneos donde... yo no sé... mis presentimientos nunca me han engañado; y temo que vuestra joven sea una triste víctima sacrificada sin duda por alguna tia fanática. Lo que ahora nos conviene hacer, es ir desde luego á dormir en el convento de capuchinos, y volver mañana á casa de vuestro padre, que no está muy distante de aquí. Yo os acompañaré; conozco á Delacour, y estoy seguro de que se alegrará de verme. Despues volveremos á la ermita, y procuraremos descubrir los misterios que se encierran en ella.... Ya estamos cerca del convento; ¿no distinguís la torre?—Si señor; y oigo que tocan.—Lo hacen para prevenir á los pasajeros que dentro de media hora se cerrarán las puertas, y nadie será recibido: tomemos esta senda que se dirige allá, y procuremos llegar antes que cierren.

Seguí á mi conductor, que me inspiraba profundo respeto y ciega confianza, y en menos de veinte minutos nos hallamos á la puerta del convento. Nos presentamos al portero, el cual, apenas oyó que pedíamos hospedage nos introdujo en un vasto refectorio, donde hallamos dos ó tres personas que cenaban, aprovechándose del mismo socorro que nos-

otros solicitábamos. Cenamos, y luego nos retiramos á un dormitorio comun, donde nos fué imposible hablar en secreto. Era costumbre en esta santa casa no despedir por la mañana á los huéspedes sin darles de almorzar con abundancia. Reunidos pues todos, bajamos al mismo refectorio en que habíamos cenado. Mientras almorzábamos, un religioso pasó y dijo con bastante sequedad al que nos servía: Fray Hipólito: ya he dicho que nada se le dé al ermitaño de san Leonardo; no quiero, vuelvo á decir, que se le dé la mas pequeña limosna, porque tengo poderosos motivos para creer que ese hombre es mucho mas rico que nuestro miserable convento.

Retiróse el religioso dichas estas palabras, y nos dejó muy admirados el oír citar á un hombre cuya conducta deseábamos averiguar. Mi compañero se acercó á fray Hipólito, y notando en él una fisonomía franca y cierto aire de ingénua bondad, se aventuró á decirle: Perdonad si me atrevo á preguntaros si el ermitaño de quien os acaban de hablar es el mismo que cuida de la capilla que está como legua y media distante de este convento.—Sí señor, el mismo es.—Ayer pasé por allí; le ví, y me pareció un santo varon.—Decid un gran picaron.—¿De veras?—De veras. Ha tenido la fortuna, ó la desgracia, de en-

gañar al bondadosísimo prelado de esta diócesis, y le sostiene; pues á no ser así, tal vez estaría ahora en un calabozo.—¡Dios mio! ¿pues qué ha hecho?—No se sabe á punto fijo; pero lo cierto es que se trataba, segun me dijo un amigo, de hacer un registro en la ermita.—No costaría mucho, siendo tan pequeña.—¿Tan pequeña? No es tanto como os parece.—Pero ¿qué puede ser una ermita situada á la orilla de un rio, y cercada de sendas y bosques por todas partes?—Veo que no estais instruido: si no teneis mucha prisa, y gustais oir una historia particular, venid á mi celda, y en ella sabreis el origen de la ermita de san Leonardo, y unas aventuras muy extraordinarias.

El peregrino accedió gustoso á la propuesta; y luego que los otros caminantes se despidieron, nosotros seguimos al buen religioso, como interesados en la relacion que iba á hacernos, deseosos de informarnos de todas las particularidades que podian tener relacion con el hermano Lucas. El padre Hipólito nos entró en su celda, cerró la puerta con cuidado, y ó bien porque se complacia en hablar, ó porque le habíamos inspirado confianza, nos hizo la relacion siguiente, que os diré con sus propias expresiones.

Seguramente no habeis nacido ni os habeis criado en esta comarca, pues de lo contrario era imposible que no tuviéseis noticia de la famosa iglesia de san Lotario, uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad, construida á las orillas del Loira. Esta iglesia, abandonada casi enteramente desde muchos siglos atrás, y que cada dia se iba desmoronando, fué destruida una noche de resultas de un suceso que voy á referiros, para lo cual es preciso remontar y trasladarnos á un tiempo muy antiguo. Escuchadme con atencion.

Había en las montañas llamadas las Cevennas un duque de Asfeld, que era el mas poderoso y rico señor del Languedoc, y tenía dos hijos, varon y hembra. Matilde su hija era la persona mas completa que se pudiera imaginar. En solos veinte años de edad había adquirido cuantas habilidades pueden caber en una muger, las cuales unidas á las gracias que la naturaleza la había prodigado, formaban un todo admirable. Su hermano Leonardo, tenía un año menos; era despejado, robusto, gallardo, y toda la delicia de su padre, que fundaba en él las esperanzas de perpetuar su nombre y hacer dichosa su ancianidad. Era maestro de Leonardo un tal Doctorin, hombre de cuarenta años, clérigo tonsurado, en

quien se reunian un ingenio nada vulgar, y muchos conocimientos y erudicion. Era grave, taciturno, reflexivo: y á pesar de su exterior nada propio para agradar á la juventud, habia sabido ganarse la confianza y amistad de su discípulo. Tenia Leonardo una vivacidad que rayaba en atolondramiento: amaba á su preceptor, que sabia lisongear las pasiones de aquel jóven, y hacerle enteramente de su partido. Con todo su ingenio y conocimientos, Doctorin era falso, vengativo, y sobre todo ambiciosísimo. El duque se hallaba viudo, y le amaba con la mayor ternura; pero mas amaba él á la preciosa Matilde, que se habia apoderado de su corazon. Este hombre disimulado conocia que nunca obtendria la mano de aquella dama, la mas noble y mas rica de cuantas habia en aquella provincia; pero habituado á crímenes de toda especie, no pensaba sino en deshonorar á la hermana de su discípulo, y aun robarla si se le proporcionaba ocasion. Ya hacia mucho tiempo que meditaba estos proyectos, en los cuales se confirmaba cada dia conociendo el odio con que le miraba la hermosa Matilde, que acaso tenia mas penetracion que su padre.

En este estado se hallaban las cosas, cuando Leonardo sali6 un dia á cazar, acompañado de un

solo criado. Cayó del caballo y se hirió tan peligrosamente que fué preciso trasportarle á la casa mas próxima al sitio en que sucedió la desgracia. Vivía en esta casa un hombre retirado de la carrera del comercio: á este se presentó el criado, pidiendo hospedage para su amo. Mr. Blinvil, que así se llamaba el dueño de la casa, acudió con sus gentes al sitio en que el jóven Leonardo estaba bañado en sangre, le hizo trasportar á su casa, y envió á buscar un cirujano que reconoció la herida, y declaró que era peligrosa, é imposible trasladar el herido á otra parte en muchos dias. Al instante participó Mr. Blinvil personalmente al duque todo lo acaecido; y este, que no esperaba tan fatal noticia, dando las gracias á Mr. Blinvil por sus finezas, mandó poner inmediatamente su coche, y partió con su hija, Doctorin y Blinvil á casa de este último, donde todos manifestaron al herido el interés que tenian en su salud. El duque prometió volver siempre que pudiera, y enviar todos los dias á saber de su hijo: despues dió la vuelta á su casa con su hija y Doctorin.

Seis semanas permaneció Leonardo en casa de Blinvil, donde le trataron con todo el esmero y delicadeza debidos á su clase y situacion. Cuando se halló convaleciente, le llamó su padre; pero se le hacia

muy duro dejar aquella casa tan digna de su estimacion. Tenia Mr. Blinvil una hija bellisima, llamada Eugenia, la cual no se habia apartado de la cabecera del enfermo; y el amor con una sola flecha habia herido á estos dos corazones puros é ingénuos, destinados para amarse eternamente. Eugenia sintió dos afectos contrarios, que fueron la alegría y la tristeza, por la convalecencia de su amigo. El estado de su padre no le permitia entablar amistad con el duque de Asfeld, y mucho menos esperar una alianza entre las dos familias. Eugenia se arrepintió de haber entregado por la vez primera su corazon á las seductoras impresiones de un amor imprudente. Supo con la mayor amargura que el duque vendria á la mañana siguiente para llevarse á su hijo; y se propuso permanecer retirada en su cuarto por no presenciar una despedida tan dolorosa para su sensible corazon.

El jóven Asfeld no habia podido recibir las consoladoras espresiones de la hija de Blinvil, sin quedar enamorado de las eminentes cualidades y atractivas gracias de muger tan preciosa. Era aquella la primera vez que amaba, y tambien la primera que sentia volver á la presencia de su padre, de su hermana y de su maestro. Hubiera preferido el asilo del amor á los

mas suntuosos palacios, pero su padre deseaba con ánsia su compañía; ya estaba decretado el dia, y no era posible diferir tan cruel separacion. Estos dos jóvenes se amaban, pero aun no se habían comunicado sus mútuos sentimientos.

Llegó el fatal instante. El duque, despues de haber dado las gracias á Blinvil, subió á su coche y llamó á su hijo; pero el duque se acordó de que no había cumplido, despidiéndose como debía, de Eugenia, y preguntó por ella á Blinvil, que la envió á llamar. Le pareció á Eugenia que el negarse á comparecer podría considerarse como sospechoso; mas ¡oh Dios! ¡cómo quedó viendo á su dulce amigo, que fijaba en ella los ojos con la mayor intension! nunca le había parecido tan gallardo. Hasta entonces Leonardo, enfermo, pálido, acostado ó envuelto en una bata, no había podido lucir á sus ojos la bizzarria de su talle y las gracias que había recibido de la naturaleza; ahora estaba vestido con la mayor elegancia; y de tal modo se manifiestaban, que Eugenia quedó turbada, y solo tuvo fuerza para esclamar: ¡Conque se va para siempre! y diciendo esto, cayó desmayada entre los brazos de su padre.

Leonardo, sin poder contenerse, tomó las manos de Eugenia y las bañaba con sus lágrimas, di-

ciendo: ¡ Eugenia ! ¡ mi amada Eugenia ! yo volveré... nos veremos... ¡ ah ! ¡ si no os volviese á ver me faltaría la vida !

¡ Qué escena para los dos padres , que se miraban sin atreverse á comunicar sus recíprocas sospechas ! El duque , asustado con la idea de un amor que ofendía su vanidad , bajó del coche , tomó del brazo á su hijo , y á pesar de sus lágrimas y sollozos le precisó á subir , y partió rápidamente , mientras que el desdichado Blinvil llevaba á su hija á lo interior de la casa , penetrado del fatal descubrimiento que acababa de hacer .

Dejo por un instante á Blinvil y su hija , y entró en el castillo de Asfeld con el duque y su hijo , que nada habian hablado durante el viaje . Mas sosegado el jóven , había conocido su imprudencia , y resolvió no decir nada á su padre , cuyas miradas temía . ¡ Efecto admirable de la vanidad ! la ternura del duque respecto de este hijo , á quien una hora antes amaba mas que á sí mismo , casi se había estinguido . Rayos de severidad despedian ahora aquellos ojos que nunca se fijaban sobre este hijo adorado sin la mayor afabilidad y complacencia . Ya no era padre el duque ; era un estraño , un déspota , un tirano . No quiso comunicar por entonces sus temo-

res á su hijo ; esperaba ocasion mas oportuna ; pero sería terrible.

¿Quién pues le calmaría? Aquel que en el castillo era el único que se interesaba en lisongear las pasiones del jóven Leonardo ; aquel hombre que sabía acomodarse , doblegarse á las flaquezas ajenas, y ver en el suceso mas simple el fundamento de su venidera fortuna : este hombre era Doctorin.

Como él había presenciado la escena , fué al cuarto de su discípulo , á quien halló sentado y con el rostro apoyado en sus manos. Hijo mio , le dijo el hipócrita , ¡ mucho sentimiento habeis causado á vuestro anciano padre !—¿Cómo es eso?—Fundaba en vos todas sus esperanzas y todo el esplendor de su casa !...—¿Pues qué , he destruido yo por ventura esas esperanzas?—Lo recela. —¿Y por qué?—¿Pensais que he cegado? ¿me creeis de tan poca penetracion y esperiencia que no haya conocido que amais á la hija de Blinvil?—Es verdad... la amo ; y sería muy ingrato si la aborreciese.—¡Ah! ¡una cosa es amar con violenta pasion , y otra aborrecer!—No entiendo esa confusion ; lo que sé es que no puedo querer á Eugenia mas de lo que la quiero.—Ya veis que estais convicto y confeso.—¿Pues qué delito es este para negarle?—¿Y ella os correspon-

de?—Me parece que sí: ¿y qué importa?—¿Queréis casaros con ella?—¿Pues no lo he de querer?—Nunca accederá á ello el señor duque.—¿Por qué no ha de acceder? sería una injusticia la resistencia. Ya veo que dirá que destruyo la opinion de nuestra familia, pues soy un hombre que heredo su sangre y puedo engrandecerla con mis virtudes públicas y privadas; pero tambien la union con la que amo, me conducirá á las mayores empresas; que me den á Eugenia, y seré capaz de todo.—Jóven inconsiderado, ¡bien se conoce que no sabéis lo que es pensar como sábio y como padre de familia!—Pues oid, y vereis que tal vez sé discurrir mejor que lo que vos pensais. Conozco que mi padre me pondrá por delante la falta de riquezas y la poca distincion de la casa de Eugenia; sé que encontraré de su parte la mayor contradiccion; pero lo que no sabía era que vos fuéseis tan poco amigo mio, que os hiciéseis del partido de un padre de quien espero la mas cruel persecucion.—Os engañais, hijo mio: ¡qué mal me conoceis! yo no he venido á veros sino para consolaros y ofreceros todos mis auxilios á fin de reconciliaros con vuestro padre.—¿Hablais sinceramente, mi amado maestro?—Sí amigo: ya he destruido una gran parte de las sospechas del duque, ha-

ciéndole ver que el cariño que habeis manifestado á Eugenia era un efecto muy natural de la gratitud que la debíais. En cuanto al desmayo de ésta, le he asegurado que hace algun tiempo que padece tales accidentes, por lo que su salud está quebrantada. Me ha creído; y me lisongo de persuadirle muy en breve que entre Eugenia y vos no hay mas que una absoluta indiferencia.—¡ Ah , mi amado maestro !—Esto es lo que por ahora conviene; y si proseguís en vuestros amores, trataremos de buscar medios para...— ¡ Ah! ¡ os debo mas que la vida!

El jóven Leonardo se arrojó á los brazos del péfido Doctorin; pero éste todavía no habia dicho al duque nada de cuanto manifestaba á su hijo: al contrario; presentándose en el cuarto de aquel, le dijo que el amor del jóven era violentísimo: que le parecia preciso tomar las mas sérias providencias á fin de cortar los efectos de tan loca pasion; y por último añadió: Acabo de verle, le he dicho todo cuanto vos mismo pudiérais decirle; pero nada sirve: se arrebatá, jura vengarse, desconoce mi autoridad, insulta mi fino afecto, y creo que á vos mismo os faltaría al respeto y os pondría en el caso de castigarle rigurosamente. Creedme, señor: no le habéis por ahora de este asunto: esperad del tiempo y de mis

consejos los saludables efectos que me propongo conseguir: yo os participaré todas nuestras conversaciones, y hasta sus mas recónditos pensamientos.

El duque prometió moderar su cólera, y no darse por entendido de nada, agradeciendo á Doctorin el celo é interés que le manifestaba, suplicándole que velára siempre sobre su hijo, y le comunicase cuante dijera. Ved aquí á mi embustero haciendo á dos partidos; y ved al padre y al hijo que recíprocamente disimulan sus sentimientos. El duque nada decia á su hijo, y aun afectaba tratarle con mas ternura; el jóven presumia que esto era efecto de los cuidados y diligencias de su celoso maestro.

Sin embargo, Leonardo para sondear la intencion de su padre, le dijo algunos días despues, que la gratitud exigia fuese á hacer una visita á Mr. Blinvil. Los dos iremos, respondió el duque, pues yo tambien estoy obligado á visitarle. Aunque no gustó mucho al jóven la compañía de tan formidable testigo, se consoló pensando que al menos tendría la satisfaccion de ver á Eugenia. Vistióse, pues, con elegancia, y acompañado de su padre llegó á casa de Blinvil, que los recibió con mucha frialdad. El duque, despues de los cumplimientos de estilo, le dijo: ¿No tendremos el gusto de ver á Eugenia?

Apenas podía Leonardo moderar su júbilo oyendo á su padre, pues se anticipaba á su deseo, y esperaba impaciente la respuesta de Blinvil, que fué lacónica. Mi hija está peligrosamente enferma, y no quiere que nadie la vea. Lo siento, dijo el duque; y añadió: quisiera hablaros en secreto un breve rato. Con mucho gusto os escucharé, respondió secamente Blinvil, y al efecto pasaron los dos á un gabinete, dejando á nuestro jóven entregado á mil tristes pensamientos, y arrebatado de ellos exclamaba: ¡Oh Dios! ¡Eugenia enferma de peligro! ¿Si tendré yo la culpa? ¿la costará la vida el haberme restituido la salud?... pero mi padre... ¿qué secreto tendrá que comunicar al de mi amada?

Impaciente Leonardo, se paseaba por la estancia; se acercó á una mesa en que había varios dibujos hechos por Eugenia, y en uno de ellos vió copiadas sus mismas facciones. Mucha satisfacción le causó este hallazgo, pues conoció que no la era indiferente á la que se ocupaba en tan agradable ejercicio. Continuó su exámen, y halló un retrato de Eugenia en miniatura, que parecía ser de otra mano; y como sabía que el amor disculpa ciertos robos, se apoderó de aquella bellísima pintura, bien resuelto á nunca restituirla. En esto se abrió una

puerta, creyó que volvian los dos ancianos, y se sorprendió al ver á Eugenia, que enmudeció al verle; mas al fin le dijo: Yo creía que vos y el duque no estábais ya en esta casa.—¡ Oh Dios ! ¿ con que nó es cierto que habeis perdido la salud?—¡ Ah Leonardo! los males del alma son los que me persiguen; el amor, el cruel amor devora mis entrañas.—Tambien las mias; pero me lisongea este tormento, pues sin cesar me pinta las sublimes cualidades y las grandes perfecciones de la que amo.—Asfeld, á Dios..... pueden volver nuestros padres...—Espera un instante.—No es posible; á Dios.—¡ Eugenia!...—Eugenia te amaré hasta su último suspiro.—¿ Y será mi esposa?—Nunca ! nunca ! á Dios!

Apenas se habia retirado Eugenia, cuando volvieron los dos ancianos; pero tan alterados los semblantes, que se conocía bien que habian tenido alguna grande disension. Despidióse el duque con mucha frialdad de Blinvil, que se retiró sin acompañarlos; y Leonardo se vió segunda vez separado de aquella morada, donde dejaba el amor, la tristeza y la constancia en Eugenia, cuyo retrato llevaba consigo, creyéndose por esto menos desventurado.

Estando en el coche, manifestó el duque á Leonardo toda su cólera, largo tiempo reprimida. Le

habia dicho el mismo Blinvil que su hijo amaba ciegamente á Eugenia , y que era igualmente correspondido , sobre lo cual altercaron ambos padres , y se hicieron severas reflexiones , mostrando el duque á Blinvil la diferencia de clases que mediaba entre los dos. Mandó á su hijo que se desprendiese de un amor sin esperanza, si no queria incurrir en su maldicion , y padecer los terribles castigos que un padre irritado tiene derecho de imponer á un hijo rebelde. Ni los ruegos ardientes ni las lágrimas amargas del jóven, hicieron mella en aquel corazon endurecido por el orgullo ; y el triste Leonardo no podia interponer mas mediadores que su desesperacion.

Apenas llegaron al castillo , fué Doctorin á ver á su discípulo ; y le halló en su cuarto haciendo los mayores extremos de sentimiento. El preceptor queria consolar al amante de Eugenia ; y este solo contestaba que le dejase abreviar sus dias , ya que no podia disfrutarlos al lado de Eugenia. Aprovechándose aquel malvado hipócrita de esta disposicion , le dijo : Vaya , hijo mio : no hay para qué desesperarse ; yo mismo pondré á Eugenia en vuestro poder.— ¿ Vos , mi respetable y tierno amigo ? ¡ Ah ! ¡ os debería mas que la vida !—Solo consiste en vos el ve-

ros reunido desde esta misma noche con Eugenia. —¿En mí solo consiste?— Sí; pero antes debo saber si sois capaz de hacer por ella los mayores sacrificios.—De todo soy capaz, no lo dudeis; hablad sin reserva. Pues voy á descubrirros un secreto que hasta ahora no ha salido de mi corazon. Vos amais á Eugenia, y yo á vuestra bellissima hermana Matilde. Conozco que por ningun respecto puedo considerarme digno de la hija del duque de Asfeld; pero vos sabeis mejor que nadie lo que es amor, y que el que se halla poseido de esta pasion no repara en clases ni conveniencias: ¿no lo experimentais vos mismo, que ardeis por una jóven de clase tan inferior á la vuestra? luego no podeis ofenderos de mi pasion; y solo debeis compadecer mi estado como yo compadezco el vuestro, y servirme con el mismo empeño que yo deseo serviros. Unamos nuestros intereses; y una misma precision dirija nuestras acciones, inspirándonos en nuestros ánimos ingenio é intrepidez. A punto de media noche, bajo cualquier pretesto, conducid á Matilde al jardin, hácia la puerta que sale al monte: yo tendré apostadas gentes de mi confianza, y prevenido un coche en el cual hallareis á Eugenia.—¡Cielos!— No lo dudeis: en el coche hallareis á vuestra ama-

da: yo me encargo de todo. ¡Considerad cuál será nuestra dicha! los cuatro nos casaremos de secreto; y cuando ya no haya remedio, será preciso que el duque apruebe unos vínculos contraídos por sus hijos, ó que muera lejos de ellos... ¿No me respondéis? ¿tendréis también preocupaciones?—No; pero tengo rectas costumbres y delicadeza.—¡Costumbres y delicadeza! ¿y qué sirve todo eso cuando uno está enamorado?—¡Perverso!.....—¡Cómo!—¿Y has tenido valor para confiarme un proyecto sugerido por el mismo infierno, en el que veo el deshonor de toda mi familia, y la muerte de un padre desdichado? Sabe que tengo demasiada virtud para acceder á tan indignos pensamientos. Huye de mi presencia; huye, y teme que yo revele á tu bienhechor el modo vil con que correspondes á sus bondades y confianza.—¿Qué oigo? ¿podría yo imaginar que el orgullo del hijo igualase á la vanidad del padre?—Apártate, miserable; no esperes que esta pistola te quite una vida, manchada sin duda con todos los delitos, pues has sido capaz de concebir uno tan execrable.—Jóven inconsiderado, modera ese tono, que no te conviene; y sabe que si haces un solo ademán, si dices una sola palabra del proyecto que neciamente te he confiado, puedo perder-

te á tí, á Eugenia, y tambien á tu mismo padre.

Como Leonardo era vivo, arrebatado, no pudo oír las amenazas de este malvado sin concebir una indignacion tan poderosa, que le obligó á tirarle un pistoletazo. Por desgracia no hirió á Doctorín, el cual salió inmediatamente del cuarto, gritando *que me matan! que me asesinan!* Toda la casa se con-turbó; y al estruendo de la pistola y de las voces, acudieron precipitadamente al cuarto de Leonardo. Volvió el mismo Doctorín á entrar en él precedido del duque, el cual, hallando á su hijo con la pisto-la en la mano, no dudó de que habia querido asesi-nar á su preceptor, quien inmediatamente exclamó: ¿En qué te he ofendido, jóven deslumbrado? ¿por-que te represento que quieres hacer infeliz á tan buen padre; porque te doy unos consejos tan pro-prios de mi prudencia, y del celo con que atiendo á tu educacion; y en fin, porque te manifiesto la ba-jeza é infamia de tus pensamientos, quieres asesi-narme? ¿así te atreves á tu maestro, á un hombre tímido y sin defensa? ¿tal recompensa merecen mis desvelos?

Leonardo fuera de sí, quiso vengarse de este nuevo rasgo de perfidia, pero le detuvo su mismo padre, y mandó que al instante se le encerrase en la

mas retirada torre del castillo. Doctorin cometió nueva vileza, insultando la desgracia del jóven, pidiendo su perdon de esta manera: No señor, dijo, no señor: os suplico que no sea preso por mi causa, ó me obligareis á dejar la casa. Pero el irritado anciano no cedió; y el pobre Leonardo, sin permitirle disculparse, fué conducido á la indicada torre. Doctorin, despues de haber esplicado á su modo los motivos del arrebató de Leonardo, se retiró á su cuarto á meditar los medios de arruinar á toda esta familia que aborrecía.

Su perversidad era tan refinada, que no se contentaba sino con una venganza extraordinaria y terrible, y despues de una larga meditacion se fué á casa de Blinvil, que á la sazón se hallaba ausente. El traidor sobornó y ganó la confianza de un criado, de quien supo que Blinvil, cansado del amor y excesivos sentimientos de Eugenia, había resuelto ponerla en un convento, y privarse de una hija á quien adoraba, pero que ahora era causá de su desdicha. A las cuatro de la mañana siguiente, este padre desconsolado debía marchar á encerrar á Eugenia en un convento de monjas, distante tres leguás. Doctorin formó al instante su plan, y se condujo del modo siguiente para llevar á efecto la mas horrible venganza.

Entre tanto que el triste Leonardo lloraba sus males esperando que su padre le concediese ocasion de manifestar los indignos pensamientos de aquel pérfido; y mientras que examinaba las paredes de la casa paterna, convertida para él en un sombrío y lúgubre calabozo, la noche desplegaba sobre la tierra sus negras álas, encubridoras de los mayores crímenes. El jóven, que solo pensaba en su padre y en su amada, oyó todas las horas de aquella terrible noche; y apenas dieron las tres, cuando sintió abrir la puerta de su prision, y se le presentó Bernardo, criado de Blinvil. ¿Qué es esto Bernardo? le dijo: ¿cómo has podido llegar hasta aquí?—El amor lo consigue todo. Apenas ha sabido la señorita, no sé cómo, que os hallábais preso, me ha enviado á ver si podía favoreceros, porque conoce que soy muy á propósito para cualquiera invencion. Así es que he emborrachado al que tenía las llaves de esta prision. —¿Y para qué?—¡Bien por cierto! para que marcheis al instante...—¿A dónde?—A impedir el sacrificio de la señorita.—¿Su sacrificio?—Si señor; dentro de una hora la sacaré de su casa....—¿Quién?—Quien menos creeríais, el señor Doctorin.—¿Cómo?—Solo puedo deciros que á las cuatro de la mañana la llevará á un convento con orden de su

padre, que está gravemente enfermo; y que la señorita teme que las ideas de este hombre sean muy peligrosas á su honor, porque antes de ahora la ha requerido de amores....—¿Qué dices?—Lo que ella me ha dicho precipitadamente, añadiendo que no se ha atrevido á participar á su padre estos recelos, porque los creará pretextos para evitar su reclusion, y....—Basta: todo lo comprendo: vamos; ese pérfido... le arrancaré el corazón.

Bien conocía Doctorin que el genio precipitado de Leonardo no le permitiría reflexionar; y en efecto, este jóven, sin mas informacion ni exámen se armó con unas pistolas que le había traído Bernardo, á quien siguió hasta la puerta del castillo sin hallar el menor obstáculo. Luego que se hallaron en el campo, tomaron los caballos, prevenidos tambien por Bernardo, y fueron á apostarse en el camino por donde precisamente había de pasar el coche en que iban Blinvil y su hija, y que apareció á breve rato. Hacía frio, y Blinvil se había cubierto la cabeza con un pañuelo; lo que juntamente con la dudosa luz del alba que empezaba á rayar, dió ocasion á Leonardo para creer que era Doctorin; y ciego de cólera se acercó á la portezuela del coche; y dijo: Traidor, entrégame á Eugenia, ó eres muerto.

Eugenia dió un grito, y se desmayó: Blinvil se asomó á la portezuela, como para reconocer quién le hablaba; y el imprudente Leonardo le tiró un pistoletazo, que le penetró las sienes, y cayó sobre su hija inundándola con su sangre. Leonardo se disponía á apoderarse de Eugenia, cuando un nuevo incidente frustró su resolucion. Apenas sonó el tiro aparecieron varias personas, entre ellas el duque y el mismo Doctorin, el cual dijo al duque: No os adelantéis señor, porque el bárbaro que ha asesinado al padre de Eugenia, será capaz de toda maldad. En tanto, el pérfido Bernardo se acercaba á hablar á Doctorin, y este, fingiendo recelo de alguna traicion, exclamó: ¡Miserable y vil cómplice de ese malvado! ¿qué intentas? y diciendo esto, le disparó una pistola, y le mató, sepultando con su muerte su secreto. Considerad cuál sería el estado del infeliz Leonardo, que había muerto al padre de su amada, la cual nunca podría ya mirarle sino como un vil asesino. Su padre le llenaba de improperios y maldiciones. ¿Qué haría el infeliz Leonardo? ¿abandonaría á Eugenia, que afortunadamente todavía estaba desmayada, y que no volvería en sí sino para ver á su padre asesinado y detestar al autor de tan atroz delito? Ya estaba perdido Leonardo; conocía que le odiarian su

padre, su amada, en una palabra, que nada le faltaba que perder. En esta persuasion, tomó un partido desesperado. Todavía estaba sobre el caballo, que era escelente; le arrimó las espuelas, y desapareció de la vista de todos los testigos de su crimen. En vano clamaba el duque, y en vano envió tras de él á un criado; porque el jóven, advirtiendo que un hombre le seguía, se paró, le esperó, y le amenazó con la muerte si no se retiraba; y el criado, temeroso, volvió á carrera abierta á reunirse con su amo.

Mientras que el duque, Doctorin y su acompañamiento conducian el cadáver de Blinvil á su casa y á la infeliz Eugenia, ya vuelta en sí, Leonardo corría sin pararse, hasta que al fin del dia, su cansancio y el de su caballo, le obligaron á detenerse. No le seguiré en su destierro; pues bastará decirnos que pasó dos años viajando, sumergido en la mas profunda tristeza, y maldiciendo todos los dias su existencia. Sin embargo, el tedio, la inquietud, el deseo de volver á ver á su padre, y acaso el de arrojarle á los pies de Eugenia, le condujeron al cabo de aquel tiempo a su pais. Un criado de Blinvil que halló por casualidad, le informó de los resultados que había tenido su crimen: le dijo que Eugenia no existía, pues no había podido sobrevivir mucho tiempo á su

padre, ni á la vergüenza de haber amado á un asesino; que murió acusando á Leonardo, pero que despues de su muerte se habian hecho descubrimientos muy importantes, pues por un papel, hallado en los vestidos del difunto Bernardo, se supo que Doctorin fué el autor de toda aquella trama; y receloso del duque aquel perverso, huyó del castillo, sin que se supiese su paradero; aunque se presumía que, atormentado por los remordimientos, se habría retirado á algun cláustro: que el duque todavía conservaba su miserable existencia; que vivía en compañía de Matilde, clamando los dos sin cesar por un hijo y un hermano mas desgraciado que criminal, segun se había averiguado.

Leonardo, mas entristecido con estas noticias y ardiendo en deseos de vengarse de aquel mónstruo que le perdió con tanta iniquidad, resolvió dirigirse á casa de un amigo de su padre para entablar por este medio la reconciliacion.

Con este deseo caminaba á largas jornadas en lo mas crudo del invierno. Una tarde sobrevino una espesísima niebla, la cual, con la distraccion de sus pensamientos, le hizo perder el camino. La noche aumentó su confusion: no sabía qué hacer, y caminaba á la ventura por entre matas y jarales, cuan-

do despues de un largo espacio se halló al frente de un edificio, que le pareció un monasterio, segun su construccion, y le creyó habitado, á pesar de las muchas ruinas que le cercaban. Aproximóse á un pórtico, donde halló á un hombre, le preguntó si aquel monasterio estaba habitado, y si le darian hospitalidad por aquella noche. El hombre le contestó que á aquella hora era imposible, porque todos los religiosos estaban recogidos; pero que si queria, él le podía hospedar en un cuarto que le daban como uno de los criados de la labranza.—Me es indiferente, añadió Leonardo, la calidad del cuarto, con tal que esté al abrigo de las voraces fieras, y de los insultos de los bandidos que dicen infestan toda esta comarca.—Siendo así, venid conmigo, que aunque mi habitacion no es cómoda, sobra para que esteis guarecido, y podais descansar sin cuidado.—Os doy mil gracias; pero decidme, ¿qué fábrica es esta y cómo se halla tan destruida?—Esta, señor, era una antiquísima iglesia parroquial de dos lugares poco distantes, que fueron asolados en otro tiempo por las guerras; quedó por consiguiente abandonada la iglesia, que tiene la advocacion de san Lotario.—¿Y cómo es que ahora hay religiosos que la sirven?—Hará como diez meses que un santo varon, perse-

guido por un señor muy poderoso que le acusaba de crímenes que no había cometido, huyendo de la persecucion vino á este país, cuyo prelado eclesiástico le recogió y amparó, tanto que á sus espensas se reparó un gran pedazo de fábrica, y se construyeron ocho celdillas que ocupan otros tantos monges gobernados por aquel hombre, que resolvió establecerse aquí para servir á Dios; y á fin de que nunca les falte lo necesario para vivir, se les adjudicaron algunas posesiones pertenecientes á la antigua iglesia.—¿Y no podré ver á alguno de estos buenos religiosos?—No señor, todos están recogidos en sus celdas: mañana antes de partir, podreis oir la misa del prelado de la comunidad.... pero ya es tarde; venid conmigo, cenareis pobremente y descansaréis.

— Siguió Leonardo á este hombre, que le hizo atravesar una multitud de escombros; y por fin, llegaron á una celdilla muy sucia, casi sin adorno alguno, en donde nuestro jóven, advirtiendo varias armas colgadas en las paredes, se estremeció, pues le ocurrió al instante que los supuestos religiosos serian algunos bandidos que se refugiaban en este sitio; y se propuso no dormir, sino estar preparado á la defensa por si le atacaban. Aumentóse su recelo al ver

que el hombre, cuya traza anunciaba ser un facineroso, descolgó las armas y se las llevó, dejando á Leonardo encerrado en aquel cuarto, alumbrado con una miserable lamparilla. Aunque conoció tarde su imprudencia, no le abandonó el valor; y como siempre iba bien armado, resolvió matar á aquel hombre á la mas leve accion que le pareciese sospechosa. No tardó en ver verificados sus recelos, pues á cosa de una hora volvió el hombre acompañado de otros dos, y uno de uno de ellos le preguntó: ¿Sois vos el que ha venido á pedir albergue?—Yo soy.—Pues es forzoso que os sujeteis á la costumbre inviolablemente observada con todos los pasajeros que aquí hospedamos.—¿Y cuál es esa costumbre?—La de entregarnos todas las armas.—Yo nunca me despojo de ellas.—Ahora será preciso, pues si no, la violencia...—¿Qué es eso de violencia?—Muchos de los que hemos recibido nos han robado, y así....—¿Tengo yo traza de ladron?—No lo extrañeis. Vemos en vos un jóven robusto, é ignoramos quién sois.—Pues me haré conocer.—No necesitamos sino que obedezcais. En este instante se presentaron otros dos malvados que hicieron la misma intimacion; pero el mancebo persistió en no entregar las armas, y todos le acometieron; mas como la

desesperacion redobla las fuerzas, Leonardo se defendía y ofendía á sus contrarios con el mayor esfuerzo, manejando su espada, y amenazando con una pistola que llevaba en la mano izquierda, reservándola para el último apuro, y casi tocaba en él cuando se presentó el gefe de aquellos facinerosos, que les mandó suspender la pelea, cuya órden obedecieron. Leonardo, que reconoció en aquel hombre á Doctorin, le dijo lleno de cólera: Mónstruo, ¿eres tú el gefe de estos asesinos? pues ahora pagarás tus maldades; y disparando contra él la pistola le tendió muerto á sus pies. Viendo esto sus compañeros, y poseidos de rabia, acometieron de nuevo al jóven, que se resistió largo tiempo, aunque mortalmente herido. Al fin cayó á tiempo que se oyó una terrible descarga que atemorizó á aquellos malvados, los cuales, sospechando lo que podía ser, dejaron á nuestro infeliz jóven agonizando y bañado en su sangre, y huyeron. Fué el caso que Doctorin, asociado con muchos facinerosos, cometía enormes delitos en la comarca, refugiándose en aquellas ruinas por la noche, y la justicia, que ya los seguía de cerca, se presentó cuando la ocurrencia de Leonardo para acabar de una vez con semejante canalla; cercó las ruinas, y mandó hacer á su gente

una descarga á fin de sorprender á los bandidos. Estos, persuadidos de su próximo castigo, y como eran muchos y bien armados, quisieron resistirse entre aquellas medio demolidas paredes; pero de nada les sirvió, pues todos fueron muertos entre las ruinas. En seguida mandó la justicia hacer un reconocimiento, y hallaron el cadáver de Leonardo, que fué conocido por varios papeles que reservaba en su cartera, y juntamente el retrato de Eugenia.

Su desgraciado padre le dió sepultura en la iglesia de su castillo, y tambien murió de allí á poco. En memoria de este suceso, nuestro obispo, que es descendiente de la casa de Asfeld, permitió al hermano Lucas edificar una capilla dedicada á san Leonardo, sobre las ruinas de la antigua iglesia de san Lotario. De aquí podeis inferir que si la ermita es pequeña, puede tener comunicacion con algun subterráneo, y qué.... pero tocan á coro: la obediencia no me permite acompañaros por mas tiempo, y pues ya sabeis el origen de la ermita de san Leonardo, continuad vuestro camino; mas si volviéreis á ver al hermano Lucas, no os fieis de su hipocresia.

Dimos las gracias al buen religioso por sus atenciones, y salimos del convento.... Pero ya es muy tarde: mañana continuaremos esta historia.

TARDE XXXVII.

EL FANATISMO.

El fanatismo es locura
Que en casos de religion
Propende á exageracion
En vez de suave cordura.
Si de lo exterior se cura ,
Suele despreciar lo interno ;
Duro siempre y nunca tierno ,
Del cielo aleja al cristiano ,
Y le lleva de la mano
A las puertas del infierno.

AL siguiente dia los jóvenes, ansiosos por saber la continuacion de las aventuras de Mr. Delacour, le suplicaron anticipase la hora de ir al emparrado. Así lo hizo, y prosiguió en estos términos:

FIN DE LA HISTORIA DE LA ERMITA DE SAN LEONARDO.

Al salir del convento me aconsejó el peregrino que fuese á casa de mi padre y aun quiso acompañarme él mismo , pues me aseguró tenía con él algunas relaciones , y confiaba aplacar su ira , si es que aun se hallaba enojado por mi mal proceder. Aunque mi resolucion de ir á la casa paterna estaba bien meditada , no pude menos de temblar al ver aquellas praderas en que me había solazado en mi infancia , aquellos muros dentro de los cuales había por primera vez abierto mis ojos á la luz.

El peregrino , que advirtió mi turbacion , procuró tranquilizarme; y apretándome la mano me dijo: Valor, hijo mio: no te turbes. Llegará un dia en que debes comparecer delante de Dios para dar cuenta de tu vida: á tan formidable cuenta te has de preparar con un sincero y firme arrepentimiento: hoy vas á ver á tu padre despues de haberle ofendido; dispon-te á espiar tus culpas á sus pies , pues es para tí la imágen de Dios en la tierra : si obras como te digo, no te rechazará. Con esta exortacion cobré ánimo, y llegamos á casa, donde hallamos á todos sumergidos en la mayor consternacion. Un criado nuevo

que no me conocía, nos dijo llorando: Si teneis que decir algo á mi señor, daos prisa, porque espirará dentro de muy poco tiempo. ¡Padre mio! exclamé; y el criado repuso atónito: ¡Su padre!

Mi compañero, disgustado por mi exclamacion, y temiendo que el criado subiese al cuarto de mi padre, y apresurase su muerte participándole sin la debida precaucion la vuelta de su hijo, le suplicó que nos acompañase, y no hablase antes que nosotros. Convino en ello, y entramos en el cuarto en que se hallaba el moribundo anciano. Había mucha gente en la estancia, y quedé admirado de no ver á mi hermano mayor Saturnino. Todos los que rodeaban al enfermo me parecian desconocidos y dependientes de mi padre. Como yo tenía el rostro casi cubierto con un pañuelo, y la vista de mi padre estaba demasiado debilitada para distinguir los objetos, no reparó en mí. Hablaba, pero en voz muy baja; y parecía que estaba dictando su última voluntad á dos notarios que escribian sus palabras, sentados delante de una mesa. No era aquel instante propio para interrumpir al enfermo; y aunque yo deseaba arrojar-me á sus brazos, me contenía el peregrino. Nos sentamos, y el moribundo continuó dictando así:

«En consecuencia, como mis dos hijos me han
»abandonado, el menor por ingratitud, y el mayor
»por una loca pasión de amor, que yo quería reprimi-
»mir; y en fin, como mis cansados días han de-
»pendido solamente del cuidado de mis criados, que
»han tenido conmigo atenciones que no he hallado
»en mis hijos, creo que tengo derecho para deshe-
»redar á estos...»

Aquí quise prorumpir en amargas quejas; mas el peregrino me hizo señas para que callase, y el anciano continuó:

«Por tanto, despues de apartado cuanto fuere
»bastante para asegurar las pensiones que llevo se-
»ñaladas á mis criados, dejo todo lo restante á la
»ermita de San Leonardo, cuyo virtuoso ermitaño,
»que se halla presente, me ha consolado en mi
»desamparo.»

No había yo reparado en aquel bribon; mas cuando le nombró mi padre, recorrí la estancia con la vista, y al reconocerle no pude menos de esclamar: ¡Cómo! ¿este infame recogerá tan pingüe herencia?

A esta exclamacion se alborotaron los concurrentes; fijaron en mí los ojos, y me reconocieron dos criados antiguos de la casa. Él es, gritaron á

un tiempo.—¿Pero quién decís que es? preguntó el pobre enfermo.

No me atreví á hablar; mas el peregrino se encargó de sacarme de mi confusion, y acercándose á la cama del doliente, le dijo: Delacour, ¿puedes distinguir mis facciones?—Con trabajo... pero esa voz no me es desconocida.—Así lo creo, pues no me parece que te habrás olvidado de tu hermano Cárlos!—¡Mi hermano! Nuevo asombro para mí; pues el peregrino era un tio de quien había oído hablar mucho en mi infancia, pero á quien nunca había visto porque vivía en pais muy distante. El ermitaño, aturdido de ver presentarse tan de repente parientes que él no esperaba, ocultó su rostro entre las manos. Yo dí mil tiernos abrazos á mi tio, que juntamente conmigo se acercó á la cama de mi padre, y continuó diciéndole: Hermano mio, si he permanecido tanto tiempo ausente de tí, si he tenido la desgracia de volver á tiempo en que parece que se abre el sepulcro para recibirte, ¿tendré tambien la desventura de verte cometer la injusticia mas horrible?—¿Y cuál es esa injusticia? yo no tengo hijos.—Ignoro qué es de tu hijo mayor; pero todavía tienes otro que yo te traigo obediente, sumiso y arrepentido.—¿Qué dices?..... ¿cómo?..... ¿Cárlos?—Sí;

Cárlos tu hijo menor, á quien yo vi nacer; y acuérdate de que fui su padrino, y le puse mi propio nombre: este Cárlos está aquí conmigo: él es el que en este momento besa respetuosamente tus manos, te inunda con sus lágrimas, y espera que tendrás la bondad de perdonarle.—¡ Oh hermano mio!... ¿pero qué ha hecho ese muchacho hasta ahora? ¿por qué ha estado tanto tiempo ausente y sin escribirme?—Sus remordimientos, su dolor, y la persuasion en que estaba de haber perdido para siempre la ternura de su padre; todo esto le habia determinado á vivir en un religioso retiro; y por causas que no refiero ahora por no molestarte, ha permanecido en la ermita de San Leonardo, sirviendo á ese hipócrita que tienes á tu lado, el cual sin el menor escrúpulo le despojaba de sus bienes.—No es posible que eso sea verdad: mas de dos años hace que todas las semanas viene el hermano Lucas á consolarme, y nunca me ha hablado de semejante cosa.—¡ Infame! — Antes bien me ha asegurado que en cierta ocasion le vió pasar asociado con una tropa de facinerosos; y que despues, indagando noticias, supo que este hijo se habia entregado á los vicios mas detestables, y era el oprobio de su familia.—¡ Habrá igual maldad! ¿por qué callais ahora,

hermano Lucas? ¿tendreis atrevimiento para negar que este jóven os ha estado sirviendo en la ermita?

Quedó el ermitaño confundido por algunos instantes; todos los concurrentes, clavando en él los ojos, esperaban ansiosos que confesase la verdad del caso; pero él, reponiéndose un poco, dijo: No entiendo nada de lo que se habla; esa novela parece bien inventada, pero sobre mi conciencia puedo atestiguar que hoy es la primera vez que veo á este jóven. Mucho me irritó el oírle esplicarse de aquel modo, pero mi tío, indignado de tan atroz descaro, le asió del brazo y sacudiéndosele fuertemente, le dijo: ¡Malvado! por todas partes te perseguiré; mi mano será la que acabe con tu detestable vida.

El ermitaño, naturalmente cobarde, quiso salir del cuarto; pero no se lo permitió mi tío, ni uno de los notarios, que mirándome y mirándole, exclamó: ¡Hé aqui el hombre mas pérfido de cuantos existen en el universo! Mas de veinte veces he visitado la ermita, y siempre he visto en ella á este jóven con el mismo vestido que ahora tiene. No pudo sostener mas tiempo su embuste el ermitaño: y viéndose convencido se puso de rodillas, pidiendo perdon, despues de haber confesado la verdad. Mi padre, que miraba las cosas como quien está para espirar,

dijo que le despidiesen sin hacerle daño, y apenas el pícaro oyó esta espresion, cuando levantándose de la humilde postura en que estaba, corrió hácia la puerta; pero no salió tan pronto que no le alcanzase un terrible puntapie que le dió mi tio, con que le ayudó á salir, cargado de mil imprecaciones que le dijeron todos los concurrentes. Luego que se fué el ermitaño, mi padre, que no acababa de volver de su sorpresa, exclamó por fin: ¡Cárlos! ¿dónde estás? ven á los brazos de tu padre, que te vuelve toda su ternura.—¡ Ah, padre mio!

Abracé estrechamente á mi padre, le hice cuantas caricias caben en semejante situacion; y despues de mil tiernas espresiones, el buen anciano, habiendo hecho romper su primer testamento, dictó otro enteramente en mi favor, pero exigí que en él se insertase la cláusula de que en caso de que pareciese mi hermano, tendría yo la obligacion de entregarle la mitad de la herencia.

Aquella misma tarde tuve el dolor de ver espirar á mi padre entre mis brazos; y al dia siguiente mi tio, dejando el trage de peregrino, y vistiéndose conforme á sus facultades y clase se tomó el trabajo de arreglar mis asuntos, y lo hizo con el mayor esmero. Nunca se había casado; y el hábito de pe-

regrino era consecuencia de una promesa que había hecho de visitar un santuario muy distante si salía de una grave enfermedad. Me hizo mil favores y beneficios, y me prometió que sería su heredero. Algunos días después, por medio de documentos auténticos que nos remitieron, supimos que mi hermano ya no existía. Había dejado la casa de mi padre llevándose una jóven, con la cual viajó algun tiempo; pero habiéndose encontrado con un hermano de su querida, salieron desafiados, y Saturnino quedó muerto en el campo de batalla. En consecuencia fui dueño absoluto de la herencia. Me hallaba rico; pero no tranquilo, porque no podía apartar de mi memoria á mi hermosa desconocida y los subterráneos que, segun había oido, tenían comunicacion con la ermita de san Leonardo. Luego que estuvieron arregladas todas mis cosas, hablé á mi tio de mis amores y de mi proyecto de buscar por todas partes á la que amaba. Mi tio, que por lo mucho que me quería nunca se oponía á mis deseos, prometió acompañarme: y con su auxilio dispuse el plan que oireis para registrar la ermita, que estaba al cuidado de nuestro mayor enemigo.

Mientras fui sacristan, nunca pude ver lo que deseaba ni descubrir los secretos del ermitaño. ¿Có-

mo me habia de manejar ahora? Entre mis criados habia uno muy astuto, llamado Frontin, y de él eché mano para mi proyecto: le di seguras señas de la posada del pueblo adonde el ermitaño iba todos los dias, y en la cual reunía sus provisiones, y le dije: De dos en dos dias, acostumbra el picaron llevar á la ermita un cántaro lleno de vino: llevarás estos polvos narcóticos; irás á la posada, y con el mayor disimulo, valiéndote de cuantos medios te sugiera tu agudeza, los mezclarás con el vino.

Frontin hizo exactamente lo que yo le habia mandado, y volvió corriendo á darme cuenta del buen desempeño de su comision. Mi tio y yo que esperábamos impacientes no lejos de la ermita, apenas habia trascurrido una hora, vimos pasar al ermitaño tan cargado como siempre. Como estaba solo, pues aun no habia tomado quien le ayudase, temiamos que al entrar cerrase la puerta, bien para almorzar, ó para descansar sin cuidado; por esto, tan luego como abrió, nos encaminamos á la ermita, entramos tras él y nos pusimos de rodillas en un rincon de la capilla. Nos miró, y recelamos que nos conociese; pero no fué así, gracias á lo bien disfrazados que íbamos; y se entró en la sacristia con sus provisiones. Como yo sabia que apenas volvia de sus espe-

diciones, acostumbraba almorzar y echar cuatro tragos de vino; fué preciso esperar todo el tiempo que nos pareció prudente para que el soporífero hiciese su efecto. Despues nos aproximamos á la puerta de la sacristía, y por una rejilla que había en medio de ella para observar desde dentro la ermita, y que habia dejado sin cerrar, vimos que no se hallaba allí el ermitaño. He aquí, dije, lo que sucedió con mi amada: desapareció de este sitio, y estoy tan seguro de que no salió, como ahora de que está escondido este pícaro, aunque no sé en qué parage. Sin duda hay aquí alguna puerta oculta: ¿y dónde? estas paredes son de mampostería en toda su estension. ¿Si nos conoceria y habrá saltado por aquella ventanilla? pero además de ser muy estrecha, cae sobre el Loira que baña las paredes de este edificio; y ciertamente el ermitaño no querria ahogarse por huir de nosotros.

No tardamos mucho en salir de dudas, pues á breve rato vimos que se levantaba la tarima que servía de cama al ermitaño, luego asomarse una cabeza, y despues todo el cuerpo del hermano Lucas con el cántaro en una mano. Nos retiramos para que no reparase en nosotros, y nos colocamos otra vez en el mismo lugar en que nos dejó. A pocos minutos

salió de la sacristía, y sin advertir que nosotros estábamos en la ermita, cerró las puertas y se tendió sobre el banco mas inmediato á ellas. Entonces conocimos nosotros que ya no podía dar un paso mas, y que el narcótico obraba con toda su fuerza, gracias á los buenos tragos que habria echado segun costumbre.

Se habian cumplido nuestros deseos, pues el ermitaño roncaba fuertemente, no nos estorbaba, y conocíamos el secreto de la trampa: ¿pero nos aventuraríamos á registrar aquellos subterráneos? ¿estarían seguras nuestras vidas? Verdad es que estábamos bien armados; ¿pero podíamos adivinar lo que se encerraba en aquella oscura habitacion? Mi tio hizo estas reflexiones, y su ánimo se hallaba vacilante; pero yo que era vivo, impetuoso, y sobre todo emprendedor, le animé haciéndole ver que no podíamos encontrar allí ladrones ni gente alguna temible, pues en el espacio de tres años que yo habia vivido en la ermita, nunca ví cosa que pudiese inspirar desconfianza, y mucho menos espanto. En fin, para no omitir precaucion alguna, saqué dos faroles que yo sabia estaban en cierto cajoncito; los preparé y encendí en la lámpara que ardía ante el altar; di uno á mi tio, me quedé con el otro; y sin detenerme

á mas, levanté la tarima y descendí el primero. Mi tio me seguía con la luz en la mano, y en la otra una pistola. Bajamos una escalera de caracol, y al fin de ella encontramos una reja que nos cerraba el paso. ¡Qué contratiempo! Repentinamente me acordé de que el ermitaño llevaba dos ó tres llaves colgadas en el cordón de su hábito; subí, y me apoderé de ellas; abrí la reja, y nos hallamos en un vasto subterráneo iluminado con una lámpara. Tomamos la direccion á la derecha, y fuimos á parar á una especie de capilla donde ardían seis lámparas. En medio se veía un magnífico sepulcro con una estatua de mármol blanco, que representaba un jóven armado, y en el pedestal la siguiente inscripcion:

Aquí pereció, á manos de bandidos, el jóven Leonardo, conde de Asfeld. No está aquí su cuerpo; pero se han depositado en este cenotafio algunas piedras teñidas con su sangre. Los que llegáreis á este sitio rogad á Dios por el alma del amable jóven, que fué constante y desdichado.

Cumplimos con el encargo prevenido en la inscripcion, y continuamos nuestra pesquisa. Eran inmensos estos subterráneos, y habíamos caminado por ellos largo rato sin descubrir á nadie, hasta que al fin nos hallamos en un salon con varias celdillas

ó alcobas á lo largo de él, y allí con grande admiracion nuestra vimos siete ú ocho mugeres dormidas al rededor de una mesa llena de los restos de un abundante almuerzo. Nos pareció que el sueño de ellas sería sin duda efecto del mismo narcótico que había entorpecido al ermitaño. En tanto que mi tio estaba inmóvil contemplando aquel espectáculo, la curiosidad, tan natural en mi edad, me había obligado á acercarme á aquellas mugeres y examinar á todas con mi farol. Entre ellas estaba la vieja tia de la que yo amaba, y la sobrina junto á ella, durmiendo del mismo modo que las demás.

Aquí está, exclamé; aquí está, tio, la que busco.—Calla, imprudente: ¿quién dices que está ahí? —La que amo y amaré mientras viva: no perdamos ni un momento: manos á la obra.—¿Qué quieres hacer?—Llevarla conmigo, y sustraerla á sus perseguidores.—Reflexiona primero. ¿Piensas que?...— ¡ Ah señor! permitid que os recuerde el billete que me escribió la primera vez que tuve la dicha de verla. En él me decía que, si podía, la arrancase del poder de una tia que quería sacrificarla. La ocasion, pues, es favorable; saquémosla de este sitio, en que sin duda egerce el fanatismo máximas detestables. Ayudadme, por Dios; conozco el efecto de los

polvos y tenemos bastante tiempo para trasportarla de este sitio, sin que el ermitaño ni otro alguno nos lo impida. Mi tío vacilaba: me hacía mil reflexiones; pero al cabo triunfó el cariño que me tenía, y cedió á mis instancias. Atamos las luces á nuestros sombreros: la cogimos como mejor nos fué posible, y escapamos con ella; pero por desgracia no acertábamos á salir del subterráneo. Fué preciso soltar la carga y recorrer aquellos lugares para buscar la salida. Luego que la encontramos, volvimos por la hermosa dormida, que despertó al tiempo de llegar nosotros para volver á tomarla en nuestros brazos: miró como espantada al rededor de sí; reparó en nosotros, y dió un terrible grito que nos hizo estremecer. Yo me postré á sus pies, y en voz baja le dije: Señorita, reconozca á un hombre que tiernamente os ama, y fíase de su respeto, pues su intención no es otra que la de libertaros.

Ella me miró, y aunque no me contestó, la alegría que mostraba en su rostro indicaba que me había conocido. Mi tío se acercó, le dijo quién era; y sin detenerse, ni resistirse ella, la cogió del brazo, y la condujo al pie de la escalera que habíamos descubierto. Subimos por ella, y fuimos á parar á una puerta de madera; acudí á las llaves, y á la

segunda que apliqué á la cerradura abrí la puertecilla, que justamente era la que daba á la capilla. Todavía estaba en ella el ermitaño dormido, por lo cual sin el menor obstáculo pasamos y salimos al campo. Nos apresuramos á llegar al sitio en que habíamos dejado á mi criado; tomamos los caballos, y por la noche llegamos felizmente á mi casa. Hasta entonces la señorita nada nos había preguntado; y asustada tal vez de la imprudencia que creía cometer, apenas se atrevía á mirarnos y solo nos contestaba cuando la dirigíamos algunas palabras; pero luego que vió la opulencia y tono de nuestra casa (digo nuestra, porque mi tío vivía conmigo) se tranquilizó, y con las mas finas espresiones nos dió las gracias por el favor que la habíamos hecho. La participamos el ardid de que nos habíamos valido para libertarla; ella le aplaudió, y nos aseguró que solo algunas gotas de aquel vino, echadas en un vaso de agua, habian sido suficientes para adormecerla tan profundamente; por lo que juzgaba que su tía y las demás mugeres no despertarian en dos ó tres días.

Mi tía, nos dijo, quería sacrificarme por lo que algun dia sabreis; y buscaba un sitio de reclusion y austeridad para acabar en él sus dias y los míos.

No me participó su resolución hasta pasar á Francia desde Inglaterra, de donde somos naturales; y por la relación que os haré de mi historia, conoceréis que yo dependía absolutamente de ella. En un pueblo de estas inmediaciones, en donde se detuvo por una leve indisposición, habló con una muger de alguna edad que la dió noticia de la ermita de San Leonardo. En consecuencia, apenas se vió restablecida, dirigimos nuestro viaje á la ermita. Lo que habló en secreto con aquel bribon, no lo sé; pero si que este y aquella me hicieron bajar al subterráneo, donde me intimaron la sentencia de que no volvería á ver la luz del sol. Lo que allí pasa no lo puedo declarar, tanto por respeto á la religion como á la decencia; pero baste deciros que la doctrina de aquel malvado tiene tan obcecadas á aquellas infelices, que por todos los tesoros del mundo no querrian salir de la caverna; ni el ermitaño se lo consentiría, porque no se descubriesen sus infamias. Imposible me hubiera sido recobrar mi libertad á no ser por vuestra diligencia; y pues habeis empezado á favorecerme, os suplico continúeis amparándome en esta casa. Los cuidados domésticos me son familiares; sé cuanto debe saber una muger casera, sin serme desconocidas algunas habilidades de puro adorno; no tengo

padres , amigos ni parientes ; vosotros lo sereis todo para mí , y os amaré lo mismo que he amado al hombre desgraciado que me dió el ser.

Dicho esto , la hermosísima inglesa se apoderó de la mano de mi tío , inundándola con sus lágrimas ; y este quedó tan enternecido , que la abrazó estrechamente prometiéndola seguridad , protección y comodidades . Yo la destiné criadas que la sirviesen , la señalé por suya la habitación de mi padre , y la dejamos para que descansase cuanto quisiera .

Cuando mi tío se vió solo conmigo , me preguntó cuáles eran mis intenciones ; y sin detenerme le respondí que mi designio era casarme con aquella muger . No mostró repugnancia á este enlace , pero exigió que primeramente nos informásemos de su clase y nacimiento , á fin de examinar si , como lo parecía , era digna de nuestra alianza . Parecióme muy justo este modo de pensar ; dejamos que la estrangera descansase algunos dias ; y cuando ya creímos que nos concedería su confianza , por estar asegurada de la nuestra , la suplicamos que nos contase su historia , lo que prometió hacer . Durante este intervalo supimos que el hermano Lucas no estaba ya en su ermita , porque la justicia , noticiosa de la falta de algunas mugeres que desaparecian de

entre sus familias, procuró indagar la causa; y al fin, por sospechas, trató de hacer un registro en la ermita. Cabalmente le hizo en la tarde del mismo día en que nosotros sacamos á la inglesa del subterráneo, con cuyo motivo lo halló todo manifiesto, y dió con el ermitaño y las mugeres en la cárcel, donde la tia de nuestra inglesa murió de susto. Las demas fueron castigadas como convenia; pero el ermitaño seguía preso, porque era preciso hacer muchas averiguaciones importantes, y aun se decia que saldría para la horca.

La sobrina lloró la muerte de su tia, á pesar de sus violencias. Despues nos contó su historia, que escribí yo en algunos ratos de ocio. Aquí tengo el manuscrito; pero ya es tarde. Mañana la leeremos, y en ella encontrareis escelentes lecciones de amor filial y de sumision.

TARDE XXXVIII.

EL RENCOR.

Tigre atroz que despedaza
 Presa tras presa insaciable;
 Hiena feroz indomable
 Que mansas reses destaza;
 Pantera en hórrida caza
 Es el hombre rencoroso,
 Que cual reptil ponzoñoso
 Su infeliz víctima sigue;
 Mas pocas veces consigue
 Su inicuo fin alevoso.

Los admirables sucesos de la ermita de san Leonardo tenian tan ocupados los ánimos de los jóvenes, que apenas se acordaban de la ausencia de Benito; como aquellos acontecimientos, aunque extraordinarios no rayaban en inverosímiles, al paso que alimentaban su imaginacion convencian sus tiernos corazones dando lugar al raciocinio. Palemon, para

que el ejemplo de un fanático como el hermano Lucas, no pudiese tal vez disminuir el profundo respeto con que deseaba que sus hijos mirasen las cosas de la religion, les hacía las mas sanas reflexiones acompañadas de ejemplos de los libros sagrados y de máximas tomadas del Evangelio.

Al dia siguiente reunidos en derredor de Mr. Delacour, sacó este el manuscrito de que había hablado y en él leyó lo siguiente:

HISTORIA DE LA INGLESA BELLY.

Vivía en Lóndres un rico comerciante llamado Sir Clarins, de edad de treinta años: tenía en su compañía una hermana á quien amaba en extremo, aunque era altiva, caprichosa y de perverso corazon. Llamábase esta Madama Herbert, frisaba ya en los cuarenta años, había enviudado muy jóven y asociado sus bienes al comercio de su hermano bajo la promesa que ambos se habian hecho de continuar aquel soltero y esta viuda. El amaba mucho á su hermana á pesar de que no podía sufrirla; porque era de carácter dominante y una de aquellas personas cuyo prurito es atormentar á los que tienen á su lado.

Sir Clarins, cansado del comercio, y temiendo, por algunas pérdidas que había experimentado, la total ruina de sus caudales, resolvió retirarse y vivir en el campo. Habló de esto á su hermana, la cual, por la vez primera fué de su mismo parecer. Vendieron pues la hermosa casa que tenían en Chering-Cross, y compraron una bellissima posesion en Surrey, pequeña aldea situada á poca distancia de Londres. Madama Herbert, que gustaba del fausto y ostentacion, hermoseó su nueva habitacion con los muebles mas esquisitos, y los dos se establecieron allí con una familia bastante numerosa. Hallóse muy bien Clarins en este retiro durante algun tiempo, pero habituado hasta entonces á una vida activa, al fin se fastidió, y procuró distraerse en los inocentes placeres de la caza. Tanto le dominó esta aficion, que muchas veces pasaba entregado á ella dias enteros sin volver á su casa hasta la noche. Quejóse amargamente su hermana del abandono en que la dejaba; Sir Clarins la respondió con aspereza, y de aquí tuvo principio su desunion, porque Clarins, que entre los cuidados de su giro habia tenido menos lugar para resentirse del predominio de su hermana, conoció al cabo el peso del despotismo que le agobiaba. Prorrumpió, pues, en quejas, hubo enojos y

contradicciones, y siempre estaban en guerra. Sir Clarins prolongaba lo posible sus frecuentes ausencias; y Madama Herbert, por su parte, procuró distraerse en las cercanías.

A muy poca distancia de su casa había un soberbio castillo, perteneciente á una riquísima señora que todos los años solia pasar allí la primavera. Madama Herbert se había relacionado con esta muger, llamada Milady Brnton, porque sobre poco mas ó menos eran ambas de un mismo carácter. Una tarde que Madama Herbert se hallaba en casa de esta Milady, entraron á visitarla Miss Belly y Sir Enrique Ofman. Todos los concurrentes fijaron la vista en estas dos personas; y si los hombres admiraron la hermosura de la jóven Belly, las mugeres quedaron encantadas de la gallardía del jóven Enrique. Milady Brnton que los conocía, les hizo sentar; y tratando de retratos, habló de lo bien hecho del suyo, que era efecto de la destreza de Belly, prometiéndola que la proporcionaria ocupacion entre las gentes que ella conocía. La visita de estos jóvenes fué corta, y luego que se retiraron, todos los concurrentes pidieron noticias de ellos á Milady, la cual, afectando frialdad, dijo: Estos son unos jóvenes honrados, pero de muy pocas conveniencias; por

cuya razon se ven precisados á valerse de las habilidades que les proporcionó la esmerada educacion que tuvieron, pues de otro modo perecerian de necesidad. Regularmente viven en la capital; pero á una milla de esta aldea han alquilado una habitacion, adonde vienen de vez en cuando para descansar de su continuo trabajo y disfrutar de las delicias del campo.

Madama Herbert, á quien el jóven había interesado mucho, continuó sus preguntas á Milady, diciéndola: ¡Los dos me parecen bellísimas criaturas!.. ¿son hermanos?—No; son primos.—¡Primos! ¿de veras?—No hay duda; he conocido á sus padres.—¿Su edad?—Belly tiene veinte años, y su primo dos mas, segun creo.—¿Los dos saben pintar?—Belly es la que pinta; su primo es poeta dramático, y hace poco ha dado al teatro la comedia titulada: *El camino de la ruina*, que ha sido tan aplaudida.—La he visto, y en efecto es muy graciosa; ¿y viven solos, sin padre, madre ó parientes?—Son huérfanos, y sus costumbres tan puras que logran la comun estimacion: yo les profeso el mas cordial afecto.—Pues bien, introducidme con ellos, porque quisiera tener mi retrato y el de mi hermano; yo les proporcionaré hacer otros muchos, porque tengo infinitos cono-

cidos.—Lo haré con mucho gusto; pero no me li-
songeo de que vayan á vuestra casa, porque en
medio de su infeliz situacion, tienen cierta elevacion
de espíritu... mejor es que vos los visiteis, pues no
viven muy lejos, y yo os daré las señas.

Aunque distase su casa cien leguas, Madama
Herbert no habria dejado de presentarse en ella,
porque Enrique había hecho en su pecho una im-
presion demasiado profunda... ¡funesta impresion
que ha originado la desgracia de tantos inocentes!

Dejó pues al instante la Herbert su visita, volvió
á su casa, se sentó en un camapé, y se puso á re-
flexionar, lo cual era para ella una maravilla; pero
ya se sabe que las reflexiones del amor son tan tu-
multuosas y oscuras, que pueden llamarse delirios
del corazon mas que efectos del discernimiento. Por
la noche riñó mucho mas de lo que acostumbraba
con su hermano; y notando sus facciones fuertes y
denegridas con el sol, comparó con él á Enrique.
Fácil es de conocer que la balanza se inclinaria á
favor de este, cuya imágen estaba grabada en su
corazon con rasgos de fuego. Pasó la noche muy
agitada; y por la mañana mandó poner su coche y
marchó á Briste, pequeño cortijo situado cerca de
la casa que habitaban los jóvenes, que iban á per-

der su felicidad con tan fatal visita. Trasladóse pues á su habitacion, entró, y solo halló á Belly, á quien dijo: Ayer os ví en casa de mi amiga Milady Bronton, y segun lo que esta me ha dicho, sabeis hacer retratos.—Sí señora...—Pues bien: os suplico que hagais el mio, para regalársele á mi hermano: se conoce que Milady os quiere mucho.—Efecto de su bondad.—Ha hecho mil elogios de vos y de vuestro primo; ¿no está en casa?—Sí señora, pero está trabajando en su gabinete.—Servíos darle aviso de que estoy aquí.

Pronunció la Herbert estas palabras sin reflexion, y como si estuviese persuadida de que habiendo ella hecho una grande impresion en el jóven, debía este quedar enagenado sabiendo que había venido á verle el objeto de sus ánsias; pero Belly se atrevió ó decirla: ¿Tiene mi primo el honor de conoceros?

Quedó la Herbert confusa un breve rato con esta pregunta; pero al fin respondió: No por cierto; mas ví su comedia en Convent-Garden, y me causó infinito placer: ¡teneis seguramente ambos extraordinario talento!

Belly, sin contestarla, la hizo una profunda cortesía; y la Herbert, deseosa de prolongar la

visita esperando ver lo que solicitaba, suplicó á su amable huésped que al instante diese principio á su retrato, añadiendo: No urge el concluirle; y vendré cuantas veces sea necesario para el efecto, pues quiero sorprender á mi hermano, y es forzoso que no os vea en mi casa antes de dar fin á la obra.

Belly dispuso su caballete, y empezó á trabajar; pero el modelo se ocupaba mas en volver la cabeza hácia las puertas, que en conservar la actitud conveniente. En fin, la jóven artista la dijo que por aquella vez se había hecho lo bastante, y la Herbert se vió precisada á retirarse sin haber visto al objeto de su amor. Volvió el dia siguiente, y sucedió lo mismo, porque Enrique estaba siempre ocupado en su gabinete. Desesperada con tanto contratiempo, suplicó á Belly que á la mañana siguiente tuviese la condescendencia de darla de desayunar, pues así, dijo, vendré mas temprano. No era este el motivo que la conducía, sino la esperanza de ver reunidos á los primos. Cumplióse al fin su deseo, porque á la mañana siguiente halló á Belly y Enrique sentados á una mesa cubierta de té, manteca, tostadas y frutas. Tuvo entonces el tiempo suficiente para examinar á Enrique, que la pa-

reció tan amable y entendido como bien formado. Perdió casi enteramente el juicio, y no trataba ya de la continuacion del retrato. Belly no sabía á qué atribuir su distraccion; pero despues del desayuno Enrique volvió á su gabinete, y el modelo se hizo mas dócil.

Diez visitas proporcionó á la Herbert el pretesto del retrato, durante las cuales tuvo el placer de ver repetidas veces al amable poeta, causa de su delirio. Luego que estuvo concluido el retrato, rogó á los dos jóvenes que fuesen á cenar á su casa, tanto para abonarles el importe de la obra, quanto para que disfrutasen de la agradable sorpresa que causaría á su hermano el primor de la pintura. Escusáronse ellos con la distancia de la casa de Sir Clarins; pero la Herbert les dijo que pasarían allí la noche, y al otro dia los volvería en su coche, con lo cual los dos primos accedieron á su deseo.

Determinado el dia, la Herbert procuró acariciar á su hermano, para que no advirtiese Enrique la desavenencia que reinaba entre ellos. Clarins extrañó mucho la amabilidad de su hermana, que no sabía á qué atribuir; pero no pudo menos de corresponder á sus afectuosas espresiones. Al fin, un dia le dijo que volviese temprano á cenar, pues le

aseguraba que no le pesaría de complacerla. Convino, y volvió de su cacería antes de anochecer. ¡Cuál fué su sorpresa al ver junto á su hermana un gallardo mancebo, y sobre todo, una jóven tan hermosa que le dejó embelesado! Examinaba Clarins este prodigio de la naturaleza, analizaba sus facciones y sus gracias, y creía ver el modelo de las deidades que los mas célebres pintores han presentado á nuestros ojos. Sintió respecto de Belly los mismos efectos que su hermana respecto de Enrique; y por un efecto de extraordinaria simpatía, atendida la diferencia de edad, la hermosa Belly se encontraba en disposición de corresponder tiernamente á los sentimientos de Clarins. No sucedía lo mismo con Enrique, á quien la Herbert debía parecer muy fea, porque lo era, además de vieja, y cuyo mal carácter se descubría á primera vista. Sin duda, á saber las pretensiones de esta loca, hubiera huido de ella como de un mónstruo.

La cena fué muy agradable, y á los postres le presentaron á Clarins el retrato de su hermana hecho por Belly, con lo cual quedó totalmente enamorado. Era la obra tan perfecta, que Clarins no se cansaba de mirarla. Agradeció friamente á su hermana tan inesperada sorpresa; pero luego se es-

tendió en apasionados elogios de Belly, que los recibió con aquella modestia que es inseparable compañera del virginal pudor y del verdadero talento.

Después para acompañar á los jóvenes á los cuartos que se les había preparado, Clarins dió la mano á Belly; y Enrique, por pura cortesía, dió la suya á la Herbert. Mientras nuestros jóvenes disfrutaban el sueño dulcísimo de la inocencia, los dos hermanos velaban agitados por una misma causa. Clarins renovaba en su idea las gracias y atractivos de la amable Belly; y su hermana se resolvía á declarar al otro día su amor al joven poeta, lisonjeándose esta necia de que todavía podía inspirar deseos capaces de fomentar una intriga amorosa.

En consecuencia de esta resolución, á la mañana siguiente hizo llamar al joven. Ya se había ella vestido del modo mas seductor en su concepto, y declaró á Enrique su pasión; pero á pesar de sus artificiosas lágrimas, abrasados suspiros; y en fin, á pesar de todos los resortes de la mas refinada coquetería, con gran sorpresa suya se halló desairada. Enrique se horrorizó de oirla, la habló con altivez y aun con desprecio; pero ella no cedió, y llegó hasta ofrecerle su mano; él la desechó diciéndola que la soledad y las musas eran sus únicos amores.

Lloraba la Herbert, rogaba, suplicaba; y Enrique avergonzado de ver la ignominiosa degradacion de esta muger, juró que nunca volveria á verla. Enfurecióse la Herbert, y le previno que si se trasluciese algo de aquella escena, sabria vengarse de un hombre tan grosero. Enrique se retiró turbado, fué en busca de su prima, á la cual halló en compañía de Clarins, y la volvió á su habitacion de Briste, sin participarla nada de cuanto le habia acaecido, por no disgustarla haciéndola ver el horrible cuadro del vicio. Los dos se entregaron de nuevo á sus solitarias y apacibles ocupaciones.

Entre tanto, la desesperacion y el deseo de venganza se apoderaron del corazon de la Herbert. Ya Enrique no era á sus ojos un jóven virtuoso y encantador, sino un mónstruo. Resolvió perderle, y no pensaba mas que en los medios de realizarlo. En tanto que su cabeza trabajaba para la destruccion de una familia que para ella era ya detestable, su hermano solo pensaba en hacer feliz á la que adoraba. Clarins, tan apasionado como su hermana, pero mas virtuoso y delicado, tenia en sus amores un objeto decente, pues pensaba sériamente en casarse, y no en ser un seductor. Estaba cansado de la desagradable compañía de su hermana, y que-

ría romperla. Era rico, podía hacer venturosa á la que amaba, y se decidió á verificarlo. En consecuencia de ello, sin saberlo su hermana, fué á casa de la hermosa Belly, á la que encontró en compañía de su primo componiendo música. Su presencia alteró un poco á Enrique, y estraordinariamente á Belly. Clarins fundó el motivo de su visita en las leyes de urbanidad; y despues procuró ganar la confianza de los dos primos, los cuales, entregándose desde luego á la estimacion que les inspiraba, sin prever las consecuencias, le hicieron una sencilla confesion de su estado, de su fortuna, y de su ninguna ambicion. Quedó Clarins encantado de su franqueza é ingenuidad; y despues de haber hecho una relacion individual de sus haberes, de sus inclinaciones y costumbres, se declaró pidiendo la mano de Belly. Avergonzóse esta; y su primo, atónito, no sabía qué responder. Enrique quería á su prima mas que á sí mismo, y no hubiera dudado en admitir partido tan ventajoso, á no temer las persecuciones y carácter violento de Madama Herbert. Por esta razon se atrevió á decir á Clarins: Despues de agradecer en nombre de mi prima la preferencia con que os dignais honrarla, debo esponeros mis recelos de que vuestra hermana no se acomode á vivir con una

niña como es mi prima; y esto solo...—Esto solo, respondió vivamente Clarins, queda destruido en dos palabras, reducidas á que casándome con Belly, me separo absolutamente de mi hermana, cuyo carácter altivo se me ha hecho insufrible desde que dejé el comerciò. Confiad, Enrique, en mi esperiencia: conozco perfectamente que vuestra prima ni puede, ni debe vivir al lado de mi hermana.

Enrique pidió ocho dias de término para que su prima reflexionase, y responder á tan lisonjera propuesta; y aunque ocho dias eran ocho siglos para un hombre tan enamorado, Clarins no pudo menos de concedérselos, prometiendo volver el último de ellos á saber su felicidad, ó la sentencia de su muerte.

Pero Enrique no necesitó los ocho dias para conocer las disposiciones de su prima, pues solo un momento fué suficiente para descubrir el estado de su corazon, resuelto á consentir en todo. Apreciaba mucho Enrique á Clarins; veía en este enlace una felicidad inesperada para su prima, y sin embargo se estremecía sin saber por qué. Latía violentamente su corazon y parecía que le aconsejaba no consintiese en semejante union. Sabía que Belly amaba, y quería reprimir este amor, aunque no

podía desaprobar su pasión hacia el único hombre que podía convenirla. No le tranquilizaba la promesa de que su prima viviría separada de Madama Herbert, porque conocía que esta mujer no accedería á separarse: que por la ridícula pasión que había concebido, seguiría constantemente sus pasos, y viéndose despreciada, se inclinaría á la venganza, y procuraría sembrar la discordia en casa de su hermano. ¡Pobre Enrique! tú conocías lo que había de suceder, y no tenías resolución para conjurar la tempestad oponiéndote á los sentimientos de tu querida prima.

Al terminar el plazo de los ocho días, se presentó Clarins, y al instante leyó su felicidad en los ojos de Belly y en el silencio de su primo. Iba por fin á ser feliz, le aseguraban esta esperanza; y ya no se trataba sino de arreglar los puntos de interés, y el señalar día para el casamiento. Yo quisiera, dijo Clarins, que esta unión dichosa se hiciese desde luego con todo sigilo. Mi hermana permanece todavía en mi casa, y no tiene preparada otra para mudarse... Tiene sobre mí una especie de dominio... Si la digo que tengo intención de casarme, se enfurecerá, lloverá, y.... ¿qué se yo? Será mejor que lo sepa cuando ya todo esté concluido, y entonces, como

no habrá remedio, será forzoso que tome su partido. Milady Bronton es amiga mia, la he consultado este punto, y me ha ofrecido su castillo y su oratorio para este efecto: su capellan, si os parece nos casará pasado mañana en presencia de tres ó cuatro amigos, sin que mi hermana llegue á saber nada.

Esta disposicion, que á Belly pareció sencillísima, no fué de la aprobacion de Enrique, el cual manifestó algunas dificultades, que su misma prima desvaneció, diciéndole por fin, que aquella no era mas que una precaucion momentánea, y añadiendo: Madama Herbert me ama y me ha dado mil testimonios de su afecto; el disgusto que puede concebir, y que mirado á fondo solo es efecto de lo mucho que ama á su hermano, será menor cuando sepa que soy yo su cuñada; estoy segura de que me estrechará en sus brazos, y de que lejos de dejarnos, se complacerá en vivir tranquilamente con nosotros.

Enrique miró enternecido á su prima, y aun se le asomaron las lágrimas á los ojos; pero como era bueno, sensible y confiado, no quiso afligirla, y convino en todo. Clarins, lleno de satisfaccion, hizo en secreto todos los preparativos; y el dia señalado para su enlace condujo Enrique á su prima al castillo

de Milady Brnton, que se mostró contentísima de la fortuna de su protegida.

Verificóse la union, y no pensaron luego sino en comer juntos con aquella alegría y amistosa franqueza que siempre escita un matrimonio bien dispuesto; pero cuál seria la sorpresa de Clarins cuando al fin de la comida vió entrar á su hermana! Conoció que Milady Brnton le habia vendido, y la dirigió una terrible mirada; pero ella sin hacer caso, se levantó y corrió á abrazar á la Herbert, diciéndola: Venid, querida amiga, venid á manifestar á mis huéspedes que les he proporcionado una agradable sorpresa. Clarins, vos os recelábais de una hermana tiernísima, y sin motivo alguno, pues ha sabido vuestros proyectos, y solo viene aquí para aprobarlos con la mayor cordialidad.

Sí, hermano mio, exclamó la Herbert, abrazando á Clarins: estoy contentísima de tu felicidad, y sobre todo de que hayas tenido tan acertada eleccion. Ven, graciosa Belly, ven á mis brazos hermana mia, y sabed todos que si he tenido algun resentimiento de vuestra reserva, á fuerza de finezas os manifestaré el agravio que me habeis hecho.

Belly abrazó á la Herbert: Clarins estaba atónito de oir á su hermana; pero Enrique, fijos los ojos en

el suelo, parecía que se recelaba de la sinceridad de esta muger; y todos formaban un cuadro verdaderamente extraño, que se prolongó silenciosamente un breve rato. Al fin Clarins dijo á su hermana: Hoy mismo hubieras sabido mi nuevo estado, aunque temía que me reconvinieses con la promesa que te había hecho de pasar mis dias sin separarme de ti; pero una vez que el amor me ha hecho quebrantarla, está en tu arbitrio tomar el partido que te parezca mejor. Mis papeles están arreglados, y tu fortuna se halla absolutamente independiente de la mia. Está hecha la division de bienes, en la cual reconocerás muchas ventajas: por lo tanto espero que te retirarás adonde quisieres.—¿A dónde me he de retirar, cruel? ¿no sabes que me es imposible separarme de tí? ¿que amo hace mucho tiempo á tu esposa, y que toda mi dicha será vivir en su compañía?—Nada de eso, hermana, nada de eso. Conozco demasiado tu genio, tus arrebatos y tus estravagancias para cometer la necedad de esponer á ellas á Belly. La diferencia de edad entre vosotras es un obstáculo invencible. En fin, quiero ser libre, y que tambien lo sea mi esposa. En este supuesto, toma tu partido, ó tomaré yo el mio.

Clarins, á quien este acto de firmeza le había

sido desconocido hasta entonces, esperaba, lleno de satisfaccion, la respuesta de su hermana. Esta, picada hasta lo sumo, pero queriendo llevar adelante su fingido papel, despues de haberse mordido los labios, continuó así: Es cosa indigna y terrible, Clarins, injuriar de tal manera y en presencia de gentes desconocidas á una hermana que siempre te ha dado continuos testimonios de su afecto, y que por tí se ha sujetado con voto al celibato. Cuando tú eres quien me engaña, y el primero que quebranta nuestro recíproco empeño, ¿tienes valor para decirme cosas tan duras, y pretendes desterrarme de una casa tuya y mia á un mismo tiempo? ¡Ah! ¡cuánto necesito recordar nuestro antiguo afecto para olvidar semejante proceder! Podré hacerlo; pero sea esta la última ocasion en que me obligues á tan grande esfuerzo; no vuelva yo á oir hablar de separacion. Bien concibo que puedes tener corazon para resolverte á vivir lejos de una hermana que ha sido tu íntima y única compañía; conozco que puedes aborrecerla, detestarla, suponerla impertinencias, y aun agravios; pero yo, que no soy injusta ni de alma tan fria, no tengo resolucion para separarme de un hermano á quien amo, y de su esposa, á quien si no es por mí no hubiera él conocido, cuya felicidad actual es obra

mia, y á la cual quiero tratar siempre como á mi mas tierna amiga.

Madama Clarins, víctima de este artificioso discurso, abrazó á la Herbert diciendo: Si, querida hermana, yo soy vuestra amiga, y nos amaremos eternamente.—¿No la oyes, hermano? preguntala si quiere separarse de mí: desde luego me sujeto á su dictámen.—Nunca, nunca: querido esposo, concédeme la gracia de vivir con tan digna hermana, que será mi mas dulce compañera.

Clarins guardó silencio; Enrique, pesaroso de ver la facilidad de su prima, quiso hablar; pero conociéndolo la Herbert, se anticipó diciéndole: Yo creo que no sereis de distinto parecer que vuestra prima: bien conoceis lo mucho que apreció su familia, y estoy segura de que me hareis la justicia de creer que no puedo menos de interesarme en la felicidad de mi hermano y de su esposa. Sonrióse, al decir estas palabras, y Enrique no tuvo valor para oponerse á sus ideas. Clarins se sorprendía viendo los repetidos abrazos de las dos cuñadas. Al fin quedó decidido que viviesen todos juntos, con gran sentimiento de Enrique, que nunca hubiera consentido en semejante enlace, á prever este arreglo. Sin embargo, tomó su partido, porque temía á la Herbert;

y como gustaba de la soledad para entregarse á sus ocupaciones favoritas, volvió solo á Briste, donde se encerró en su gabinete, firmemente resuelto á no ir á Surrey sino muy raras veces. En vano su prima, que echaba de menos su compañía, le instaba para que viniese á establecerse mas cerca, pues no pudo alterar la resolución de Enrique, que todos graduaron de misantropía, menos la Herbert, que sabía muy bien la causa.

No se crea que esta perversa muger mantenía esperanzas de seducirle ó casarse con él, nada de eso; solo pensaba en arruinarle, juntamente con su prima, y aun con su mismo hermano á quien no podía perdonar el matrimonio que había contraído. Con la idea de dirigir desde lejos sus baterías había fingido mucha satisfaccion; y si deseaba permanecer en la casa era solo para ejecutar con mas facilidad sus bárbaros designios. Milady Brnton, que sin causa para querer mal á Belly envidiaba su elevacion, había participado á la Herbert el desposorio dispuesto en su casa, y ambas arreglaron la escena de la falsa ternura que hemos referido. Por algun tiempo trató la Herbert á su hermano y cuñada con la mayor afabilidad, y por este medio se aseguró tanto en la confianza de Clarins, que

ganó enteramente su voluntad. Entonces fué cuando dió principio al drama que habia forjado. ¡Conducta atroz! ¡Horrible venganza, ejecutada en una inocente, y que por desgracia se hallaba próxima al parto!

En el espacio de ocho meses solo tres veces habia ido Enrique á Surrey. Su prima, que le amaba, determinó ir un dia á sorprenderle en Briste, y comunicó esta idea á su cuñada, que la aprobó y se ofreció á acompañarla. En consecuencia salieron una mañana para Briste, previniendo á Clarins que volverian al dia siguiente. Durante su ausencia, se presentó á Clarins un aldeano, diciéndole que tenia que hablarle en secreto; le introdujo en su gabinete, donde le preguntó qué era lo que tenia que comunicarle, y el aldeano le dijo: Perdonadme si procuro hablaros á solas, porque sentiría poneros en la precision de avergonzaros delante de gentes.—¿Yo avergonzarme? el hombre honrado nunca tiene por qué.—Ya, pero.... perdonadme; porque.... la miseria en que me veo.... la ingratitud de una hija que me causa grandes pesares...—Proseguid sin turbaros; enjugad vuestras lágrimas, pues me disgusta que un hombre tenga la debilidad de llorar delante de otro.—¿Y cómo es posible no llorar? ¡ah,

buen señor!... vos mismo bien pronto....—Yo creo, amigo, que el pesar ha alterado vuestro juicio.—No será extraño ¡porque soy tan desdichado!...—Pues contadme vuestros males, que si puedo aliviarlos... —¡Oh! nadie en el mundo sino vos, puede consolarme.—Pues hablad.—Es que tal vez.... os enojaréis.... me echareis.... ¿qué se yo?...—Pero bien: acabad de explicaros.—Yo, señor, aunque pobre labrador, tengo honradez; y en cuanto á esto, no cedo á nadie.—Yo lo creo; adelante.—No tenía sino una hija, la cual era muy hermosa; pero esta me dejó siendo tan jóven que tendria mucho trabajo en reconocerla; bien que no me atrevería á ponerme en su presencia.—¿Y por qué?—¡Ha llegado á ser tan gran señora!...—Por la misma razon debeis presentaros á ella, para que dulcifique vuestra suerte; ¿pero quién es? ¿la conozco yo?—¿Si la conoceis?... es vuestra esposa...—¡Cielos! ¿qué decís? ¿Belly?... —Sí, ese es su nombre.—¿Mi esposa es hija tuya? —Conozco que si en decirlo os ofendo...—No, no: explicate: tú dices....—Digo que soy padre de vuestra esposa, que en edad muy tierna dejó mi pobre casa; y solo hace quince dias que he sabido la gran fortuna que ha hecho.—¡Infeliz!... mira no te engañes.—No me engaño: ha sido educada en la

ciudad en casa de una señora que la ha enseñado la música, la pintura y otras mil cosas; pero no la ha enseñado á respetar á su padre, socorrerle en su miseria, y consolarle en sus cansados dias.—Buen hombre, yo creo que deliras: mi muger era huérfana; y ella y su primo no tenían padres cuando.... —¿Qué primo? yo he sido hijo solo, y por consiguiente Belly no puede tener primo.—¡Cielos!... ¿Cómo?... Enrique, que vivia con ella....—Yo no tengo noticia de tal Enrique.—¡Gran Dios! Quedó Clarins absorto un gran rato; no se atrevía á entregarse al tropel de reflexiones que se agolpaban á su imaginacion; pero al fin persuadido de que el labrador confundia las especies, ó no estaba en su juicio, continuó diciéndole: Hombre, cualquiera que seas, tiembla de engañarme; y sobre todo dame pruebas de lo que afirmas: ¿quién eres? ¿cómo te llamas?—Me llamo Tomás Benk; he nacido y vivido siempre en Forshire, que dista de aquí veinte millas, y en donde habiendo quedado viudo, criaba tranquilamente á mi hija Belly dedicándola á las labores del campo. Pasando por allí un dia una señora, me pidió á mi hija, y se la llevó á Lóndres para educarla.—¿Cómo se llamaba esa señora?—Lady Varing; pero murió hace mucho tiempo, y desde entonces no he sabido

adónde se había retirado mi hija. Solamente pude averiguar que hacía retratos. La escribí muchas cartas, ó por mejor decir, hice que la escribiera nuestro rector, y....—¿No te respondió?—Algunas veces.—¿Tienes algunas cartas tuyas?—Sí señor: ved aquí un paquete: bien conoceréis su letra.

Temblando tomó Clarins el paquete de cartas; desdobló una y leyó:

«Mi querida hija, esta sirve...»

EL LABRADOR.

¡Ah! esa es una carta mia, en que la preguntaba... pero leedla; y luego vereis su respuesta.

CLARINS leyendo.

«Mi querida hija: esta sirve para preguntarte si
 »sigues siempre el camino del honor. Te participo
 »que mis dos últimas vacas han muerto, y me veo
 »arruinado. He sabido que ganas bastante haciendo
 »retratos, y así procura enviarme alguna cosa; bien
 »que son muchas las veces que te he suplicado lo
 »mismo y nunca me has socorrido. Si haces lo mis-
 »mo ahora, la desgracia te perseguirá, como sucede
 »á los hijos ingratos: si me envias algun socorro, le
 »pondrás en poder del rector Sompton en Forshire;
 »y queda tuyo tu padre.—*Tomás Benk.*»

EL LABRADOR.

Leed ahora lo que me respondió.

CLARINS *leyendo y confundido de reconocer la letra de su muger.*

«Mi venerado Párroco: me son muy sensibles las
»desgracias acaecidas al virtuoso Tomás Benk, á
»quien respeto y amo tanto...

EL LABRADOR.

¡No quiere llamarme padre, porque le parecería
vergonzoso!

CLARINS *continuando.*

«Por desgracia nada puedo hacer por él, por-
»que yo misma estoy muy necesitada. Las artes son
»poco lucrativas. Los que nos entregamos á ellas
»recibimos continuas alabanzas; pero la fortuna
»huye de nuestros obradores, y va á enriquecer al
»exactor y atormentador de su pais. En la actuali-
»dad tengo muy poco que hacer. Por lo que toca al
»jóven, ya conoceis su cabeza, y los pocos recursos
»de la profesion que egerce...

EL LABRADOR.

¡Por lo que hace al jóven! nunca ha podido en-
tender lo que esto quiere decir....

CLARINS *suspira y prosigue.*

«Decid pues al buen Tomás que deje de perse-

»guirme; y á la verdad no podría hacer mas si yo le
 »debiera mi educacion y la poca destreza que tengo
 »en mis labores, cuando á vos solo y á la respetable
 »Lady Varing debo cuanto soy. A Dios, hombre
 »virtuoso; y no digais donde vivo al que os hace es-
 »cribir, porque quiero librarme de sus importuni-
 »dades, aunque no ceso de suplicar al cielo que haga
 »feliz á un hombre á quien debo la vida.»

EL LABRADOR.

¡ A quien debo la vida ! no es poca fortuna que se digne confesarlo ; ved, ved las demás cartas.

Clarins, turbado hasta lo sumo, leyó rápidamente dos ó tres dirigidas por Belly al rector de Forshire, en las que se hacía mención de Tomás, pero sin llamarle padre. Esto debía chocar á cualquiera hombre que hubiese sospechado que su esposa tenía enemigos ; pero Clarins consideraba á la suya rodeada solo de amigos, y creía que nadie podía tener intencion de perjudicarla : por esto nada le ocurrió á Clarins en defensa de su muger ; y dejóse caer en un campapé esclamando : ¡ Oh Dios ! ¡ Enrique no es su primo !

El astuto labrador recargó sobre la especie del primo, insistiendo en que era falso semejante parentesco, pues nunca había tenido hermanos. Este

hombre apoyaba todo lo que podía interpretarse siniestramente contra la inocente Belly; mas viendo que Clarins le miraba con ojos espantados, conoció su necedad, y quiso repararla ponderando la mucha virtud de su hija en todo, menos en el agradecimiento. Pero estaba ya clavada la flecha en el corazón del infeliz esposo: sospechaba, ó por mejor decir, creía que Enrique era un amante, con quien Belly había vivido libremente antes de su matrimonio, y con quien era de temer que continuase faltando á sus obligaciones. Al fin dijo al labrador: Quedaos aquí, porque mi muger no está en casa, ni volverá hasta mañana; pero quiero que abrace á su padre delante de mí. Sin embargo, á nadie digais los secretos que me habeis confiado, porque tengo motivos poderosos para ocultarlos. El labrador, algo confuso, respondió: No puedo detenerme porque tengo empezada la siembra; volveré despues y me detendré todo lo que quisiéreis.—Pues ¿á qué habeis venido?—Solo á ver á mi hija y á mi yerno, y volverme al punto.—Deteneos solo un dia.—No puede ser, no puede ser.

Todos los esfuerzos de Sir Clarins para detener al labrador fueron en vano: lo único que alcanzó fué que le dejara todas las cartas de su muger. Se

despidió Tomás cargado de regalos que le hizo Clarins, que creía reparar con sus beneficios la ingratitud de su muger para con su padre.

¡Considérese el estado de este infeliz luego que se ausentó el labrador! La humilde condicion de Belly y el habérsela ocultado, le era menos sensible que su íntimo trato con un jóven encubierto bajo el título de primo. Sintió profundamente el dolor de los celos y del desprecio; pero para asegurarse mas de la inteligencia criminal que ya daba por supuesta, partió inmediatamente al castillo de Milady Bronton, la cual, segun lo había dicho varias veces, conoció á los padres de los dos primos. No halló á esta señora, porque atraída de la fama de unas grandes funciones que se daban en el coliseo de Lóndres, había marchado allá por uno ó dos meses. Desconsolado con este contratiempo, tuvo intencion de mandar á su cochero que tomase el camino de Lóndres para aclarar este misterio; pero no se resolvió á nada, sin consultar antes con su hermana, en quien tenía entera confianza, y que amaba tanto á su esposa. Bien se deja conocer la agitacion con que pasaría la noche, y la impaciencia con que esperaba la vuelta de las dos señoras.

Al fin llegaron: Madama Clarins abrazó á su

marido, y le dijo: Mi primo está bueno, y me ha encargado que te hiciera presente su mucho afecto: no puede venir á verte, porque está acabando una obrita que le han encargado con mucha prisa.

Clarins, al oír la palabra de *primo*, arqueó las cejas, y se desvió de los brazos de su muger, la cual como jóven y muy viva no hizo gran reparo en esto. Sin embargo, no dejó de observar despues cierta frialdad en su esposo; pero lo atribuyó al disgusto de haberse visto ausente de ella veinte y cuatro horas. Fuése Belly á su cuarto á mudarse de ropa, y entre tanto Clarins rogó á su hermana que pasase á su cuarto, pues tenía que hablarla en secreto. Madama Herbert buscó un pretesto para dejar en su habitacion á Belly y pasó á la de su hermano.

Aquí se suspendió la lectura, para continuarla la tarde siguiente.

TARDE XXXIX.

LA TRAICION.

¿Qué diremos del malvado,
 Del ente vil y cobarde,
 Que de amigo haciendo alarde,
 Al amigo confiado
 Vendé en inicuo mercado?
 Desalmado y sin pudor
 Jamás conoció el honor,
 Ni Dios, ni Patria, ni Rey;
 Jamás respetó la ley;
 Ni aun es hombre el que es traidor.

Reunidos la tarde siguiente, Mr. Delacour continuó así su lectura.

CONTINÚA LA HISTORIA DE BELLY.

Compadéceme, hermana, estoy desesperado; dijo Mr. Clarins á Madama Herbert apenas se vieron solos. — Pues ¿qué tienes? ¿qué te ha sucedido? in-

terrogó la falsa arpa aparentando ignorarlo todo.— Mi muger es un mónstruo; me engaña... á mí, á tí, á todo el mundo!—¿Estás en tu juicio?—Sí, demasiado; Enrique no es su primo.—¿De veras?—No es huérfana, no: he visto á su padre, y es un miserable labrador.—¿Cómo?—Ella ha abandonado á su padre por vivir con su amante. No lo dudes, hermana, Enrique es su amante.—Pero de dónde lo has sabido? ¿quién te ha contado novela tan inverosímil?—Dices muy bien: todo esto parece inverosímil, pero es cierto. —¿Enrique?—No es primo suyo.—¿Y su padre?...—Te digo que le he visto.—¿Le has visto?—Sí, y nunca ha tenido mas parientes que á Belly.—¡Cosa bien rara!—Quién te ha dicho á tí que eran parientes? ¿tienes algunas pruebas?—Pruebas no; todo el mundo lo decía....—Porque ellos se lo decían á todo el mundo.—Milady Bronton....—Sí, Milady Bronton lo sabe todo en esta parte; pero no está en su castillo.—¿Pues dónde está?—En Lóndres.—Pues no te aflijas, hermano, que ahora mismo me pondré en camino para Lóndres, porque es mejor que yo me informe, pues tú estás demasadamente agitado. Al punto partiré; pero te aseguro que lo hago solo por complacerte, pues no creo una palabra... —¿Que nada crees?

muy bien; pero yo creo que conoces su letra: mira en estas cartas de qué modo trata á su padre.

La Herbert hizo que leía con ánsia las cartas de Belly; manifestó confusión durante un breve rato, y luego, levantándose rápidamente, dijo: Voy á Lóndres, sí: quiero saber si Milady Brnton, que ha tanto tiempo conoce á estos jóvenes, me ha engañado. ¡Sería cosa insufrible! ¡Comprometer así el honor de una familia! ¡Ah, Milady, Milady! ¡ya lo veremos! pero por Dios, que nada digas á tu muger hasta que yo vuelva: es necesaria toda esta reserva, hasta que lo hayamos averiguado todo.—Te lo prometo; mas espero que á tu vuelta me informarás exactamente de cuanto te diga Milady Brnton, sin que te contenga el amor que tienes á mi esposa.—No hay duda que la amo entrañablemente; pero amo mas á mi hermano.

La perversa Herbert enjugaba las lágrimas de su hermano, le consolaba, y aun lloraba con él para hacer la escena mas tierna; y despues de haber exigido nuevamente la promesa de que nada diría á su esposa hasta su vuelta, partió á Lóndres con intencion de interesar en sus ideas á la envidiosa Milady Brnton, que había jurado odio perpétuo á Belly, solo porque la veía feliz.

¡Pobre Belly! ignoraba cuanto se forjaba contra ella y su esposo. Esta esposa tierna y honesta preguntó por su marido, y la dijeron que un terrible dolor de cabeza le detenía en su cuarto. Voló á él, y no la abrieron la puerta. Se inquietó, preguntó á los criados, mas nadie pudo satisfacerla. Para colmo de su pena, este esposo, que no se dejaba ver, se hacía servir en su cuarto algunos ligeros alimentos, diciendo que no quería ver á nadie, ni aun á su esposa; ¡qué orden tan cruel para la sensible Belly! Esta era la vez primera que la desdeñaba un hombre que hasta entonces la había dado mil finisimas pruebas de afecto. Preguntó por su cuñada, y la dijeron que acababa de partir; pero que no se sabía adónde. La pobre Belly suspiraba, y esperaba que la esplicasen estos misterios que no podía penetrar.

Hacia el anochecer oyó entrar un coche en el patio; corrió á la escalera y se encontró con su cuñada, á quien dijo: ¡Por fin os veo, dulce amiga! ¿podreis explicarme?... — Nada, nada, hija mia: déjame hablar á tu marido. Dicho esto, se dirigió al cuarto de su hermano. Belly quiso seguirla; pero su cuñada la detuvo, y apretándola la mano la dijo con tono compasivo; ya lo sabrás todo... ¡pobre

muchacha! ¡Tienes muy grandes enemigos! Sin decirle mas subió precipitadamente al cuarto de su hermano y se encerró con él, dejando atónita á Belly, que esperaba en su estancia el fin de tan extraordinarios sucesos.

La Herbert, sola con su hermano, se sentó en un camapé, y él no se atrevia á preguntarla; pero al fin la dijo: Vaya ¿qué hay? Su hermana entonces se levantó, dió algunos paseos por la estancia, y volvió á sentarse, sin articular una palabra, hasta que Clarins cansado, la preguntó de nuevo: ¿qué dice Milady Brnton?—No sabe mas que nosotros.—¿Cómo?... me parece que la oí decir que conoció á los padres de Belly y Enrique.—Sí, conoció al padre de Belly, que efectivamente es un labrador de Forshire.—Muy bien... ¿y el de Enrique?—El de Enrique es un hombre, como suele decirse, volandero, que se le presentaron como padre de Enrique; pero despues ha descubierto la verdad: ¡terrible verdad!... no son parientes.—¿Es posible?... ¿pues qué son?—Sosiégate.... ¿qué se ha de hacer?... Siento infinito verme precisada á agravar tus penas, y perjudicar á una muger que yo estimaba.... pero es preciso decirlo todo.—¿Todo? ¿con que hay todavía algo que saber?—Belly y su fingido primo, antes de venir á estable-

cerse en Briste, se vieron precisados á dejar á Londres, porque su trato escandaloso era el objeto de la censura general.—¡Triste de mí!... ¡ciega confianza!...—Después de su matrimonio, Belly...—¿Después de su matrimonio?—Ha recibido muchas veces... á Enrique... en su cuarto...—¡Cielos! ¿y de dónde, ó como has sabido esta particularidad?—De tu jardinero, que varias veces ha visto á Enrique saltar por encima de las tapias del jardín, contiguas á la habitación de tu muger, y que tiene salida á él.—¡Dios santo! ¿y por qué el jardinero no me lo ha avisado?—¡Buena pregunta! porque le habian sobornado; y por eso ya no está aquí. Le he hallado en el camino; y para descargo de su conciencia me lo ha confesado todo; asegurándome que jamás volvería á Surrey.—¡Es posible!...—No hay remedio; ¡te han engañado cruelmente!... si yo hubiera sospechado... ciertamente que la última vez que estuve en casa de Enrique... advertí ciertas libertades... pero como los creía parientes... á las gentes sinceras cualquiera las engaña.—¿Y qué partido he de tomar?—Solo encuentro uno; pero es menester resolución. De nada podría servir una tropelía escandalosa; y así conviene que retires á tu muger hasta el tiempo de su parto á la quinta que has comprado, que

dista dos millas de aquí. Tiene una habitacion segura y cómoda; si te parece, yo misma la llevaré á este sitio: cuidaré de que ni Enrique ni nadie la vea; y luego que pariere te separarás de ella para siempre. —¿Y he de reconocer un hijo?...—Si no es posible averiguar plenamente el delito ¿qué has de hacer? déjate gobernar: sé padre, pero deja de ser esposo. —Pero yo quiero verla, confundirla...—¡Excelente pensamiento! ¡muy propio de una imaginacion acalorada! Ella lo negará todo, llorará, se desmayará; tú te enternecerás, y serás víctima de tu debilidad. —Pero es cosa cruel desterrarla sin decirla...—Pues bien: dila cuanto quieras, haz lo que te diere la gana: la culpa tengo yo de meterme en asuntos que casi nada me importan, y de darte consejos que repugnan á mi corazon, como perjudiciales á una muger á quien yo debía proteger negándote la verdad de todo lo acaecido. ¡Ciertamente que hago un buen papel! ¡por compadecer á mi hermano, pierdo á mi amiga!... pero repito que hagas lo que quieras; mas te digo; y es que la perdones, pues puede ser que se enmiende.—¿Pero quién ha de perdonar agravios semejantes? No: me atengo á tu primer consejo. Vaya lejos de mí á dar el fruto de un enlace desdichado, y luego siga el rumbo que quisiere. Dispon

todo lo necesario, y encárgate de participarla mi resolución.—No, hermano mio; me es muy sensible afligirla.—¿Con que prefieres mi desesperacion y mi deshonor?...—Pobre Belly!.. ¡en efecto, es muy culpable!—¡Y tanto!—Vaya: me resigno á castigar á la esposa, para que se sosiegue el esposo: mañana la llevaré á la quinta de Voor, y me estaré allí todo el tiempo necesario hasta que sea completamente madre. Sabrás diariamente por mí cuanto ocurra porque te participaré hasta las cosas mas indiferentes.—Dila que estoy instruido de todo.—Está bien.—Que la detesto tanto como la amaba.—Sin duda.—Y que no me he determinado á separarme de ella, hasta estar plenamente convencido de su perfidia.—¡Con pruebas incontestables!—Yo renuncio en ti cuantos derechos me competen sobre la muger mas vil del universo.

Despues de tal conferencia, que tanto favorecía las ideas de la Herbert, bajó esta á la habitacion de su cuñada, á la cual halló sumergida en la mas horrible inquietud: apenas la vió Belly, la preguntó: ¿Qué es lo que ocurre, señora?—¡Pobre hermana mia! es preciso que te resuelvas á alejarte de tu marido por algun tiempo.—¡Oh Dios! ¿y por qué?—Porque te han indispuerto con él. Algunos enemigos

secretos que tienes le han asegurado que Enrique no es primo tuyo.—¿Es posible que tan atroz calumnia?...—Los informes que ha hecho tomar en Londres, y particularmente en casa de Milady Branton, no le han asegurado; y quiere tomarse tiempo suficiente para averiguar el misterio de tu nacimiento, como él dice, que tu le has ocultado.—¿Pero qué podía interesarle el saber mas de lo que sabe? Le he dicho que mis padres habían muerto siendo yo muy niña: que el respetable párroco de un lugarejo se encargó de mí y de Enrique, que también era huérfano como yo, hasta que una gran señora, se dignó llevarme consigo á Londres.... Pero muchas veces os he referido ciertas particularidades, que le debéis manifestar.—Todo se lo he dicho; pero ha tratado de fábula mi narración, añadiendo que solo era una invención tuya para engañarme y engañarle.—Yo puedo probar....—No quiere pruebas de cuanto he dicho.—¿Con que tiene derecho para ultrajarme sin oirme?—Ya te oirá cuando el tiempo le haya tranquilizado, porque ahora le falta poco para volverse loco. En fin, es preciso que te resuelvas á pasar algunos dias en el campo: no te es desconocida la quinta de Voor; allí irás, y yo te haré compañía; porque le he dicho que no te abandonaría á tu des-

gracia, y que aunque él fuese injusto, yo nunca sería insensible á la amistad.

Abrazó Belly á su infame enemiga, la cual, añadiendo otras mil palabras artificiosas, logró convencer á la inocente jóven para que cediese á sus consejos y se dispusiese al viaje. Así engañaba esta malvada á dos personas, aparentando la amistad mas sencilla. Al dia siguiente, Belly dijo que queria ver á su esposo; pero la aseguraron que habia salido por todo el dia. Deshecha en lágrimas subió al coche casi desmayada entre los brazos de su cuñada, que afectaba profunda tristeza, y cuyos malignos pensamientos estuvo muy á pique de inutilizar un incidente, porque Clarins en realidad no estaba ausente; y no pudiendo resolverse á separarse de su muger sin verla, se presentó en el momento en que iba á partir el coche. Entonces su muger exclamó: ¡ Cruel esposo! ¡ hombre bárbaro é injusto! ¿por qué me castigas? ¿por qué, á lo menos, no te dignas escucharme?

Clarins se acercó turbado, y la dijo: ¿ Conoceis á Tomás Benk, á quien debeis la vida?—Sí señor, le conozco.—¿ Y á Lady Varing?—Fué mi protectora.—¿ Y reconocéis estas cartas? ¿son vuestras?—Mias son: todas las dirigí al dignísimo párroco

de Forshire. — Basta, señora, quedo enterado; y no me volvereis á ver jamás.

Dicho esto, se retiró Clarins; y la pérfida hermana que, como suele decirse, temblaba de pies á cabeza, mandó al cochero partir al instante. La triste Belly, desesperada con este contratiempo, se quejó á su cuñada por la precipitacion de la marcha, añadiendo: ¡ Ah! él me hubiera explicado... — ¿Qué? ¿lo que él mismo ignora? ¿pues no ves que está como insensato? — ¿Qué habrá querido decir citándome al anciano labrador Benk, á quien diez años ha que no he visto? — Yo no lo sé. — Es verdad que le debo la vida; y aun creo haberos referido, que educada en casa del Rector de Forshire, á quien mi tutor y albacea de mi padre pagaba por mí una cuantiosa pension, una noche se incendió la casa en que yo vivía con una aya, y en un instante hizo el fuego tan rápidos progresos, que sin duda hubiera perecido entre las llamas, á no ser por el valor de un labrador que atravesando la multitud de gentes convocadas á apagar el fuego, rompiendo por las llamas, me sacó en sus brazos y me llevó moribunda á su humildé habitacion, donde recobré mis sentidos. Llamábase este labrador Tomás Benk, á quien viviré eternamente agradecida como

hasta aquí; pero este hombre, poco acomodado, exigía de mí demasiado. No contento con los regalos que el rector, mi tutor, y yo le habíamos hecho, me escribía sin cesar á Lóndres pidiéndome dinero; yo le contestaba que no lo tenía, y le suplicaba dejase de importunarme; y estas son las cartas que acaba de mostrarme mi esposo: ¿qué hay en ellas contra mí? ¿quién se las ha entregado? ¿se habrá convertido en enemigo mio el importuno Benk, porque no le he podido favorecer en cuanto pedía? ¿qué misterios son estos, que no puedo concebir? Mi marido me cita á Benk, al Rector y á Lady, Varing; añadiendo que esto basta; y ¿qué significa este enigma? Decid, hermana, ¿no os ha explicado?...—¿A mí? nada: esta es la vez primera que le he oído pronunciar semejantes nombres. Sin duda que todo esto es una calumnia que te han levantado, asegurando á mi hermano que Enrique no es primo tuyo.—¿Pero por qué no se informa del Rector de Forshire, y del mismo Tomás Benk que nos ha conocido á Enrique y á mí, de muy tierna edad, criarnos en casa del Rector? Por otra parte, la pureza de nuestras costumbres se puede atestiguar con todo Lóndres. No, no: aquí hay algun misterio que no alcanzo; y es preciso ser tan des-

graciada como soy, para tener enemigos tan viles que persiguen á quien nunca ha tenido mas placer que hacer todo el bien posible á cuantos ha conocido.

Hablando así llegaron las dos damas á la quinta de Voor; y al instante Belly se puso á escribir á su esposo una carta, en la que se obligaba á hacerle ver, cuando quisiera, el vínculo de su parentesco con Enrique. Al mismo tiempo escribió á éste; pero temiendo comprometerle con su esposo, y conociendo que de explicarle la verdad podrian resultar fatales consecuencias, únicamente le decía que una indisposicion la precisaba á mudar de aires, y le suplicaba viniese á verla. Quedó la Herbert encargada de la direccion de ambas cartas, y es fácil conocer el abuso que hizo de esta confianza. Entre tanto Enrique, ignorando las desgracias de su prima, disponía un viaje que mucho tiempo antes había premeditado. Quería ver las ciudades de la Gran Bretaña, para instruirse y evitar en algun modo el tedio que le inspiraba la soledad. Tenía un criado, llamado Dric, á quien á fuerza de dinero había ganado la Herbert, á la cual participaba todos los designios de su amo. Ya hacía tres semanas que la pobre Belly habitaba en la quinta de Voor esperan-

do por instantes que viniera su esposo , porque así se lo habia prometido su cuñada , cuando esta supo que Enrique se disponía á viajar ; y como tenía preparados sus infernales proyectos , hizo que llegase á las manos del jóven un billete concebido en estos términos:

Al amable Enrique.

«Tú eres sensible y generoso ; difiere pues por un corto tiempo tu viaje , y espera segundo aviso de la desdichada que padece por tí , y te adora mas que nunca. La precision me obliga á valerme de agena mano para no comprometer tu seguridad.»

Enrique nada entendió del contenido del billete: ¿quién era la desgraciada que padecía por él? á ninguna muger trataba; su corazon no conocía el poder del amor; ¿sí se le habrá inspirado á alguna desconocida que no quiere todavía declararse? No, no, dijo para sí; esta es una burla que alguno quiere hacerme, por satirizar mi insensibilidad, ó tal vez mi inclinacion á las aventuras extraordinarias y romancescas. Así fué que Enrique sin hacer aprecio del billete, lo dejó sobre una mesa, y entrando en su gabinete se puso á trabajar. Drik amaestrado por la Herbert, le recogió y le guardó;

dirigióse en seguida á casa de Clarins diciéndole que iba á llevar una esquila de su amo; la buscó en los bolsillos, fingió no hallarla, pero dijo á Mr. Clarins que su contenido se reducía á solicitar de él una entrevista. Clarins mirándole enfurecido le despidió encargándole dijese á su amo que aunque nada tenía que hacer con él, podía ir cuando quisiera. El criado afectó un grande aturdimiento al oír estas palabras, dejó caer como por descuido el billete arriba citado y se retiró.

Clarins, poco despues de la marcha de Drik reparó en el papel, le recogió y le leyó. Entonces su furor no tuvo límites; dirigióse á Woor, y á no impedirlo su misma hermana, hubiera dado muerte á la desventurada Belly; aun aquella misma no se vió libre de su arrebató, pues la denostó acusándola de poco vigilante; y para que mejor pudiese custodiar su prisionera, la envió por ausiliar un criado que tenía llamado Frenk tan cruel y desalmado como la misma Herbert.

Mientras Clarins estaba en Woor, y antes que Drik hubiese regresado á la quinta de Enrique, este impulsado sin duda por la divina Providencia, que nunca olvida á los inocentes perseguidos, se dirigió á Surrey con intencion de despedirse de Belly

y su esposo. Llegó á la quinta, y en vez de encontrar en ella aquella animacion que solia alegrarla, advirtió un silencio sepulcral que le heló el corazon; penetró hasta el cuarto de su prima sin encontrar á nadie, y hasta aquella habitacion halló desierta. Pasó más adelante, y viendo por fin una doncella de Belly, la preguntó con ánsia, y esta muger que era afectá á su inocente ama, y por las conversaciones que había oido estaba enterada de las infernales tramas de la Herbert, pero que por temor á aquella perversa muger no lo había declarado todo á Sir Clarins, aprovechó la ocasion que se la presentaba para avisar al jóven de la persecucion que su prima padecía, de la cual era él causa inocente, y de la historia del aldeano que impulsado por madama Herbert había sido el motor de todo.

Poco tardó Enrique en persuadirse de que todo ello era efecto de una diabólica venganza de la Herbert por haber él desdeñado sus impúdicos amores. En el primer ímpetu de su despecho quiso dirigirse á Woor, confundir á la Herbert y arrancar de su prision á la inocente y virtuosa Belly; pero como esto lejos de justificarla aumentaría las infundadas sospechas del alucinado esposo, resolvió

dirigirse al buen párroco de Forshire, y con su ayuda hacer conocer la verdad á Mr. Clarins, el que desengañado de este modo llamaría á su esposa y desterraría á su inicua hermana.

Volvió á montar á caballo, y á vuelta de pocas horas estaba ya en casa del eclesiástico, quien á pesar de su ancianidad tomó los documentos auténticos relativos á la familia de Belly y Enrique que obraban en su poder, y con ellos acompañado de Enrique se presentó al siguiente dia en Jersey. El jóven por prudencia no quiso subir á la quinta de Clarins. Entró en ella solo el pastor, hizo le introdujesen á presencia del afligido esposo de Belly y muy en breve manifestó el objeto de su visita, que no era otro que demostrar la traicion de que era víctima su jóven consorte; y en efecto, presentó papeles estendidos en forma legal, por los cuales se comprobaba que Belly era hija del conde de Ercester, y Enrique del caballero Ercester su hermano, muertos en el destierro por causas políticas.

El párroco refirió tambien el caso de Tomás Benk que había salvado del fuego á Belly, por cuya accion estaba continuamente molestándola para que le sacase de cuantos compromisos contraía; y en venganza de no hacerlo, mas por falta de medios que

de voluntad, se había prestado á servir de instrumento de los siniestros planes de madama Herbert, segun declaracion judicial del mismo, pues al regresar á su casa había caido de la caballería y rótose una pierna, de cuyas resultas había fallecido el dia antes de llegar Enrique á Forshire, queriendo antes dejar aquella declaracion para los efectos que pudieran conducir.

Atónito quedó sir Clarins al ver así desvanecida la acusacion de Belly y plenamente justificado que Enrique era su primo; pero los celos no estaban aun completamente disipados. ¿Qué interés tenía su hermana en engañarle de aquel modo?.... ¿Y las visitas nocturnas del primo de Belly?... ¿y la desaparicion del jardinero?... Preguntas eran estas á que el cura de Forshire no podía satisfacer; pero viendo que Clarins se hallaba mas deseoso de reconciliacion que de venganza, no dudo en mandar buscar á Enrique, quien llegó un momento despues trayendo asido al jardinero, que había estado escondido segun le manifestó la fiel doncella de Belly, y había recibido, como confesó él mismo, una suma crecida por permanecer oculto, aunque no le manifestó el objeto que se proponía. Ya entonces no le quedó á Clarins ninguna duda

de la inocencia de su esposa: fácilmente conoció que todo había sido una diabólica trama de su hermana, y pudo esplicarse á sí mismo la mudanza de carácter de aquella pérfida. Debía pues marchar inmediatamente á arrojarle en los brazos de la una y pedirle mil perdones, y arrojar á la otra para siempre de su presencia por no sujetarla al fallo de los tribunales.

Ya estaba dispuesto el carruaje para partir todos á Woor, cuando llegó un mensajero con una carta de madama Herbert, que decía:

«Querido hermano: el crimen se ha consumado:
»Belly ha dado á luz una niña fruto del mas horrible
»adulterio... Poco despues Drik, el ayuda de cá-
»mara de Enrique, acompañado de otros cuatro se
»han apoderado de la niña diciendo la llevaban á
»su amo, á quien pertenecía; no puedo escribir
»mas.»

La lectura de este billete hizo llegar á su colmo el enojo de Clarins contra su hermana. Enrique no pudiendo contenerse en su furor y por algunas sospechas que ya tenía contra su criado, quería partir inmediatamente á castigarle como merecía. Por fortuna el anciano eclesiástico calmó los ánimos, y no quiso abandonar á Clarins ni á Enrique, hasta

que se hubiesen reunido con Belly y conducídose con aquella prudencia necesaria para que la salud de esta no peligrase.

Entre tanto la Herbert, cuyo plan era irritar el ánimo de Clarins para que en un momento de furor buscase á Enrique y le diese muerte, habia dispuesto con Drik de modo que al pasar con su amo en el carruage, encontrasen espuesta en el camino la tierna criatura recién nacida, con un papel al lado recomendándosela al mismo Enrique, á fin de que este la recogiese, y encontrándole con ella sir Clarins no pudiese menos de dar rienda suelta á su favor: de este modo vería la perversa muger terminados sus proyectos de venganza. Pero cuando ya se veía próxima á recoger el sangriento fruto de diez meses de infernales cavilaciones, se presenta desalentado en Woor uno de los emisarios que tenía en Surrey encargados de darla noticia de cuanto ocurriese, y la dice que el cura de Forshire y Enrique estaban conversando con su hermano, y que habian hallado al jardinero y sacádole de su escondite. Entonces madama Herbert se creyó perdida; recogió el dinero, alhajas y efectos que poseía, cuyo valor escedía de treinta mil duros, y tomando en sus brazos á la recién nacida, se puso

en fuga por caminos desusados y en breves dias logró salvarse en Francia. Frank, su mas íntimo confidente se fugó por otro lado , pero Drik y sus cómplices fueron castigados por los tribunales.

Cuando Clarins, Enrique y el párroco llegaron á Woor , encontraron á Belly en un estado deplorable, pues madama Herbert había tenido la crueldad de decirle que la habian robado su hija , y se hallaba acometida de un síncope , del que fué difícil hacerla volver , y solo por los cuidados mas asiduos y la asistencia de los médicos mas célebres de Lóndres, se logró restituirla la salud: ambos esposos vivieron en adelante con toda la felicidad de que los permitía disfrutar la ausencia de su hija, de cuyo paradero ni del de madama Herbert, por mas diligencias que practicaron, no pudieron tener noticia en muchos años.

Puesta en salvo la perseguidora de esta honrada familia, adquirió algunas propiedades en Francia, bastantes para sostenerse sin opulencia. Dedicóse á la educacion de la niña á quien dió el nombre de su madre , y contenta con tener una inocente á quien mortificar, vivió así por espacio de quince años. Un dia que la jóven Belly estaba sola, se presentó en su casa un anciano, el cual la refirió toda

su historia y por ella supo Belly que no era hija de madama Herbert como creía, las crueles persecuciones que había hecho sufrir á su madre, y la actual residencia de sus padres. Cuando la vieja regresó aun conversaba Belly con el anciano Frank, su antiguo cómplice, que errante por el mundo había llegado á aquella poblacion, y quiso dar este desahogo á su conciencia.

Desde entonces juzgó la Herbert que conocida por su sobrina toda la funesta historia y sabiendo quiénes eran sus padres, el dia menos pensado la sería arrebatada esta victima; y para evitarlo buscó un asilo en la ermita de San Leonardo, donde ocurrió lo que saben ya nuestros lectores. Solo resta decir que el jóven Delacour escribió á los padres de Belly, que estos se apresuraron á pasar á Francia donde tuvieron el gusto de abrazar á su hija y bendecir su desposorio, y que vivieron muchos años felices teniendo por fruto de este enlace á la hermosa Enriqueta y sus hermanos.

Posteriormente, prosiguió Delacour, despues de haber fallecido mi querida Belly, el negociante en quien yo habia depositado todos mis fondos, hizo una quiebra fraudulenta, y se fugó llevándose todo lo que me pertenecía, dejándome solo con los vestidos que

tenía puestos. ¿Qué había de hacer hallándome muy anciano, enfermo, arruinado y con cinco hijos de corta edad? Bertier, con quien contraí amistad desde que me establecí en París, tuvo la humanidad de recogerme en su casa, donde volví á enfermar. Durante el curso de esta última enfermedad, examinando mis papeles halló mi amigo los que me relacionaban con vos, virtuoso Palemon; y en consecuencia, sin saber yo nada, cometió la indiscrecion de partiparos mi situacion. Al momento vinisteis á socorrerme; y ahora feliz y sosegado en el asilo que me habeis concedido, recuerdo mis pasadas degracias como el marinero se acuerda de una tempestad deshecha de que ha tenido la fortuna de salvarse. No tengo, dulce amigo, otro deseo que el de ver felices á mis hijos, y particularmente á mi Enriqueta, porque los demas al fin son varones y podrán proporcionarse su fortuna si siguen el camino de la virtud. Sí, Enriqueta mia: tú que con tu amor filial has sabido dulcificar mis males desde la muerte de tu madre, eres el principal objeto de mis cuidados. Recibe mi bendicion, y la felicidad señale en adelante todos los instantes de tu vida. Despues de tu padre, ne te queda en el mundo sino este amigo generoso, y estos compasivos muchachos que heredan

las virtudes del autor de sus dias. Procura ganar y conservar su amistad por todos los medios que una eterna gratitud debe inspirarte. La justa correspondencia que se debe dar á los beneficios es lo que los hace legítimos, pues faltando el agradecimiento no existirían en el mundo la tierna amistad y la dulce beneficencia.

Así acabó su historia Mr. Delacour; los muchachos le dieron mil gracias por lo mucho que los habia entretenido; le hicieron mil promesas de amar siempre á Enriqueta como si fuera hermana suya, y toda la familia se retiró del terrado.

TARDE XL.

LOS ESPADACHINES.

Ceñir espada es honroso
 Y por la patria blandirla ;
 Pero es mejor no ceñirla
 Si no es con fin decoroso.
 Quimerista quisquilloso,
 Espadachin insensato
 Que á cada necio arrebató
 A cualquiera osas retar ;
 Mira no llegues á dar
 Con la horma de tu zapato.

LA lectura del manuscrito causó una profunda impresion en los ánimos de los jóvenes, que acostumbrados hasta entonces á oír hablar de modelos de virtud y probidad, veian un mónstruo execrable en la persona de madama Herbert. ¡ Qué muger tan perversa ! exclamó Adela ; aunque desde la primera escena de la ermita de San Leonardo se presenta de

carácter altivo y dominante, no era creíble un conjunto de tan bárbaras atrocidades.—Bien se podría hacer de ellas un drama, dijo Leon.—Y qué hombre de sano juicio, replicó Julio, se ocuparía de una obra tan inútil y perniciosa? La atrocidad del cuadro haría que ningun espectador viese en él su retrato, y serviría quizá para que algunos perversos estudiasen los medios de llevar á cabo sus deseos criminales; porque para esas almas obcecadas en la maldad, de nada les sirve el ver de qué modo la Providencia vela por los inocentes y castiga al que delinque. Sirvanos á nosotros de saludable ejemplo para huir de entes tan abominables, y no tratemos de presentar en el teatro tan horrorosos espectáculos.

Era en el momento de distraccion despues de la comida, cuando pasaba esta escena en casa de Palmon; solo estaban presentes á ella Adela, Julio, Leon y Enriqueta, pues los ancianos descansaban y Armando había salido de la quinta á no sé qué encargo de su padre. Poco despues volvió acompañado de un caballero ya de cerca de sesenta años, robusto y al parecer extranjero, pero de mal color, como asustado; y su modo de andar trabajoso, y apoyado en el brazo de Armando indicaba que sufría los efectos de algun inesperado accidente: en efecto, el

jóven le hizo entrar en la casa, y mandó se le suministrasen algunos socorros. Dispuso que los criados saliesen á recoger su cabalgadura y la encerrasen en el establo, y fué á dar cuenta á Palemon de cómo al tiempo de regresar de su mandado, había visto que espantada la caballeria que montaba el forastero, le había arrojado al suelo; que había él acudido al instante á socorrerle, y aunque se enteró de que no había sufrido mas que algunas contusiones, no obstante le había rogado pasase á la granja, donde podría descansar y reponerse lo restante del dia.

Palemon aplaudió la benéfica accion de su hijo, pues la hospitalidad es una de las virtudes mas recomendables que pueden ejercerse, y nunca es perdido el bien que el hombre hace á sus semejantes. Pasó el virtuoso anciano á ver á su huésped, á quien suministró cuantos auxilios exigía su estado, y á fuerza de instancias logró que consintiese en admitir su hospedage al menos por aquella noche. Esta ocurrencia proporcionó á nuestros jóvenes la presencia de un nuevo contertulio, al cual dió cuenta Palemon del objeto instructivo de aquellas reuniones vespertinas, y le rogó que si su historia contenia tal vez algunos útiles ejemplos de enseñanza, tuviese la bondad de referírsela. Las vicisitudes de mi vida,

contestó el caballero, bien poco ofrecen de notable; os las referiré no obstante, aunque pasando en silencio, si no creéis que en ello falto á la confianza que me inspirais, el nombre de mi familia y el del pueblecito en que fui educado: oidme pues.

HISTORIA DEL CABALLERO ***.

Nací en Lóndres, de una familia de la primera nobleza, pero á quien los acontecimientos políticos obligaron á espatriarse y morir pobres en lejanas tierras. Inclinado desde mi infancia al cultivo de las letras, llegué á formarme una posicion ventajosa, sin sufrir mas contratiempos en mi juventud que la cruel persecucion que contra mi dirigió una vieja ridícula, la cual se empeñó en que la amase, y por sus tramas estuve á pique de ser víctima juntamente con una prima de mas edad que yo, á quien amaba por habernos criado juntos desde la infancia, y solo pudimos librarnos por un especial favor de la divina Providencia. (Al oír esto Mr. Delacour y Enriqueta se miraron como por una especie de presentimiento.)

Habiendo recuperado algunos bienes patrimoniales de consideracion, y puesto ya en estado de

soportar las cargas del matrimonio, le contraje con una hermosa jóven á quien amaba hacia tiempo; solo tenía entonces veinte años; durante otros diez, disfruté de la mayor felicidad con mi querida esposa, con solo el sentimiento de no tener familia; á los veintiocho años habia abandonado la literatura, y dedicádome al comercio, lo que me proporcionó la satisfaccion de ver aumentado mi capital hasta mas de 100,000 libras esterlinas (cerca de diez millones de reales). Una enfermedad aguda me arrebató en breves dias á mi Amelia, y quedé tan desconsolado, que ni el comercio, ni la poesía á cuyo recuerdo acudí en mi dolor, fueron bastantes á librarme del tedio que de mí se habia apoderado. De este modo transcurrieron cerca de cuatro años. Pasaba un dia por James Square, y distraido miré á la tienda de un mercader y ví en ella una hermosa jóven de las mismas facciones, la misma sonrisa, el mismo talle, la misma estatura que Amelia; pero tenía 16 años menos. Prendado de aquella semejanza, no pude menos de acercarme al mostrador, hice algunas compras y observé que hasta en la modulacion de la voz, se asemejaba á mi difunta esposa.

Durante seis meses pude dominar aunque no vencer, la pasion que por aquella jóven concebí;

pero no pude permanecer mas tiempo en situacion tan angustiosa. Fuí de nuevo á la tienda mas no estaba allí la jóven; mientras que el hermano me presentaba los géneros que le pedí, le pregunté si su hermana se habia casado.—No señor, me respondió, pero se casará muy pronto, porque tiene cuatro ó cinco pretendientes y mañana habrá de elegir al que mas le agrade.—¡Cielos! ¡mañana!... El jóven quedó admirado al oír esta exclamacion, y yo continué: Pues amigo mio, el único partido digno de su hermana de V. soy yo. Tambien estoy dedicado al comercio; mi capital pasa de cien mil libras esterlinas, y el acierto en las operaciones le acrecienta de dia en dia; mi edad además me pone á cubierto de las locuras de la primera juventud. ¿Dónde está vuestro padre? Deseo hablarle.

El hermano de Jenny quedó estupefacto al oír tan repetina é inesperada resolucion; entró un instante despues el padre, y en tono medio irónico le dijo: Padre mio, aquí está este caballero que quiere hoy mismo casarse con mi hermana.

Desprecié sus burlonas palabras, el padre le mandó callar, y yo repetí al anciano mi proposicion, el estado de mi fortuna y asuntos de que se enteró muy despacio, porque era hombre naturalmente cal-

moso; por fin me contestó: — Ante todo tendreis entendido que nada puedo dar á mi hija, que mi comercio no es de los mas felices, y lo que tengo lo necesito para mi hijo y para mí.—Ni pido ni deseo otra cosa que la mano y el corazon de vuestra hija.—Pues entonces no es dificil que nos entendamos.

Llamó á su hija, la cual manifestó que se hallaba enteramente libre y que la era indiferente cualquier partido que se la propusiera.—Pues entonces de aquí á dos dias te casarás con este caballero; un dia basta para informarme, y si lo que dice es cierto, es el mejor partido que puedes desear. Entre tanto, dí á Margarita que ponga un cubierto mas en la mesa; y vos caballero nos hareis el honor de acompañarnos á comer.

Durante la comida pude observar que la impresion que habia causado en la jóven no me era desfavorable; su hermano, al contrario, se deshacia en alusiones sarcásticas que el padre con sus severas miradas no podia contener, pero que yo, que conocia su valor, sabia despreciar. Terminada la comida dí las señas de mi casa y establecimiento, y me retiré.

Pasé la noche bastante agitado; y apenas des-

perté por la mañana veo entrar en mi cuarto un jóven con sombrero calado y espada debajo del brazo invitándome con espresiones altivas á que saliese con él á batirme.—¿Y por qué? le dije, que causa....—Eso allá lo sabreis.—No os conozco...—Ni hace falta.—Aun estábamos en esta porfia cuando recibo un billete citándome para de allí á media hora en Hide-Park.... Poco despues se presenta otro espadachin, y un momento mas tarde llega otro nuevo, todos porfiando por batirse conmigo, aunque ninguno decia el por qué.... Les dije, que pues era yo el desafiado, tocábame á mí elegir hora y lugar; pero ellos erre que erre en que había de ser al momento.

En esta porfia estábamos cuando llegó el padre de Jenny y les dirigió una mirada entre serena y despreciativa que les hizo retirar al punto.

El anciano me dijo que estos y el autor del billete, eran los amantes de su hija, pero que no me diese cuidado, toda vez que yo era el preferido; no me sirvió de placer esta noticia, y conociendo que la intencion de los trastuelos era asustarme y burlarse de mí, me propuse escarmentar al primero que se me presentase. No tuve que esperar la ocasion por mucho tiempo, pues retirándome de casa de mi novia

aquella misma noche, encontré al primero que se había presentado en mi cuarto, le llevé á pesar suyo á una calle escusada, y á los primeros encuentros cayó en tierra desarmado: la herida que recibió fué en el brazo derecho, y si no mortal, al menos bastó para imposibilitarle de empuñar la espada en toda su vida, para infundir un poco mas de juicio en los cerebros de sus compañeros, y para hacer mas circunspecto al hermano de Jenny, que desde entonces se abstuvo de usar alusiones picantes.

Por fin casé con Jenny, la cual se asemejó á Amelia en virtudes y cariño tanto como en hermosura y gentileza: vivimos cerca de veinte años en la mayor felicidad, sin mas contratiempo que el de desgraciarse cuantos hijos tuvimos; hasta que hace cuatro meses fué Jenny acometida de una violenta pulmonía que en pocos dias la llevó al sepulcro. Viéndome yo solo, en edad avanzada y sin parientes, he reducido mis bienes á metálico, dejado el comercio y despedido mis criados, y me dirijo á París donde mi prima Belly tuvo una hija casada con un comerciante, para pasar en compañía de sus nietos mis últimos dias, y despues hacerlos herederos de mis bienes.

¿Luego sois Enrique Ercester? interrumpió Dela-

cour.—Seguramente. Y vos caballero ¿quién sois que así me conocéis?—Delacour, el esposo de Belly Clarins, hija de vuestra prima.—¡Dios sea bendito! exclamó el inglés tendiendo á Delacour los brazos, y en qué buena hora permitió que mi caballo me arrojasen al suelo! Enriqueta se acercó respetuosa á besar la mano á su pariente, y Palemon y sus hijos le rogaron no variase los planes de Mr. Delacour; el inglés prometió no solamente no variarlos, sino comprar alguna hacienda en las inmediaciones luego que realizara las letras que traía sobre París, y traer á su compañía á los demás hijos de Delacour, para de este modo vivir todos en una misma comarca. Los muchachos dieron las gracias á Sir Enrique y á Mr. Delacour, y Armando vió en esta promesa el premio de su buena obra.

TARDE XLI.

EL RIGOR.

Si la templada indulgencia
 Moralmente es saludable,
 No es nada recomendable
 La necia condescendencia;
 La apática indiferencia
 En el castigo es error,
 Que á veces grave dolor
 Suele á los padres costar;
 Preferible es castigar
 Con mesurado rigor.

EL siguiente dia era festivo, y Palemon dijo á sus hijos que irían á comer bajo los sauces en la llanura de los tres molinos, y para mejor disfrutar del dia partirían temprano. Esta noticia causó la mas viva alegría en los jóvenes. Adela y Enriqueta, que ya se complacian en agradar y querian ostentar un poquito de coquetería, se retiraron á su cuarto á adornarse,

lo que las valió algunos cumplidos de Julio y Armando por su buen gusto. Leon entre tanto se divertía en componer una égloga ó cosa parecida, y el padre lo observaba todo con el mayor placer. Tampoco Marcela había estado demás: reunió las provisiones que ya de antemano tenía preparadas y las colocó en las aguaderas que un manso asnillo tenía sobre sus lomos. Dispuesto todo, se pusieron en marcha: en cuanto al orden de esta ya se sabe: Marcela montada en el pollino iba delante; seguíanla Adela y Enriqueta, despues Julio y Armando, aunque no sabemos por qué razones, si de inclinacion ó conveniencia, estas parejas se cambiaron muy en breve y no volvieron á descambiarse en el resto de la jornada. Leon caminaba á veces solo, á veces reuniéndose á cualquiera de las dos parejas, ó bien á Marcela ó á los tres ancianos cuando le ocurría hablar de cosas serias. De este modo al cabo de tres cuartos de hora de marcha llegaron al bosque de los seis caminos, y muy luego á la hermosa pradera término de su viaje, que regada por un manso arroyuelo ostentaba una rica alfombra de verdura.

Los ancianos se sentaron á la sombra de los sauces, Marcela colocó las provisiones allí cerca, y dejó al asnillo en libertad de pacer la fresca yer-

ba: los jóvenes corrian de un lado á otro inventando mil juegos bulliciosos propios de aquella tierna y candorosa edad. Tampoco se quedaron en olvido los juegos de prendas, en que no poco se divertieron todos, procediéndose despues al castigo de los que se habian equivocado, en lo cual tanto ancianos como jóvenes lucieron su talento. La última prenda era de Enriqueta y la sentenciaron á que cantase; dijo que no sabía ninguna composicion nueva.—Pues por eso no quedareis libre, replicó Leon; tomad estos versos y cantadlos sobre cualesquiera tono. Enriqueta los tomó y cantó con una gracia que embelesó á todos los oyentes: la letra decia así:

¡Cuán dulce y agradable,
 cuán grato y placentero
 es disfrutar del campo
 los sencillos y amenos
 Goces que el alma halagan
 robusteciendo el cuerpo!
 Ya que bajando al valle,
 la pradera corriendo,
 Sobre la blanda alfombra
 te reclines contento,

ó busques la violeta
que del manso arroyuelo

En la florida márgen
crece junto al romero,
y el aire blando aspíres
de sus aromas lleno ;

O bien la chirivita,
que entapizando el suelo,
contrasta su blancura
con el carmin que esbelto

De la amapola el tallo
ostenta en el extremo,
y forman un conjunto
de sorprendente efecto.

Ya que de la colina
en el suave repecho,
escojas del tomillo,
de la sálvia ó espliego,

Las flores y las hojas
que embalsaman el viento;
que en dones siempre rico
es de la tierra el seno.

De continuo derrama
sus riquezas sin cuento,
sobre el hombre que sabe

apreciar circunspecto,

Los inmensos tesoros
que el Hacedor supremo,
hace brotar potente
aun del estéril cieno.

Si al monte te encaminas,
mil álamos ó abetos,
verdes encinas, robles,
te brindan halagueños

Con su apacible sombra;
y te escitan al sueño
mil aves que en sonoros
y armoniosos festejos,

Cantando sus amores,
llamado al dulce objeto,
ó espresando furiosos
sus turbulentos celos,

Al amor nos invitan;
y pues es tiempo, amemos,
que sin amor no hay vida,
delicias, ni contento.

Cuán dulce y agradable,
cuán grato y placentero
es disfrutar del campo
los goces tan amenos.

Los versos de Leon fueron como era consiguiente aplaudidos, quizá mas de lo que merecian, pues en materia de aplausos entra en mucho la parcialidad y la cortesía, y el deseo de estimular á los jóvenes hace tambien disimular sus defectos.

Así pasaron la mañana; llegóse la hora de comer, estendieron los manteles sobre la yerba y muy en breve se vieron cubiertos de ricas fiambres, pasteles, quesos y frutas: jóvenes y ancianos se sentaron en torno del banquete con el mayor contento; mas para qué no haya alegría completa, un sombrío recuerdo vino á arrugar las frentes de los hijos de Palemon. Benito su hermano, en vez de disfrutar de sus placeres, espiaba lejos de ellos sus faltas.

Y ya que recordamos á Benito, bueno será dirijirnos un momento al molino de Roland y ver en qué se ocupa. Dejemos á sus bulliciosos hermanos repartirse los trozos de asado y de jamon, y consagrar un suspiro á su memoria.

EL MOLINERO TERRIBLE.

Benito nada había hecho el primer dia de su llegada á la habitacion de Mr. Roland, el cual le dis-

pensó el trabajo, atendiendo á su tristeza; pero á la mañana siguiente se le presentó con severo rostro, y le impuso el método de trabajo que había de observar todas las horas del día. Estremecióse Benito: suplicó llorando á aquel hombre que á lo menos le permitiese algunas horas de recreo; pero Roland le volvió la espalda, diciendo: Esta no es la casa de vuestro padre; y si no me obedecis, sabré castigaros muy bien. Conoció Benito que estaba en poder de un extraño, y suspiró, pero su carácter áspero y duro, no cediendo á nada, le hizo cometer tantas faltas al cabo de algunos días, que Roland le prometió un severo castigo, añadiéndole: Todavía no me conoceis; aun no sabeis cómo corrijo las malas cabezas; disponeos para seguirme mañana, y os llevaré á un sitio en que se han mejorado otros jóvenes tan malos como vos.

¿Cuál sería el parage de que hablaba Roland? Benito, que á la verdad nunca había tenido licencia para salir de la sala que ocupaba, nada conocía de la estension del molino. Bien veía desde sus ventanas un edificio separado, y sabía que era perteneciente á Mr. Roland; pero al mismo tiempo le constaba que este iba á dicho edificio solo con su criado, que era un hombron de terrible gesto, y nunca decía ni una

palabra á Benito, el cual para aumento de su terror oía que de aquel sitio salian gritos lastimeros y confusos, pero ignoraba la causa. Sin duda era este el sitio de que le habia hablado Mr. Roland. Pasó una noche cruel; y á la mañana siguiente su severísimo maestro, cogiéndole de la mano, le sacó de la sala, mandándole que le siguiera. Obedeció Benito temblando, y salió al campo por primera vez. Aumentósele el miedo viendo que su conductor dirigía los pasos hácia el fatal edificio que él miraba con odio, tal vez por efecto de algun oculto presentimiento. Abrió Roland una puerta, y la volvió á cerrar con mucho cuidado. Al instante llegaron á los atentos oídos del tímido Benito los gritos confusos de una tropa de muchachos. Veíase otra puerta, sobre la cual habia esta inscripcion: *Sala de ayuno para los muchachos rebeldes.*

Aquí es, dijo Mr. Roland, donde yo encierro á los discípulos replicones y desobedientes, y los tengo muchos dias ayunando á pan y agua. Dicho esto, abrió la puerta, y en una estancia, sin el mas leve adorno, vió Benito tres ó cuatro muchachos, vestidos de un paño tosco, flacos y macilentos, disputándose un pan sumamente negro y un cántaro de agua, que estaban sobre una piedra en medio de

ellos; pero la aparición de Roland les hizo retirar huyendo á un rincón. Otra puerta interior llamó mas particularmente la atención de Benito, porque encima de ella decía: *Sala de penitencia para los muchachos ociosos y glotones.*

Abrióse esta puerta, y quedó Benito atónito al ver unos muchachos casi desnudos, obligados á trasportar y echar en una especie de pozo unas piedras enormes, que casi no podían sostener sobre sus hombros. Estos, dijo Roland, cargan ciento y cincuenta ó doscientas de estas piedras, segun la gravedad de su delito, y las echan en esta hondura, de la cual las vuelven á sacar. Si no cumplen, nada me importa; ahora vereis la nueva y mas penosa ocupación á que los aplico: leed lo que dice sobre esa puerta que conduce á un sitio mas temible: *Sala de corrección para los envidiosos, orgullosos y duros de condicion.*

El aspecto de esta sala acabó de abatir el ánimo del pobre Benito: veíanse en ella varios muchachos atados de pies y manos con grillos y esposas, y las espaldas desnudas, sobre las cuales de hora en hora el criado del molino les sacudia tres, cuatro ó mas latigazos, segun la gravedad de sus crímenes. Estos, dijo Roland, por lo general no están aquí mas que

uno ó dos dias. Sin embargo, ved uno que permanece ya hace cinco, y temo que irá muy larga su prision, porque tiene un carácter obstinadísimo; siempre quiere tener razon, y atormenta á su anciano padre y á su hermano menor; pero creo que estará ya muy otro cuando vuelva á su casa. Entonces Benito preguntó temblando: ¿Hay mas salas? —No por cierto: bien es verdad que tengo un subterráneo donde confundo y entrego á continuados tormentos á los que se inclinan al juego, al robo y al otros vicios vergonzosos; pero es inútil que los veais porque el género de su castigo os causaría horror, sin seros útil, pues á Dios gracias no teneis los defectos monstruosos que ellos espían. Por ahora me contentaré con dejaros en la primera sala, donde están los muchachos indóciles. No hay remedio; es preciso conformarse y sufrir como los demás. Benito se postró llorando á los pies de Roland; pero no pudo enternecer á este hombre feroz é inexorable, el cual exclamó: ¡Hé aquí como son todos! no pueden contenerse en casa de sus padres, donde los miman y regalan, y cuando están en mi poder, suplican y exigen que se les perdone; pero nada de eso, los muchachos á quienes sus padres se ven precisados á separar de su compañía, es preciso que me

obedezcan, ó que sean severamente castigados.

Prometió Benito que sería dócil y aplicado: pero no fué oído. Todas las puertas se cerraron, y quedó en la primera sala entregado al mozo del molino, que á pesar de su resistencia le desnudó, y le puso el fatal y tosco buriel. Hecha esta diligencia, desapareció su verdugo, y no vió mas que á los tristes compañeros de su infortunio. Clamaba, lloraba é imploraba en su auxilio á su padre y sus hermanos que no podían oírle. Los otros muchachos procuraban consolarle, y le ofrecían su ración de pan negro; pero Benito lo rehusaba todo, y decía que antes se dejaría morir de hambre. Continuaba en sus voces y gemidos; pero los otros le aconsejaron que callase, si no quería que volviese el mozo del molino, el cual, si los oía gritar ó jugar, entraba y los sacudía con el terrible látigo que siempre llevaba en la mano.—
¿Pero estos hombres, son verdugos?—Por lo menos nos tratan como si lo fueran; ¡ah! ¡por qué hemos incurrido en la indignación de nuestros padres! ¡estábamos tan bien á su lado! si nos fuera posible volver á nuestras casas, ¡qué distintos seríamos!—
¿Pues qué no os podeis escapar de aquí?—¿Escapar? ¡sí por cierto! mira, mira esas ventanas tan altas y atravesadas de rejas, y lo grueso de las puer-

tas: ¿que tal? ¿quién se ha de poder escapar de aquí? En efecto, vió Benito que era imposible huir de aquella estrecha prision, y renovó sus lamentables voces: pero ¡oh Dios! las puertas se abrieron, y se presentó el temible criado con un enorme látigo, que en su mano parecía la maza de Hércules. ¿Quién grita? preguntó con voz tremenda, y todos callaron. Retiróse aquel hombre despues de echar á los muchachos una mirada feroz; y Benito convino con los otros en que toda queja era imprudencia; redujo pues, todo su conato á registrar la sala, y examinar si podría escaparse. Benito era ingenioso, astuto y emprendedor. Advirtió que en otro tiempo hubo en aquella estancia una chimenea, cuyo hueco en la parte superior estaba cubierto con yeso; por aquí proyectó Benito escapar; ¿pero cómo lo había de efectuar si no tenía escaleras, bancos ni cosa alguna que ayudase á su intento? Sin embargo discurrió un arbitrio que aprobaron al instante sus infelices camaradas. Eran seis: tres se arrimarían y encorvarían junto á la pared; dos subirían sobre las espaldas de estos, y Benito se elevaría y apoyaría en los hombros de estos últimos, y con el auxilio de una piedra llegaría á hacer un agujero en lo menos fuerte de la pared que cercaba el hueco de la chimenea.

Así lo verificaron; y con el temor de que el ruido de la piedra atrajese al bárbaro azotador, trabajó Benito tanto con sus manos, que al fin hizo una abertura suficiente para poder entrar por ella.

Pero luego se originó una disputa que no habían previsto: ¿quién se había de escapar primero, y quiénes habían de seguirle? Y los dos últimos, ¿cómo se habían de manejar faltándoles el auxilio de las espaldas de sus compañeros? Esta reyerta estuvo á pique de destruir su proyecto, y por poco anduvieron á bofetadas; pero consideraron que de quedarse eran perdidos, porque se había de ver el agujero, y por consiguiente presumir cuál había sido su intencion; y sin remedio los meterían en el horroroso subterráneo. Benito, pues, para no perder enteramente el fruto de su tentativa, propuso un medio de composicion, diciendo: A lo mas cuatro podemos escaparnos; echemos pajitas, y como suele decirse, á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga. Dicho y hecho: echaron suertes, pero ¡oh desgracia! á Benito le tocó el quedarse con otro compañero. Suspiró, se afligió, lloró sobre tan áspero destino, que le obligaba á pagar por los demás: pero no había remedio. Fué preciso servir de estribo para que subiesen sus compañeros. El primero que subió dijo á

los demás que se hallaba en una especie de granero, por donde fácilmente podía salir al campo. Desaparecieron el segundo y tercero, dando con su fuga tres puñaladas en el corazón del pobre Benito: subió el cuarto, y desde lo alto les dió las buenas tardes á los que se quedaban encerrados. Acabada la operación, estos dos muchachos se enderezaron, se miraron y echaron á llorar; pero Benito, siempre inventor, propuso á su desdichado camarada un pensamiento nuevo. Nuestros amigos, le dijo, se han escapado sin mirar si en el granero hay alguna escalera, cuerda ó cosa semejante, por medio de la cual pudiésemos nosotros participar de tan buena suerte. Son unos egoístas. Mira, déjame subir sobre tus hombros; me parece que podré llegar á la abertura; y si logro hallarme en el granero, veré si hay algo con que podamos ayudarnos; pero si no hallo nada, bajaré á acompañarte: te lo juro por mi honor.

El otro no quería consentir; Benito le propuso echar suertes; aceptó el otro al partido, y esta vez quedó nuestro Benito favorecido de la fortuna. Lleno pues de alegría, pero al mismo tiempo resuelto á cumplir su promesa, subió sobre los hombros de su compañero, y al cabo de mil esfuerzos logró introducirse por la brecha y llegó al granero; pero nada

halló de lo que buscaba. Las fuerzas le abandonaban; registró por la ventana del granero, y advirtió que no había cosa mas fácil que bajar al campo, pero había prometido correr la misma suerte que su infeliz compañero, el cual, temblando de verse solo, le gritaba: Baja, baja; ¿por qué no quieres bajar? Benito estaba ya muy otro á fuerza de desgracias; su carácter, en ocho dias que llevaba en el molino, se había mejorado mas que en ocho años que hubiera estado en casa de su padre. Así es que se resolvió á sacrificar su libertad al honor y á la delicadeza. Suspiraba viendo el campo sin límites, y las aves volando libremente; pero renunciando afligido la esperanza seductora de su libertad, volvió al agujero. Cruzó sobre él lentamente una pierna; luego pasó la otra; y deteniéndose un brevísimó rato antes de bajar, fijó su atención en un montón de paja de que hasta entonces no había hecho caso. Corrió á él, y quedó agradablemente sorprendido de hallar entre ella un grueso cordel. Mira, mira, dijo á su compañero; ya tengo con qué sacarte. Benito le echó un cabo de la cuerda, y le encargó que se atase fuertemente, pero de repente oyó abrir la puerta de la sala, y creyó que sería el feroz criado de Roland, ó los dos juntos; por lo cual, abandonando á su

amigo, corrió á la ventana del granero, y por ella fácilmente bajó al campo y echó á correr cuanto podía. Durante su carrera, se decía á sí mismo: yo no he podido hacer mas por librarle; me parece que nada pueden censurarme. Así iba corriendo y discurrendo; pero sin atreverse á volver atrás la cabeza.

Tanto corrió, y se fatigó tanto, que el temor de ser seguido cedió al fin á la necesidad de descansar. Se paró, miró á todas partes, á nadie descubrió, y con esto se animó. ¿Pero á dónde iría? ¿á casa de su padre?... esto le pareció lo mejor: sí, irá á postrarse á los pies de este anciano severo, pero bueno y generoso; le hará la pintura del bárbaro en cuyo poder le ha puesto, sin saber acaso la estension de su crueldad; le hará una pintura de aquellas horribles prisiones, que seguramente no conoceria su padre; y le manifestará el carácter de Mr. Roland, que es un mónstruo, un verdugo de los muchachos; los martiriza, y cree corregirlos haciéndoles padecer unos trabajos perjudiciales á su salud, y que lejos de dulcificar han de irritar mas su carácter. Su padre le dirá: ¡yo no sabia tanto! Roland no me ha dicho que tenia cárceles, ni que atormenta así á los muchachos que se le entregan; y entonces

su padre le perdonará y recibirá en su casa, donde se proponía ser un modelo de docilidad.

Así discurría Benito; y es menester confesar que no le faltaba discernimiento. Se conoce que amaba á su padre, pues no podía persuadirse á que le hubiera entregado á Mr. Roland, á saber á fondo la crueldad de este hombre inhumano; pues aunque no ignoraba que Palemon quería castigarle, tambien sabía que su intencion no podía ser la de sacrificar su juventud, y esponerle á que enfermase. Confianza en la bondad de su padre; pero si por desgracia no quisiese admitirle en su casa, había resuelto pedir limosna antes que volver á la estrecha prision de que había tenido la fortuna de escaparse.

En tanto que Benito caminaba y reflexionaba, advirtió en una vasta llanura varias personas sentadas en las orillas de un arroyo á la sombra de unos frondosos sauces, y aun oyó una voz que cantaba dulcemente. El pobre muchacho estaba casi muerto de hambre y de cansancio: necesitaba reposar, y prefirió á su soledad el sentarse al lado de unas gentes, que sin duda le protegerian si acaso Roland ó su criado viniesen en su seguimiento. He aquí pues á Benito que sin pensar en que estaba con un saco de toscoburiel, todo manchado, se dirigió hácia las

gentes que veía sentadas, pero á quienes por la distancia aun no podía conocer. Estas, por su parte, quedaron atónitas viendo á un muchacho venir corriendo hácia ellas; y este incidente suspendió su diversion y su alegría. Benito se acercó, distinguió los objetos, y temblando exclamó: ¡Cielos! ¡mi padre y mis hermanos!—¡Benito! exclamó tambien Palemon (porque él y su familia eran), y ¡Benito! repitieron todos á una voz. El muchacho se arrojó á los pies del anciano, que inundaba con sus lágrimas; y este le dijo: ¡Cómo! ¿vos aquí? ¿qué significa ese trage? Benito, sollozando, le contó lo que le había sucedido, y el modo con que se había escapado de la sala en que le tenía preso el feroz Roland. Todos se interesaron en favor del fugitivo, y todos lloraban. ¡Vos, padre mio, prosiguió Benito, ignorábais sin duda que este hombre tiene calabozos, cadenas, látigos y todo género de suplicios! (*Palemon calló.*) Perdonadme; recibidme en el número de vuestros hijos; os juro que en nada os daré que sentir nunca, nunca!

Palemon no le respondió: pero sus hermanos y la amable Enriqueta le abrazaban é intercedían por él. El anciano Delacour tambien interpuso su mediacion; y el padre, no pudiendo resistir á tantas

instancias, abrió sus paternas brazos al pobre Benito, el cual, de contento saltaba, corría, gritaba, lloraba y hacía mil extravagancias; y luego, recogió lo que había sobrado de la comida. En fin, toda la comitiva, porque se acercaba la noche, volvió á la granja, donde Benito mudó al instante de trage. La cena fué alegre, especialmente para el fugitivo, que hizo los honores de la mesa, y recibió de todos mil testimonios de afecto.

Antes de recogerse, Palemon dijo á sus hijos: Mientras yo estaba en París fuisteis á visitar al jóven Emiliano, cuya historia nos contó la buena Brígida; á nadie hallásteis, porque estaban en la corte, donde Emiliano había encontrado á sus padres. Este virtuoso jóven ha sabido vuestra atención, y está muy agradecido; de modo que ahora poco he recibido una carta en que Emiliano y Brígida prometen venir á vernos dentro de dos ó tres días, y contarnos lo restante de su historia: os lo participo porque sé que ha de agradaros. Efectivamente, los muchachos se alegraron infinito; y se retiraron á dormir, que bien lo necesitaban, especialmente Benito, que había trabajado tanto aquel día.

TARDE XLII.

EL EJEMPLO.

Si pretendes enseñar
 Doctrinas de bien vivir,
 Debes primero advertir
 El ejemplo que has de dudar.
 De poco sirve dietar
 Morales disposiciones:
 Que no bastan las razones
 Si las obras no acompañan,
 Y no pocas veces dañan
 Los actos á las lecciones.

BENITO, gozoso de haber vuelto á la gracia de su padre, protestaba no volver á incurrir en faltas como las que habian dado lugar á sus castigos. ¡El malvado Roland! ¡qué hombre! Refirió Benito á sus hermanos la mañana siguiente las estrañas crueldades de este verdugó de los muchachos; todos se estremecieron, compadeciéndose de Benito porque había

caído en las manos de un hombre tan cruel; y le aplaudieron el valor que había tenido para quebrantar su prision. Ignoraban que todo esto no era mas que una especie de comedia arreglada entre su padre y Mr. Roland, pues este, oyendo las quejas de Palemon en orden á Benito discurrió un medio singular para asustarle y tal vez para corregirle. Yo poseo, dijo á Palemon, junto á mi molino un edificio antiguo, dividido en varias piezas. Juntaré en él varios muchachos, sirviéndome para este efecto así de mis hijos como de los amigos, y los instruiré en lo que deben hacer. Con este objeto Mr. Roland, cuando Benito quedó en su poder, tenía ya arregladas las decoraciones necesarias, auxiliado de su criado y de siete ú ocho jóvenes de las cercanías. En realidad las tres salas de penitencia no eran mas que una pura invención; pero muy propia para hacer su efecto en el cerebro de Benito que se hallaba encerrado por la vez primera. Un muchacho estaba encargado de inspirarle la idea de escaparse, é indicarle el mal cubierto cañon de la chimenea si él no lo advertiese. Era bien seguro que Benito haría todo lo posible para huir, y que lo conseguiría fácilmente, como que nadie se lo impediría. Mr. Roland había avisado á Palemon el dia que empezaba la pieza có-

mica; y Palemon con solo el objeto de ver llegar á su fugitivo hijo, determinó comer con su familia en el campo, y en sitio que estuviese á vista del molino. No temía que Benito huyese á otra parte que á su casa, porque conocía muy á fondo su corazón; y aun cuando el muchacho hubiese intentado dirigir sus pasos á otra parte que á la granja, no habría podido alejarse mucho, porque el mozo del molino le espiaba todas sus acciones, y estaba á caballo detrás del edificio para correr en pos de él y prenderle si tomaba algun otro camino. Estaba pues todo muy bien combinado para asustar y corregir al pobre Benito; todo había salido á medida de los deseos de su padre; y este esperaba que su hijo cambiase, y abandonase, no sus vicios pues no los tenía, sino ciertas vivacidades que pueden perdonarse en cierta edad; pero que es preciso corregirlas para evitar su trascendencia.

Después que Benito hubo contado sus desdichas á sus hermanos, estos en recompensa le refirieron todas las aventuras de Mr. Delacour, de las cuales solo el principio había oído Benito, y las del caballero Enrique. Así se pasó esta mañana, en la cual todo fué mútuas confianzas y caricias. Por la tarde se juntaron en el terrazo sin objeto decidido; pero

confiados en que Palemon ó su amigo harían el gasto de la conversacion y de sus diversiones. Apenas se habían reunido, oyeron llamar reciamente á la puerta. Palemon, admirado de que á hora semejante viniese alguno á visitarle, y que llamase con tan poco miramiento, mandó á Armando que acompañase á Marcela, que iba á abrir; pero este quedó aturdido, y aterrado Benito, al ver entrar á Mr. Roland.

Mr. Roland era el diablo para Benito y para todos los muchachos. Se figuraban que su anciano padre trataría severamente á este importuno, reconviniéndole por la cruel conducta que había tenido con su hijo; pero nada de eso: Mr. Roland fué muy bien recibido, y se le mandó sentar. ¿Sois vos, amigo mio? le dijo Palemon, ¿qué es lo que aquí os conduce tan cerca de anochecer?—Vengo, dijo Roland lanzando una severa mirada á Benito, que se estremeció, á pedir os mi discípulo que se escapó ayer de mi casa, causando en ella un gravísimo desórden.—¿De veras?—Sin duda: no se contentó con romperme las paredes y huir como un facineroso, sino que implicó en su insubordinacion á otros jóvenes que yo castigaba por algunas culpas, y que me han sido confiados por sus padres, á los cuales no puedo presen-

tarlos. Esto es lo que ha hecho: considerad ahora si merecen perdon tales desafueros.

Todos callaban , y cada uno esperaba temblando la respuesta del padre, quien parecía que dudaba y no sabía qué contestar; pero al fin Palemon se explicó de esta manera : Siento infinito que mi hijo no se haya contentado con huir solo, sin inducir á los demás á que imitasen su ejemplo, turbando así el orden de vuestra casa. Su obligacion principal era esperar mis órdenes y procurar ganar vuestro afecto, en vez de escitar vuestra severidad; pero le he perdonado, y cuando empeño mi palabra no acostumbro á quebrantarla.—¿Con que no me le volvereis?—Desde luego creo que él no tiene mucha gana de seguirnos; el aspecto de vuestras prisiones le ha espantado mucho; y á mas de eso, le he admitido en casa bajo la promesa que me ha hecho de ser muy otro, y particularmente de moderar la aspereza de su carácter.—¡ He aquí como son los padres! así echan á perder á la juventud; y los sugetos á quienes confian su enmienda, no pueden hacer nada.—Amigo mio, os equivocais; yo no echo á perder á mis hijos ; los corrijo , pero siempre como padre. Yo no puedo olvidar este sagrado título, que me ordena ser mas indulgente y sufrido que lo que se puede exigir de un

estraño. Si mi hijo se arrepiente de buena fé, si se propone firmemente corresponder á mi ternura con su docilidad, complacencia y dulzura, ¿por qué queréis que me complazca en sujetarle mas á la vara de hierro de que habíais empezado á hacer uso? No lo esperemos todo de la juventud: es inconstante y viva, pero se puede corregir. ¡Ah! sería preciso que mi hijo tuviese muy mal corazon para que no conociese el extremo con que le amo. Mr. Roland, jamás seré tirano de mis hijos, sino su mayor y mas tierno amigo.—A la verdad, que si yo hubiese tenido un padre como vos, no sería tan infeliz, ni la desgracia hubiera agriado tanto mi condicion.—¿Pues qué, no os manifestaba vuestro padre el mismo afecto que yo profesó á mis hijos?—No por cierto; y á no ser por un venerable sacerdote, á quien lo debo todo, ha mucho tiempo que estaría en el sepulcro.—¿Es posible? Hacednos el favor de contarnos la historia de vuestra vida, porque no puede menos de interesar á cuantos nos hallamos presentes.—Lo haré, amigo mio; pero antes exijo que me entregueis á Benito.—Eso no; no puedo complaceros, porque he prometido tenerle en casa, y debo cumplirlo; lo que únicamente puedo ofreceros es volvérosle á enviar si me pone nuevamente en la precision de desterrarle de

mi presencia: pero me lisonjeo de que no se verificará este caso. Así pues no hablemos de esto, y servíos referirnos vuestras aventuras, que sin duda serán muy particulares segun infiero de algunos ligeros sucesos que en ciertas ocasiones me habeis confiado.

Todavía insistió Roland increpando lo que llamaba flaqueza de Palemon en órden á su hijo Benito; pero al fin resolvió satisfacer la curiosidad de su amigo haciendo la siguiente relacion, que fué oida atentamente por todos, y mas por Benito, que ya se hallaba enteramente sosegado.

EL MAL PADRE.

Mi padre era tratante en granos en una pequeña poblacion situada á cuatro leguas de Paris, llamada San German en Laye. Se había casado por pura inclinacion, y sin que mi madre le llevase dote alguno; pero aquella pasagera inclinacion que le había obligado á casarse, fué de muy corta duracion. Bien pronto se olvidó de su amor con esta virtuosissima muger, tratándola con el mayor rigor y desprecio: y para desquitarse del tedio que le causaba, se entregó á ocultos amores si tales pueden llamarse

los vergonzosos lazos que unen á los esposos y padres de familia con las ramerías, cuyo objeto y oficio es siempre el de enredar las casas, ridiculizar las esposas á los ojos de sus maridos, y arruinar las familias. Tal era la conducta de mi padre: mi madre no lo ignoraba; pero paciente, dulce y tímida, lo disimulaba todo para evitar continuas desazones. Yo era el único fruto de su matrimonio; y al paso que mi padre me miraba con poco cariño, mi madre me amaba con la mayor ternura. Desde mi mas tierna edad no cesaba mi padre de reprenderme sin saber por qué, y aun me maltrataba con inaudita crueldad. Sentía esto mi madre, y le afeaba muchas veces su rigor; pero él no hacía caso, y aseguraba que yo sería siempre un grandísimo bribón.

Así me crié hasta la edad de la razón, siendo testigo de la mala conducta de mi padre, y de las lágrimas y tormentos de su infeliz esposa. Tenía ya diez y siete años, cuando una noche que me retiraba algo mas tarde de lo acostumbrado, y temeroso de que mi madre se impacientase por mi tardanza, al pasar junto á una calle que desembocaba en la nuestra, encontré una jóven afligida y llorosa, que corriendo precipitadamente se arrojó en mis brazos, esclamando: Cualquiera que seais, socorredme, de-

fendedme de quien me persigue. El interés que inspira una muger llorando, y el natural deseo de favorecer á una desdichada, me obligaron á cogerla del brazo, asegurándola que la defendería á todo trance; y que no la abandonaría, hasta dejarla en lugar seguro. Apenas acabé de hacerla esta promesa, cuando ví pasar junto á nosotros uno como militar con la espada desnuda, el cual no hizo mas que mirarnos, envainar su espada, y retirarse pronunciando estas palabras: ¡Maldita! ¡yo te cojeré sola, y sabré vengarme!

Apenas pasó, me dió las gracias la jóven y me suplicó la acompañase un momento en su casa, allí inmediata, no volviese el perseguidor, que dijo era un amante desdeñado, y la maltratase. Subí en efecto con ella, y entramos en una sala adornada con primor; presentóme una silla y se reclinó en el sofá, dando rienda suelta á su llanto y diciéndome que su virtud era la causa de los malos tratamientos de aquel hombre brutal. Disponíase á referirme sus desgracias cuando llamaron á la puerta. — Si será él... ó será mi amigo... En todo caso os suplico os retireis á esta alhacena. Salió á abrir, y un instante despues volvió á entrar acompañada de un hombre, y se entabló entre él y Sofia, que así

se llamaba la j6ven, una escena de celos... ¡C6mo quedaria yo cuando en la voz del recién llegado conocí la de mi padre!.. Solo puedo decir que el temblor que de mí se apoder6 y algun otro movimiento, me hicieron chocar con no sé qué objetos de cristal, que cayendo y rompiéndose con grande estrépito me descubrieron... Mi padre hizo abrir la alhacena, y al verme salir de ella qued6 confuso, y cubriéndose el rostro con ambas manos, esclam6: —Mi hijo aquí!.. — ¡Tu hijo! contest6 Sofia, pues es bellissimo y de buen corazon; él me ha salvado de tu rival que me perseguía con espada en mano. Mi padre crey6 que esto no era sino una pura invencion de Sofia y que yo era otro de sus amantes. Me mir6 con el mayor enojo, y me mand6 quitarme de su presencia. No esper6 á que me repitiera esta 6rden; salí apresurado y no sé lo que pasaria entre él y Sofia: lo único que puedo decir es, que desde entonces me trat6 mucho peor que antes, que me hacia espiar cuantos pasos daba, y que mi casa era un continuo espectáculo de lágrimas y desolacion, sin embargo de haber yo cumplido religiosamente el mandato de mi padre, de no hablar á mi madre del lance de casa de Sofia.

Un dia convid6 á almorzar á un caballero, y al

terminarse el desayuno mandó que me preparase para ponerme en camino al día siguiente para Tolon, donde con aquel sujeto que era capitán de navío, me embarcaría para América. Mi madre se opuso con obstinación, y esto produjo un altercado en que pasando á vias de hecho, hasta al capitán y á mí que nos pusimos por medio, alcanzaron algunos golpes de mi padre. Separado ya el verdugo de su víctima, declaró el capitán que no era su ánimo causar disensiones en las familias, ni arrancar á ningún jóven del seno maternal contra su voluntad.

Mi padre marchó enfurecido y no volvió en toda la noche: al día siguiente se llenó la casa de ministros de justicia que arrebataron cuanto en ella había para pagar los alquileres de la habitación, y hasta sin cama nos dejaron. Aun no habían salido cuando se presentó otro con una orden formal para llevarme á una casa de corrección, por haber maltratado y aun herido, decía la orden, á mi padre. Cual sería mi sorpresa y el dolor de mi madre, fácil es de discurrir: sin embargo conservé mi presencia de ánimo, solicité se me permitiese escribir y recoger algunas ropas, y puse á mi madre y la entregué en su mano un papel que decía: «Madre mia, es preciso huir: id á buscarme á casa del párroco de

Serville.» En seguida entré en mi cuarto como que iba á buscar mis ropas, y me descolgué por una ventana: bajando á un corredor me así de la soga de un pozo poco profundo que en él había, y deslizándome por ella, descendí hasta el fondo; donde unas veces pendiente de la soga, otras sumido en el agua hasta la cintura, permanecí el resto del día. Cuando ya de noche iba á salir, ocurrió á una cocinera ir á sacar agua y empezó á tirar de la soga desde arriba, yo tiraba desde abajo, y por último ahuecando la voz dí un grito que la hizo huir dando alaridos: volví á trepar sin pérdida de tiempo, salí al corral y saltando las tapias me encontré en la calle, y muy en breve me ví fuera de París.

No tardé en llegar á Surville; me diriji á casa del párroco, y al llegar á ella advertí que me esperaban. ¿Sois Roland? me preguntó una muger jóven, en voz baja.—Si, yo soy.—Dios sea bendito. Y me abrazó con ternura, quedando yo sorprendido al reconocer en ella á Sofía; quise huir y me lo impidió. No soy vuestra enemiga, me dijo, antes bien soy víctima del mónstruo de vuestro padre, á quien no veré jamás. Entonces vine en conocimiento de que Sofía era una sôbrina del virtuoso párroco, de quien este nos había hablado y cuyos estravíos deploraba.

Subí á las habitaciones altas, y allí encontré á mi madre á quien el señor cura, que habia sido su tutor, estaba consolando, pues ya la parecía tarde, y temía me hubiese sucedido algun percance; por lo cual me abrazó con la mayor ternura. Tambien fui bien recibido del respetable eclesiástico, quien me exhortó á que me tranquilizase, pues ya procuraría arreglarlo todo.

Al dia siguiente, Sofía me refirió con minuciosidad su historia: djome que su conducta habia sido deprabada, pero que se hallaba arrepentida y resuelta á hacer penitencia en un cláustro el resto de su vida. Que un oficial la habia sacado de la casa paterna y habían vivido juntos hasta que cansada de sus malos procederés, habia dado oido á las solicitudes de mi padre, á quien habia tenido por soltero durante mucho tiempo, y los celos y amenazas del primero fueron los que motivaron el encuentro de la noche que la conocí: que mi padre por último la habia abandonado, despojándola de cuantos muebles y ropas tenia, y ella se habia acogido á la proteccion de su tio: y me rogó guardase silencio sobre todo, el cual la prometí.

Dos dias despues, mi madre acompañada del sacerdote fué á visitar al magistrado que habia dado

la órden de reclusion contra mí, y haciéndole una verdadera relacion de los atropellamientos de que eramos víctimas, consiguió la rebocase. Tambien supieron en París que mi padre, recuperado por algunas ganancias que había tenido en el juego, había puesto casa nuevamente y deseaba que fuésemos á su compañía; pero el prudente párroco se opuso á que dejásemos su casa hasta que nuestra tranquilidad quedase asegurada; quería tambien que asistiésemos á la toma de hábito de Sofia, cuya ceremonia debía celebrarse en uno de los dias inmediatos. Así nos hallábamos contentísimos....

Pero es tarde y hasta mi molino hay una legua: mañana volveré y continuaré mi historia. A Dios señores. Palemon no le dejó salir; pasó allí aquella noche y el siguiente dia, manifestando un genial nada conforme con el rigor que en su molino desplegaba.

FIN DEL TOMO TERCERO.

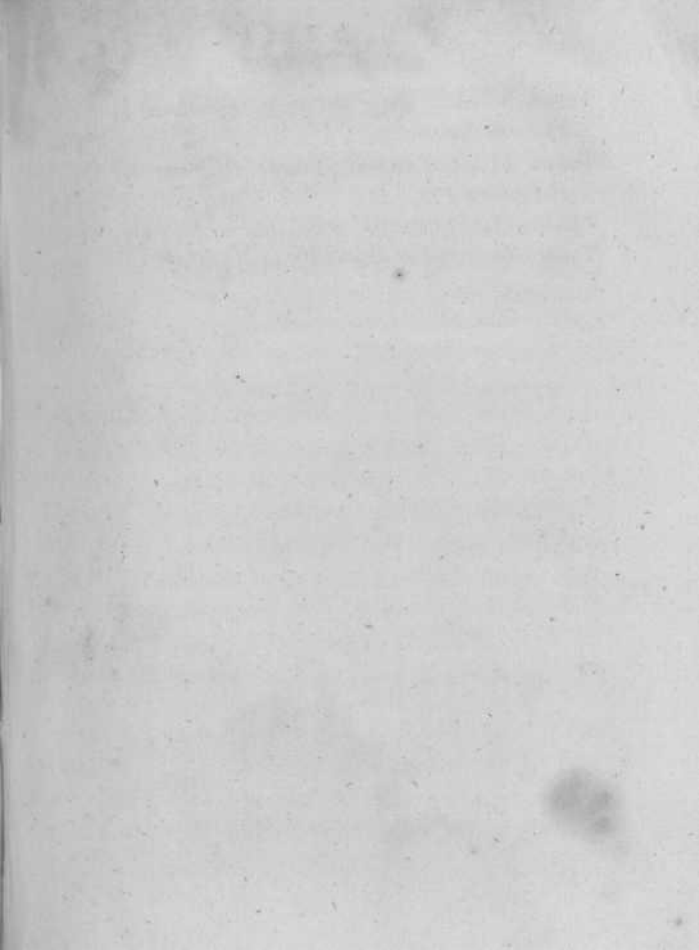
TARDES

CONTENIDAS

EN ESTE TOMO TERCERO.

TARDE XXX. <i>La Justicia. Historia del droguero Aubrí.</i>	Pág. 5
TARDE XXXII. <i>La Insubordinacion. Efectos de la ausencia de Palemon.</i>	25
TARDE XXXIII. <i>La Dureza. Historia de la ermita de San Leonardo.</i>	49
TARDE XXXIV. <i>La Severidad. Historia del tamborilero.</i>	72
TARDE XXXV. <i>La Simpatía. Continúa la historia de la ermita de San Leonardo.</i> .	91
TARDE XXXVI. <i>La Hipocresía. Continúa la historia de la ermita de San Leonardo.</i> .	104
TARDE XXXVII. <i>El Fanatismo. Fin de la historia de la ermita de San Leonardo.</i>	138
TARDE XXXVIII. <i>El Rencor. Historia de la inglesa Belly.</i>	156

TARDE XXXIX. <i>La Traicion. Concluye la historia de Belly.</i>	186
TARDE XL. <i>Los Espadachines. Historia del Caballero ***.</i>	210
TARDE XLI. <i>El Rigor. El molinero terrible.</i>	225
TARDE XLII. <i>El Ejemplo. El mal padre.</i> . .	259



Tomo XXXIX. <i>Los Tegueros. Conchales de</i> <i>historia de Bala.</i>	190
Tomo XL. <i>Los Expedicioneros. Historia del</i> <i>Caballero</i>	210
Tomo XLI. <i>El Hiper. El molinero terrible.</i>	225
Tomo XLII. <i>El Hiper. El mal padre.</i>	230